

El mar que me regalas

Jorge Rodríguez Gómez



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



JORGE RODRÍGUEZ GÓMEZ (Barquisimeto, 1965) ha creado una sólida obra narrativa, reforzada con su incursión en la poesía. Es autor de «*Dime cuántos ríos son hechos de tus lágrimas*» (relato ganador del Concurso de Cuentos del diario El Nacional, 1998); *El sueño de los ciegos* (2000); *La piel del lagarto. Cuentos reunidos* (2015) y *El mar que me regala* (2023). Como poeta ha publicado *Papeles de la demencia* (2020) y *Río quemado* (2023). Figura destacada de la política venezolana desde el nacimiento de la V República, ha desempeñado importantes cargos y funciones: miembro fundador del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), rector del Consejo Nacional Electoral, vicepresidente de la República, alcalde de Caracas y presidente en funciones de la Asamblea Nacional.



COLECCIÓN CONTINENTES

EL MAR QUE ME REGALAS



Jorge Rodríguez Gómez

EL MAR
QUE ME REGALAS



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

- 1.^a edición en Editorial Acirema, 2023
- 2.^a edición en Editorial Fondo de Cultura Económica, 2024
- 3.^a edición en Arzalia Ediciones, 2025
- 4.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

El mar que me regala

© Jorge Rodríguez Gómez

DISEÑO DE PORTADA

Alejo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2026000488

ISBN: 978-980-01-2636-3

A Marcos, que está luchando



Como amigos que se encuentran de noche, así
hablamos, de fosa a fosa, hasta que el musgo subió
a nuestros labios y fue tapando nuestros nombres.

EMILY DICKINSON

Te ofrezco la amargura de un hombre que ha
mirado largamente a la luna solitaria.

JORGE LUIS BORGES



I

Paul White se reclinó en la cama dando zarpazos de ciego sobre la mesa de noche hasta que los lentes de grueso cristal lo devolvieron al mundo de los vivos. A Paul le encantaba esa hora de la madrugada. La tenue luz azul que se colaba entre las ramas del árbol del patio, al atravesar la ventana, hacía parecer las cosas más tranquilas, como bajo el agua. Apartó de la boca el agrio sabor de un mal sueño y giró para ver a Shannon durmiendo con una mano en la mejilla. Su respiración acompasada de mujer sin remordimientos y las leves arrugas en los labios y en los párpados hicieron pensar a Paul que las batallas contra la edad se pierden siempre.

Shannon, con sus dientes perfectos, su iglesia presbiteriana y su peinado de Muppet, le recriminó haber aceptado el cambio. «Mucho indio, mucho parásito», le dijo. Pero a él la ciudad le gustaba, pequeña y ruidosa con su montaña al norte y las autopistas que imitaban la inmensa red de vías de Houston. Imitaban, por supuesto: esta era solo una aldea venida a más por los chorros de petróleo que cada semana bombeaba hacia los puertos de Florida y de Texas. Además, le habían ofrecido la Vicepresidencia de Comercialización para toda la región, lejos del frío y de la lluvia. Harto estaba de las buenas costumbres de Galena Park. «Esta es la hora perfecta para ir al gimnasio», pensó al caminar hacia el baño,

«sin gente, ni la salsa estridente que ponen». Y también es la oportunidad ideal para llevarse a Keyla, su instructora, al vestuario de hombres: quitarle con suavidad la licra mínima mientras ella se desembarazaba del top con un movimiento grácil de nadadora. Keyla iba directo a su *short*, se lo bajaba con un ademán perentorio y empezaba un trabajo de nodriza con la boca y los dedos hasta lograr parárselo y mantenerlo así, embadurnado de saliva y de susurros. «Dios mío, ya tengo cincuenta y cinco años», pensaba mientras tanto. Luego de un rato de abluciones, lamidas, ronroneos, él ponía las manos crispadas en los hombros adelantados de ella, y se venía en su boca. Nada le gustaba más en esta tierra que sus mamadas, a veces se la cogía en cuatro contra la puerta metálica del baño del vestuario, pero sentir el calor de la boca de Keyla cuando acababa lo llenaba de una extraña paz, de una sensación de tiburón de las finanzas que se come el mundo cuando quiere. Ella se levantaba con una sonrisa, se limpiaba los restos de la boca con la franela de él y se despedía para ir a atender el primer turno de *steps*.

Paul sintió el proyecto de una erección, también se miró la encía inflamada, tendría que pedir a Paula, su secretaria, una cita con la odontóloga. Se apretó los cauchos del abdomen. «*Fuck*», se dijo. No sabía si proceder a su cagada matutina o si mejor esperaba a llegar a la oficina. Hoy sin falta debe pedir a los imbéciles de *Marketing* la campaña sobre el antidepresivo nuevo. «¿Será verdad que este sí sirve?». Estaba pensando en salir antes de que Shannon despertara cuando una masa inmensa, con una máscara de lucha libre mexicana y una pistola en la mano, le dio un empujón a la puerta del baño, se abalanzó sobre él con la fuerza de una ola gigante y le metió una patada de karate en el plexo solar. Paul solo pudo emitir unos cortos bufidos, como si hiciera gárgaras, mientras la mole le gritaba: «¡Cállate, colabora o te quiebro

aquí mismo!». Le amarró los brazos atrás y lo levantó con pasmosa facilidad. Mientras lo llevaban a través del cuarto, Paul pudo ver a una mujer altísima encima de Shannon, con la mano puesta en su boca diciéndole: «Tranquila, tranquila, señora, ya estamos terminando».

El gordo, asombrosamente ágil, lo bajó como un fardo por las escaleras, abrió la puerta principal de la casa, esperó a que la mujer alta se le uniera y llevó a Paul hacia un Ford Galaxie 68 estacionado en el jardín. Antes de arrojarlo en la maleta del carro, encapuchado y con una inyección en el muslo, Paul alcanzó a ver el cielo alto, sin nubes, de Caracas.



II

Los jueves de enero anochece temprano. Rafa caminaba como un ninja por el bulvar atestado de gente que regresaba cansada a su casa entre la basura y los escombros de lo que antes fueron plazas y parques. Sus pasos levantaban un ruido de máquinas y todos se esquivaban avanzando como hormigas. Rafa cruzó en una bocacalle oscura y a los pocos pasos consiguió el local O' Gran Sol: una tasca desvencijada con carteles de fiesta taurina en las paredes cubiertas por una pasta amarilla de grasa, depositada a través de los años. Sobre la barra, unos fósiles de jamón.

El Gordo Carlos ya lo esperaba en la mesa del fondo, donde estaba la única ventana del sitio, una escotilla que, junto al sucio y las maderas derruidas, hacía pensar que navegaban en una carabela.

—¡Heyyyuuuu, míster Rafa! —le gritó el Gordo con el saludo de siempre.

—¡Ey, siiir Charles! ¿Cómo está la vaina?

—La vaina está buena, pero mal repartía —filosofó el Gordo—. ¿Y Katiuska?, ¿cómo anda? ¿Y la niña?

—Por ella, pregúntale a su abogado —respondió Rafa—, creo que todavía se la coge. Tengo seis meses que no la veo. A la niña me la lleva la abuela uno que otro fin de semana.

Rafa miró largo por la ventana. Empezaba a caer una lluvia sucia que hacía correr a todo el mundo, como si fuera ácido. ¿Hace cuánto que conocía al Gordo? Desde la primaria seguro. Se hicieron como hermanos en el mundial México 70, sufriendo ambos por Brasil. El Gordo lo defendía de los demás porque Rafa usaba unos lentes de vieja y se la pasaba leyendo, y era tan flaco que le decían «Cadáver». Cuando Wilfredo y los otros venían a joderlo, a quitarle los lentes y a romperle los libros, el Gordo se interponía y soltaba la frase que los paralizaba: «¿Quién se quiere llevar el primer coñazo?». Y hasta ahí llegaban, nadie quería una doble nelson del Gordo, todavía recordaban la que le hizo a Ascanio, que casi lo dejó tieso una tarde en la cancha de básquet. Siempre juntos, surfearon el bachillerato con los curas sin mayores sobresaltos. Rafa ayudaba al Gordo con las materias, que, exceptuando las matemáticas, le parecían de una inutilidad descomunal. Los profesores odiaban al Gordo hasta las lágrimas y él los despachaba con un desdén superior; era un clásico soltarles un viscoso y silencioso peo en el pasillo, justo antes de izar la bandera o en medio de la misa. Eso los volvía locos, gritaban: «¿Quién fue, quién fue?» y a nadie en este universo se le iba a ocurrir sapear a Carlos. En esa guerra se les fue un pedazo de vida, con el pobre Gordo llegando a septiembre boqueando y a punto de perder el año. Con dificultad se graduó de bachiller y al padre Remigio, el director (unos años después salió su cara en todos los periódicos, pero esa es otra historia), se le iluminó la sonrisa más cabrona cuando la maestra de ceremonias anunció: «Sánchez Álvarez, Carlos Esteban» y con disimulo arrojó el título para que el Gordo lo levantara del suelo.

—¿Y qué haces, Gordo? ¿Estudiaste? —preguntó Rafa.

—Soy físico, cosmólogo —respondió el Gordo.

—¿Y qué coño es eso?

—Lo más sabroso del mundo. Estudiamos el inicio del universo, cómo fue esa joda y unas vainas más raras que todavía no se sabe si existen que se llaman agujeros negros. Son unos duros esos huecos, se tragan todo lo que se les acerque demasiado y no lo sueltan más.

—Como Katiuska —aventuró Rafa—. ¿Y dónde trabajas?, ¿en la NASA?

—¡Ja! Noooo. Hasta el año pasado existíamos solo tres cosmólogos en Venezuela, dos come hongos en Mérida que alucinan un día sí y el otro también, y yo, que les doy clases a unos subnormales que creen que Newton es una marca de cauchos —respondió el Gordo.

—Dios castiga sin palo ni piedra, Gordo. ¿Profesor de qué año?

—Tercero. De bachillerato.

—¿Y dónde descubrieron a los bichos esos, los agujeros negros? —preguntó Rafa.

—Nadie los ha descubierto, pero tienen que existir —sentenció el Gordo.

—¿Como Dios?

—No. Esto es de verdad.

—¡Joder, con este clima! A ver, chavales, que esto no es consultorio sentimental. ¿Qué vais a pedir? —Pepe el mesonero, chaquetín minúsculo, cinturón de gruesa hebilla plateada que le hacía parecer al sargento García, se acercó a ellos ondeando un trapo inmundito.

—¿Cómo está la vaina, Pepe? ¿Qué cuentas? —terció Rafa.

—Hijo, joder, qué años que nos han tocao. Nadie respeta nada. Todo es una folladera y las mujeres se dejan los pelos en los sobacos. Cuándo en los tiempos de mi general Franco —soltó el Pepe.

—Pepe, párame la vaina ahí, a tu general Franco me lo paso por el forro. Tráete dos tercios bien fríos. Y deja de

hablar así, que tú naciste en Acarigua y en tu vida te has montado en un avión.

—¡Joder, qué mal genio que traes hoy, Rafa! ¡Josú! ¡Reyes!, ¡dos jarras culo de pingüino para los señoritos de la dos!

Pepe sirvió las cervezas mientras el local se iba llenando lentamente de los habituales: albañiles que salían del trabajo todavía con la tierra y el sudor seco encima, estudiantes en planes de revolución mundial, las putas y los transfor de la avenida Casanova, que no iban allí a buscar clientes, sino a descansar las piernas y a lamerse un poco las heridas.

—Y tú, Rafa, ¿en qué te especializaste? —preguntó el Gordo.

—En perder, Gordo. En perder siempre.

El recuerdo de Rafa se fue sin ganas a la Facultad de Medicina: la emoción de los primeros semestres, el primer cadáver (parecía un capullo gigantesco por la cantidad de hongos que Rafa quitaba con meticulosidad, tieso ya estaba, pero era «su» cadáver, que lo convertía en un ser especial entre todos los muertos), los neonazis que andaban todo el día preguntando, zahiriendo, maltratando, que si relaciones de esto, que si mecanismo de aquello, que si farmacocinética de esto. Tres años de noches en vela, de exámenes orales con los sádicos, su primer día en el hospital, la bata que la mamá le había planchado impecable con su nombre bordado. Y hasta allí. Una mañana de septiembre, cuando Rafa salía para el hospital, consiguió a su mamá guindada de una cuerda del tendedero. Rafa bajó a gritos su cuerpo. Trató, para abrirle la boca en busca de aire, de sacarle un poco la lengua morada que se había mordido en el descenso, la cara hinchada como un payaso de circo pobre. Pero hasta allí. Después del entierro, Rafa casi se creyó con suerte de conseguir trabajo en un gran laboratorio, unos suizos que decían que habían inventado los antidepresivos de nueva generación («vienen días

de esperanza», fue la campaña de intriga de los muy malditos cuando lo sacaron). Visitador médico. Las maletotas negras con muestras, las jaladas de bola consultorio tras consultorio, los portazos. Luego Katiuska, secretaria de la Vicepresidencia de Productos, las cenas en el Jaime Vivas, la boda en la Jefatura Civil, la fiesta en la oficina, la hija, los desvelos, el hastío.

—No terminé, Gordo. No pude. Trabajé un tiempo de visitador médico, pero me botaron —dijo Rafa.

Hablaron por horas, dándose palmadas en la espalda por la poca vida feliz que habían tenido la suerte de compartir. Fueron destapando los vasos comunicantes obstruidos por el paso del tiempo. Casi a la media noche, cuando Pepe pasaba con más frecuencia a limpiar la mesa con el trapo mugriento, Rafa se abrió con el Gordo:

—Quería hablarte de algo, Gordo. De una chamba.

—¿Pero no estás desempleado? —se extrañó el Gordo.

—Sí, por eso —dijo Rafa—, por eso.

—¿Por eso qué?

Rafa se lanzó a fondo:

—Es que me mamé de pelar bolas, Gordo. Ya estoy harto de sentir la vida como si fuera todo empujones, como si me apartaran a cada rato. Me mamé de deberle plata a mi hermana, de andar con medias rotas, Gordo. Y, además, el día que me botaron de Lucerna dije que me las iban a pagar.

—Rafa, no entiendo un coño.

—Que vamos a secuestrar a un gringo que es vicepresidente en esa mierda. Para que aprendan a ser decentes al menos una vez en su vida —le dijo en un susurro.

Una puta abrió la puerta para volver al trabajo. El frío de la noche caraqueña se paseó por el local como un presagio. El Gordo Carlos se estremeció cuando Rafa soltó en un último soplo lo que le quedaba adentro:

—Y les vamos a sacar un millón y medio de dólares.



III

El Galaxie recorría con inusitado vigor la ancha autopista que une la ciudad al litoral. A ambos lados de la vía, montañas gigantescas que los indios poblaron antes de que los españoles vinieran a reventarlos. Por alguna razón, quién sabe si por culpa o superstición, los invasores se tardaron en habitar esa zona y siguieron de largo hasta el siguiente valle atravesado por dos ríos amables.

El carro azul claro era amplio como un barco. Cuando llegaron al segundo túnel, ya el sol empezaba a calentar las cosas. Al salir de la boca de la cueva, se toparon con la línea interminable del mar en el horizonte. Iban en silencio: Rafa al volante, Marleen de copiloto y el Gordo Carlos detrás.

—Todo salió bien —dijo el Gordo—, todo salió perfecto.

Marleen volteó, sonrió y le acarició la mejilla:

—Sí, amor. Todo está bien.

Con un dejo de envidia, Rafa se preguntaba si lo que había entre el Gordo y Marleen era una verdadera historia de amor. Faltaba mucho del odio residual tan típico, los reproches, los accesos de ira, el tenebroso camino del tedio recorrido una y otra vez.

Una noche el Gordo caminaba por la avenida Libertador, pensando con rabia en la imposibilidad de los viajes en el tiempo. Claro que Einstein y un tal Rosen inventaron una

salida para incautos, unos puentes que requerían la mitad de la energía de la Vía Láctea para movilizar una pulga unos pocos minutos. «Una mierda más inútil que las bolas del papa», gritaba el Gordo en medio de la avenida. Y es que le gustaba pensar así, a gritos, mientras deambulaba. Más de una vez se lo había llevado la policía y hasta en un psiquiátrico lo metieron creyendo que andaba en pleno furor psicótico: le clavaron una ampolla de Haldol y durmió tres días seguidos. Cuando despertó amarrado a una cama, explicó todo y lo soltaron.

—Y si arrugo el espacio delante de mí —gritó— y expando el que está detrás, ¡puedo ir a Andrómeda en un *day tour* y regresar para la cena! Claro, tendría que rebajar un poquito, da como pena gastar energía adicional en mi grasa —se dijo, algo más calmado, mientras se recostaba de un poste para recobrar el aliento.

Y justo al lado del poste estaba ella: alta, pelo ondulado, la sonrisa de Greta Garbo. Con el cortísimo vestido de escamas plateadas, parecía una sirena sacudiéndose los rayos de la luna.

—Hola, estrella vespertina —la saludó galante.

—Hola, lindo —dijo pasándole la mano por la mejilla, una descarga eléctrica, un gesto que después se volvió el único tranquilizante eficiente para el Gordo—. Son dos mil quinientos los dos platos. Si tengo que cogerte son quinientos más.

Ese último giro sorprendió un poco a Carlos, y al fin entendió: la altura, los pómulos salientes, la voz de cantante de ópera. Y simplemente se dejó llevar de la mano. Entraron a un hotelucho a media cuadra, ella esperó a que el Gordo se desnudara por completo, le revisó el pene flácido con minuciosidad de entomóloga, luego lo acostó en la cama pequeña, le masajéó las piernas con desgano y se dedicó mecánicamente a chuparle el palo, oculto entre los pliegues de grasa.

Ese ir y venir como un pistón produjo en el Gordo un escozor que le explotaba en las puntas de los dedos y lo hacía salivar, hasta que, con delicadeza, la detuvo con las manos para no venirse tan rápido. Ella lo entendió como una orden. Sacó un preservativo del bolso y rodeó el falo del Gordo, chequeando que no quedara aire atrapado y que no estuviera roto.

—Tiene que ser con condón —le dijo—, hay una cosa rara matando gente por ahí.

Él no respondió, se dejó hacer como el muñeco de trapo que en ese momento era. Ella se puso en cuatro, se esparció abundante lubricante en el culo y fue guiando al Gordo por el agujero luminoso hasta que sintió que le había entrado por completo. El Gordo se empezó a mover, primero lentamente, como quien sale de un sueño, y luego con empujones amables. Le escuchaba decir a la distancia: «Dale, papi, dale. Me gusta». El Gordo volteó la mirada cuando notó que ella se llevó la mano a la entrepierna y empezó a pajearse, frenética. No aguantó mucho, poco después se derrumbó sobre ella con un bufido. Luego el silencio, como si ambos estuvieran envueltos en plástico. Al rato ella se levantó, le quitó el condón y lo botó en una papelería de plástico en el baño mínimo que olía a Lavasan. Trajo una toalla humedecida con la que limpió concienzudamente al Gordo, recorriendo cada pliegue y soplándoselo con ternura.

—Quédate un rato más conmigo —le pidió—. Quédate. Te pago.

—¿A dormir? —le preguntó ella.

—Sí, a dormir, te pago.

—No es necesario que me pagues de más, mi lindo. Ando ya cansada. Durmamos un rato.

Ella intentó rodear el pecho del Gordo con sus brazos, y él sintió al poco tiempo su respiración tranquila de fondo de mar. Y, después de noches y noches de insomnio, de estar

sumergido en ese fango cenagoso que no lo soltaba, se durmió tarareando entre dientes la canción que avisó su llegada, como el ligero escalofrío al despertar, su canción perdida: *No puede ser una vulgar sirena, que envenenó las horas de mi vida. No puede ser, porque la vi rezar, porque la vi querer, porque la vi llorar...*

De manera natural, como si siempre hubiera sido así, se instaló entre ellos una rutina de pareja con el horario invertido. Cada madrugada, a las dos en punto, el Gordo la buscaba en la avenida, la montaba en un taxi y la iba arrullando para sacarla del aturdimiento que le había dejado cada cuerpo como una marca de ganado; se llevaban algo de ella y Carlos debía recuperar lo robado con masajes y el baño que le daba antes de acostarse. Después, refugiarse en el pecho como puerta de iglesia del Gordo, para resucitar cada mañana, en que despertaba risueña, preparaba el desayuno y le hacía el amor con el egoísmo de los desangelados.

Llegaron a La Guaira, una ciudad derramada desde la montaña hasta la orilla del mar. Tomaron la vía costanera, la que siempre le hacía recordar a Rafa cuando su papá los llevaba, a su hermana y a él, a la playa algunos sábados (el vuelo prehistórico de los pelícanos, el olor festivo del salitre), pero eso fue antes de que se perdiera del mapa. A Rafa, extrañamente, se le hizo un nudo en la garganta y trató de disimular:

—Todavía quedan dos horas de viaje y tres alcabalas de la Guardia —dijo.

—Tengo hambre —dijo el Gordo.

—Podemos parar en algún restaurante con ambiente familiar y desayunar los cuatro, Gordo —dijo señalando hacia la parte de atrás del carro—. Después hasta un bañito de playa, ¿no?

—Igual tengo hambre, Rafa, no te arreches. En algún momento hay que comer, ¿cierto? Nada va a pasar si paramos y pedimos para llevar. No como desde ayer.

—Gordo mojonero, si yo mismo te llevé al perrocalentero de Las Mercedes antes de levantar al gringo y te soplaste once perros.

—Doce, Rafa. Nunca como nada en números impares.

—Tiene razón, Rafael —dijo Marleen—, podemos pedir para llevar.

—Al menos esperemos pasar el primer piquete de la Guardia, es el más duro —concedió Rafa.

Siguieron rodando, dejándose aplacar por el golpe de las olas contra la carretera. Antes de llegar al siguiente poblado, que se notaba a lo lejos, apareció la alcabala. Un efectivo, de pie tras la patrulla, les hizo señas de detenerse.

Rafa bajó la velocidad y se detuvo a un lado. Entre dientes dijo:

—Sin payasadas, Gordo, por favor.

—Rafa ta cagao —cantó el Gordo pellizcándole la mejilla.

Con cuidado sacó la Glock de un bolsito, la armó y la puso entre los pies.

—Buenos días —dijo el oficial—. ¿Hacia dónde se dirigen los caballeros?

—A la playa, sargento. Vamos a Camurí —dijo Rafa.

—¿Y cómo se van a bañar así? —preguntó mirando el chaquetón militar del Gordo.

—Aquí tenemos todo, oficial —dijo Marleen, mostrando un bolso de paja donde había trajes de baño, toallas y bronceadores.

—Correcto —dijo el guardia—. Papeles del carro y licencia del señor, por favor.

Mientras revisaba los documentos, el Gordo exclamó:

—¡El número de Fibonacci!

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Su placa, sargento, son los primeros cinco números de la sucesión de Fibonacci: 11 235. Cada número es la suma

de los dos anteriores: uno más uno, dos; dos más uno, tres; tres más dos, cinco: 11 235. La sucesión de Fibonacci. La vida toda se organiza en ese número. Enhorabuena, oficial. Eso trae buena suerte.

El guardia le echó una mirada de fastidio al Gordo, devolvió los papeles a Rafa y le dijo:

—Bonito carro. Mi abuelo tenía uno marrón. Se me van por la sombrita. Adelante —y le entregó los papeles a Rafa.

Recorrieron un trecho en silencio. Al poco tiempo, Rafa explotó:

—¡Coño de la remadre, Gordo! ¿Te costaba mucho quedarte callado?

—¿Por qué? ¿Qué dije? ¡El número de Fibonacci! Lechúo es lo que es ese guardia ignaro —respondió el Gordo, mirando unas gaviotas que se perdían hasta volverse puntos violeta en el cielo.

—¿Y tú quién coño eres? —dijo Rafa—. *¿El hombre que calculaba?*

—Ese libro es una mierda, Rafa. Y lo sabes —ripostó.

Rafa optó por el silencio. Cuando llegaron a un pueblo adosado a la montaña, pararon en un puesto que anunciaba hamburguesas de mariscos. La risa de la gente regada por las calles producía un ruido de jaula llena de loros. Marleen bajó con premura y compró seis hamburguesas, cuatro para el Gordo, una para Rafa y una para ella.

Comieron en silencio, invadidos de un repentino cansancio. El Gordo devoraba las hamburguesas, cerrando los ojos de placer. De repente, como si se le hubiera escapado, Marleen dijo:

—Tendrá hambre. Estará incómodo.

—Le puse dos ampollas de Lorazepam. Ese aguanta —dijo Rafa.

Terminaron de comer, rodaron unos minutos más al lado del mar y luego iniciaron el ascenso por una carretera que subía como una serpiente la montaña entre las toses y explosiones del Galaxie.

Después de atravesar varios pueblos de pescadores, de repente Rafa giró y adentró el carro por una carretera de tierra, con cañaverales a cada lado. Al fondo había una casucha de madera.

—Hola, Etelvina —le dijo Rafa a la negra que los recibió.

—¡Hola! ¿Lo trajeron?

—Está en la maleta. Ayúdanos.

El Gordo y Rafa llevaron al hombre cargado hacia la única habitación de la choza, sin ventanas y con piso de tierra. Detrás de ellos venían las dos mujeres.

Lo acostaron en un catre y empezó a moverse. Le quitaron la capucha y lo encadenaron a una argolla de hierro en la pared, mientras Paul hacía esfuerzos por mantenerse sentado:

—Agua —dijo—. Agua. ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Tranquilo, amor —dijo Marleen—. Ya te traigo agua. Después hablamos.



IV

Debemos a la talidomida, un sedante «suave» que las farmacéuticas recomendaron como muy útil para disminuir las náuseas en el embarazo, que diez mil niños nacieran sin brazos y sin piernas o con algún otro tipo de malformación congénita entre 1957 y 1963. Desde la década de los cincuenta hasta más recientemente, todos los grandes laboratorios han sido llevados a tribunales en todo el mundo, acusados de torcer resultados de pruebas, de comercializar medicamentos sin garantía de inocuidad en el cuerpo humano, de prácticas de crueldad indecible con los animales y de multiplicar sus ganancias condenando a millones de personas a la enfermedad o la muerte por no poder costear los medicamentos esenciales. En los Estados Unidos, solo por poner un ejemplo, cada año mueren más de cien mil personas por prescripción médica. Sin pudor alguno, los grandes laboratorios arrojan desechos orgánicos o con actividad química en ríos y mares con la consecuente aniquilación de la vida allí existente. Alguien ha tildado a la industria farmacéutica como «infinitamente más cruel, avariciosa y sin escrúpulos que la industria armamentística».

Muy recientemente, un caso arroja más ignominia sobre los grandes conglomerados de medicamentos: el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, que entre 1981 y 1990 mató a más de cinco millones de personas en el planeta, es un ejemplo claro

de la sevicia y la codicia de los laboratorios, quienes retardaron la aparición de tratamientos efectivos hasta que la Organización Mundial del Comercio les otorgó patentes que elevaron el precio de las recetas desde ciento cincuenta dólares mensuales a casi dos mil dólares mensuales por paciente, condenando de esta manera a la muerte a millones de pobres en el mundo. Otro tanto ocurrió con las drogas psicoactivas, principalmente los antidepresivos y los antipsicóticos: desde la década de los cincuenta se han presentado nuevas generaciones de medicamentos, el siguiente más «efectivo» y con «menos efectos secundarios» que el anterior. ¿Pero quiénes controlaron y controlan las «investigaciones» sobre estas sustancias? Sí, las farmacéuticas, que no han presentado un solo resultado científico coherente y verificable sobre la eficacia real de estas moléculas, ni del efecto indeleble que ejercen sobre el cerebro. Por último, como la guinda del pastel, las grandes farmacéuticas son responsables de más adicciones y más muertes que toda la cocaína, la heroína, las anfetaminas y los carteles de la droga en el mundo.

Arsenio miraba el reporte publicado en una revista de Colombia, que había arrojado con asco en el asiento del copiloto de su Mercedes 500 E. «Bien fácil para los lame bicha de Zúrich pedir que neutralizara la difusión de eso. ¿Cómo coño se come, a quién se compra, con quién se habla? Y ultimadamente, ¿a quién cojones le importa lo que escriba una recién graduada de periodismo que cree que cambiará el mundo con unas cuartillas de mierda? ¿La gente va a dejar de tomar pepas, va a dejar de creer en cada basura que los médicos le metan por la boca, va a dejar las tres, cuatro, cinco pastillas de Valium de cada noche, que no ayudará a nadie a dormir, pero regalan la idiotez necesaria para seguir viviendo? ¿Van a dejar las viejas de inyectarse polímeros, las jóvenes de ponerse

tetas? ¡Por Dios, si ese es el regalo de quince años preferido por estos lares!».

Los ocho altavoces del estéreo Kompressor del Mercedes desviaron la ira de Arsenio Henríquez. Cantaba a gritos, camino del trabajo, la canción de moda: *he mojado mis sábanas blancas, recordándote*. «Asere, cuándo conoceré yo a una tigre como esas dos de *Azúcar amargo*, con esa pinta de cuarentonas malas y esas nalgas que, cuando comienzan a caer, lanzan su último grito de guerra. Asere, a mí que me las suelten a las dos en la *suite* presidencial del Tamanaco, *son ansias de amarte, deseos de mi carne*, y que me canten esa, justo esa canción mientras las muerdo y les chupo el cuello. Voy a preguntarle a la loca de Juan a ver si las tiene en el catálogo, y cuánto cuestan. Capaz y puedo. ¿Y por qué no? Por billete no será, si el *fucking* antidepresivo nuevo funciona, me compro el Boston Whaler de ochenta pies que me está haciendo ojitos y me sobra una ñapa para que la loca de Juan me consiga a las dos perras esas».

En eso andaba Arsenio mientras la cola lo conducía lentamente a su despacho en El Rosal. Vivía cerca, en el Country, pero el tráfico le demoró cuarenta y cinco minutos en llegar a la torre de catorce pisos coronada por un aviso luminoso color verde en la azotea: «LUCERNA», y más pequeño abajo: «DÍAS DE ESPERANZA». «¡Ja!», pensó Arsenio, «estos del *marketing* sí que saben por dónde es que le entra el agua al coco». Esa era su frase, su carta de presentación; si iniciaba una reunión de directorio, era «A ver, señores, que vamos a averiguar aquí por dónde es que le entra el agua al coco»; si iba al bar con los otros directores, «Asere, hoy nos enteramos por dónde es que le entra el agua al coco», y así.

El Mercedes bajó por la rampa del estacionamiento con un susurro. Arsenio saludó al viejo de la casilla, que parecía haber estado allí desde siempre, como si hubiera nacido en

ese cuadrilátero de metal y vidrio y se hubieran olvidado de que existía.

—¿Qué pasó, viejo singao? —le gritó.

El anciano hizo un ademán como quien espanta una mosca, le selló el *ticket*, levantó la rampa y le dejó pasar. «Ese viejo tarrú un día me va a agarrar con la bragueta apretá y lo voy a hacer papilla», pensó Arsenio, siempre pendiente de recibir reconocimiento universal por sus logros, su padre que se fue de Cuba en una tripa de camión y todos los trabajos que pasaron en la Yuma, es decir, toda esa mierda que repiten una y otra vez los cubanos de Miami, y la primaria, blablablá, y el racismo, blablablá, y la falta que hacen el arroz con frijoles y el puerco ahogao, blablablá, y luego el aterrizaje forzoso en un curso de tecnología farmacéutica en la Universidad Internacional de la Florida. De allí a Lucerna, para crecer como un cohete desde visitador júnior hasta presidente para toda América Latina y el Caribe. «¡Cógeme que voy sin *jockey*!», se dijo Arsenio.

Subió por el ascensor para ejecutivos, casi un apartamento tipo estudio, y llegó a la recepción de mármol blanco y maderas de teca. Una joven de piel casi traslúcida y cabello negrísimo estaba tras el mostrador.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿De qué cielo te caíste tú, mamita?

—Soy la nueva recepcionista, presidente. ¿Cómo está usted? Le esperan allí adentro.

—Yo, feliz como una campana, belleza —siguió Arsenio—. Madre santa, avísame, Tití, que yo contigo me caso.

En la puerta le esperaba, con los periódicos y la agenda como siempre, Gertrudis, su secretaria. Llegando a los cincuenta y con la cadera de tres partos, aún le daba toques en clave morse a Arsenio en la entrepierna.

Con un ademán brusco tomó la agenda y desdeñó la prensa del día:

—Deja esa mierda, Gertru. Que no estoy para belebele.

—Al entrar le abarcó la nalga derecha con una garra, la pellizcó y le hundió la pantaleta a Gertrudis hasta la raja—. Tráeme la cajita, mima, porfa —le dijo al oído.

—Afuera hay unos señores esperando, Arsenio. Dicen que es urgente.

En todo el entramado y los organigramas que conformaban Laboratorios Lucerna Ltd., solo permitía que ella lo tutelara. Para todos los demás era «el presidente», mínimo «el doctor», y eso que el curso en la Inter of Florida solo había durado dos años y medio.

Gertrudis trajo una caja pequeña de nácar con bordes de oro rosado y la puso sobre la mesa de madera y metal Eames frente a Arsenio. Ella salió indiferente mientras el hombre abría la caja, sacaba un pitillo y una bolsita. Hizo dos líneas finas en el escritorio, exclamó «¡autopista del Sur!» y aspiró como quien quiere meterse el mundo por la nariz. «Hay que ver, qué buen perico», dijo ladeando la cabeza como los muñecos inflables de los autolavados.

Mientras Arsenio hacía piruetas por el lado oscuro de la luna, sonó el intercomunicador:

—Arsenio, coño, estos señores tienen dos horas y media esperándote. Son de la Judicial. Dicen que escojas atenderlos ahorita o si prefieres vienen con una citación con traslado incluido para la Central.

—Coño, chica, ¿la Judicial? ¿Y cómo se come eso? ¿Cuántos son? —preguntó sintiendo que alguien le estiraba los músculos de la cara como si afinara un violín.

—Tres —respondió Gertrudis—. Un comisario Torres y dos inspectores. Andan que los pinchan y no echan sangre.

—Pero, cojones, chica, haber empezado por allí. Deja la muela y que pase la autoridad.

Arsenio limpió los restos de cocaína del escritorio, se levantó y fue al encuentro de los funcionarios. El primero, de bigote y con una barriga que se entresalía por los botones de la camisa y de la chaqueta marrón de cuero, le puso una credencial a Arsenio frente a la cara, como si estuviera a punto de cachetearlo con ella.

—Comisario jefe Torres Angulo, subdirector de la Unidad Antisecuestros de la Judicial —se presentó—. Estos son los inspectores jefes Navas y Micheletti. ¿Cómo está usted?

Arsenio sentía la euforia interna de la cocaína que le subía como un volcán, con ganas repentinas de abrazar al cachalote que tenía enfrente y ofrecerle irse de tragos.

—Bien, gracias, comisario —le dijo—. Disculpe el retardo, las obligaciones que se multiplican, usted sabe. Estaba en una llamada con la sede en Zúrich. Cuénteme, ¿para qué soy bueno?

—¿Desde cuándo conoce usted al ciudadano norteamericano Paul H. White? —preguntó Torres.

—Es nuestro vicepresidente de Comercialización. Ayer no lo vi, por cierto. ¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—No vino ayer a la oficina porque está secuestrado, señor Henríquez. Desde el domingo en la madrugada.

—Ñooo —soltó Arsenio—. ¿Qué tú dice?

—Que al señor White lo extrajeron unos desconocidos de su casa en Los Campitos y tiene ya cuarenta y ocho horas con paradero desconocido —dijo Torres, mirándose una mancha de salsa en la camisa—. Según el testimonio de su esposa, un grupo comando lo sacó de la casa mientras dormía y se lo llevó.

—¡Pero si White ni huele ni hiede, comisario! ¡Es un señor callado, con una sonrisa como si no entendiera nunca nada!

—Pues importa para alguien —insistió Torres—. Por eso queremos hablar con todas las personas que tenían trato con él: secretarias, compañeros de trabajo, clientes. Estas dos joyas que me acompañan —dijo, señalando a los dos inspectores que se habían quedado de pie, anotando en su libreta— vienen dispuestos a conversar hasta con los materos, si los materos saben algo de White. Y, si me permite un consejo, quizás sea buena idea que atienda a los de la prensa que ya andan abajo como zamuros.

Torres echó una última mirada al borde del escritorio, luego encaró a Arsenio y se despidió:

—Estaremos muy pendientes. Los inspectores se quedan aquí. Buenos días, buenos días —y salió bamboleándose.

Arsenio le encargó los inspectores a Gertrudis y se quedó un rato largo mirando la montaña por la ventana, que a esa hora parecía hecha de un suave metal verde oscuro. «Cojones», se dijo, «¿y ahora?». Jamás en su vida pensó que le tocaría algo así. «¿Qué hago? ¡Actuar rápido!», concluyó. Tomó el intercomunicador:

—Gertru, convoca ya a la Junta Directiva. Reunión urgente y clasificada como de máximo secreto. El güevón de Relaciones Públicas que suba antes, pero ya. Prepara la llamada con la mujer de White. ¿Cómo es que se llama? Shannon, eso. Y pasa a los mirones de la prensa a la sala de conferencias, que les digan que estamos preparando una declaración —ametralló las órdenes sin tomar un respiro—. Y que venga Kiu a darme un masaje —concluyó, necesitándolo más que nunca.

Se miró las manos, atacadas por un nuevo temblor. Afuera, el cerro seguía cambiando sus reflejos, en un juego de resistencia con las nubes de la cumbre. Sacó una papeleta de perico que guardaba en la solapa del saco para emergencias, la esnifó sin mucho protocolo, le dio dos golpecitos al Rolex

Day Date de oro, su amuleto, y esperó la avalancha con la tranquilidad de Tommy Lasorda en el sexto juego de la Serie Mundial del 81.

El Cadillac Fleetwood del presidente de la República se desplazaba sin obstáculos por la avenida que había construido el último dictador militar para llegar más rápido a su trabajo. Erizada de edificios de oficinas y bancos, las aceras, a lo largo de sus tres kilómetros, estaban atestadas de vendedores ambulantes que la convertían en un campamento de beduinos. Comerciantes de pócimas para el cabello, de bluyines, de radios AM/FM, de infladores de bicicletas, de churros, gesticulaban bajo la mirada del presidente, que se protegía con las ventanillas oscurecidas y el arrullo del aire acondicionado. «Este país se nos está yendo a la mierda», pensó. «Esta vaina va a explotar en mil pedazos en cualquier momento y nadie se va a dar cuenta».

—Un día de estos van a poner un tarantín en el patio de banderas del Palacio —dijo, tocándole el hombro al escolta que iba de copiloto. Este sacó un vaso corto y una botella de Etiqueta Negra de una cava entre sus piernas. Sirvió una porción generosa sobre dos bloques de hielo y se lo alcanzó.

—Son apenas las diez de la mañana, Julio. Ni has desayunado —le dijo Carla, su secretaria privada, sentada a su lado, con cara de esfinge.

Julio Domínguez Prado, presidente de la República, le regaló la sonrisita de dientes apretados con la que había

descojonado en el último debate al pendejo que había sido su contendiente en la campaña electoral.

—¿Tú crees que es papaya lo que me toca? —le dijo, moviendo el *whisky* con los dedos—. Esto es una silla eléctrica permanente.

—Pero son las diez de la mañana, Julio —insistió la mujer—. Espera al menos llegar al despacho —le dijo mientras le pasaba la mano por la entrepierna, escudriñando como quien sigue un camino de hormiga con los dedos.

A Carla eso le encantaba, ir calentando al viejo en las situaciones más inoportunas, mantenerlo en tensión permanente en busca de una erección, que nunca olvidara que solo ella lograba levantársela con cierta autonomía de vuelo.

Cuando entraron por la puerta de prevención del Palacio, el viejo apuró el trago. Frente al busto del Libertador le rindieron honores y un trompeta solitario aventuró con poco éxito las primeras notas del himno nacional. «Ya estoy harto de todo esto», pensó, «me quiero ir pa'l mismísimo carajo solo para ver en qué termina este moridero de indios. Devolverme a Tacarigua, a su laguna, a sus playas terrosas, a las bandadas de garzas por las tardes. Irme un año a París con Carla, ahí sí me van a extrañar estos ingratos». Mientras le daban el parte, seguía: «Este país ya no me quiere. Esta ciudad, menos. Que se jodan», concluyó.

Antes de entrar al despacho presidencial miró de reojo al edificio de enfrente: un bloque blanco de ventanas minúsculas donde funcionaba el Servicio de Inteligencia Militar. Pensó en Alberto, su compañero de Facultad, en las noches de guitarra y tragos, en su amplia sonrisa de dientes torcidos. A Alberto lo habían acribillado a coñazos los de la SIM en el 66 para que confesara su participación en la guerrilla que crecía, de manera incipiente, por las montañas de Oriente. Después de ahogarlo en una poceta, de golpearlo en el abdomen con un bate, de la picana eléctrica, lo ahorcaron

suspendiéndolo de los barrotes de la celda para simular un suicidio. En esa época el viejo era, como Alberto, diputado. Cuando preguntó qué había pasado, el secretario general de su partido le dijo: «Nada, se suicidó». Él, por supuesto, recurrió a la sonrisita apretada que lo fue llevando sin contratiempos a ser jefe de fracción, ministro de Salud y, luego, candidato y presidente.

Al entrar al despacho se dirigió al pequeño escritorio de madera, seguido de Carla, sus edecanes y secretarios, el pequeño tumulto que siempre le perseguía por todos lados. Se sentó frente a la espada del Libertador. Tocó el timbre. El jefe de la Casa Militar entró con un nuevo trago.

—Buenos días, presidente. Tenemos novedades.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó el viejo, dando un breve sorbo al *whisky*.

—Un gringo, lo secuestraron antes de ayer, parecen vainas de la guerrilla. El embajador anda histérico, llamando a cada rato, presidente —dijo el militar.

—¿Cuál guerrilla si eso ya no existe? ¿Y qué se le perdió a ese gringo por aquí? —preguntó el viejo.

—Es vicepresidente de un laboratorio suizo, el Lucerna. Especialistas en pepas para locos. Pero, la verdad, debe haber algo más, presidente. El embajador anda muy ansioso.

—Mmm... —musitó con el pulgar y el índice derecho sobre la boca—. Convócate a los ministros de Interior y de Defensa. A los dos jefes de Inteligencia. Que se vengan de inmediato a Palacio.

Con exagerado cuidado de no dañar la alfombra del despacho, el jefe de la Casa Militar salió por la doble puerta de madera con apliques dorados. Rodeado por las pinturas a cuerpo completo de los cuatro próceres, el presidente siguió tomando el *whisky* a pequeños sorbos. Cuánto le había costado llegar hasta aquí, hasta este punto exacto de soledad

rodeado de columnas alambicadas y el gesto adusto de los próceres. Cuántas espaldas pisadas, cuántas veces él también debió postrarse. Repasó cada humillación que debió soportar, cada chiste del que debió reír, los desiertos atravesados y las multitudes llevadas al arreo en los actos de campaña. Miró el reloj de pared sobre la espada que regaló al Libertador el Ayuntamiento de Lima y pensó que tenía tiempo, apretó el interfono y llamó a Carla, que se había retirado al pequeño gabinete que había dispuesto al lado del suyo.

—Vente, amor —le dijo.

Carla entró, se quitó la chaqueta Chanel negra y blanca y le dijo:

—Quítate el saco y el pantalón. Déjate la camisa.

Después de que el viejo se desnudó, Carla lo llevó al centro de la alfombra como a un bebé gigante, lo puso en cuatro patas y le bajó el interior hasta los tobillos. Se calentó las manos con el aliento, luego con dos dedos le frotó, desde el nacimiento del culo hasta las bolas, mientras daba lamidas suaves al palo que respondía como una pelota de goma rota. El viejo emitía unos sonidos de carnero ahogado que se fueron haciendo más urgentes cuando Carla empezó a darle toquecitos en el ano.

—Ya —dijo el viejo—, dámelo ya.

Carla se levantó la falda, se quitó blusa y sostén y permitió que el tetamen se derramara sobre el pecho del viejo, al que había acostado boca arriba. Con habilidad de gimnasta se ensartó e inició unos movimientos suaves que dejaban asfixiada la cabeza del miembro para volver a clavarle hasta el fondo.

—¡Ay, me vengo! —suspiró el viejo y sintió que la barriga se le tensaba en un relámpago amable.

Cuando le anunciaron que se encontraban en la antesala los ministros y jefes policiales, ya el presidente estaba vestido, con el nudo de la corbata que Carla le había amarrado solícita

y con las mejillas olorosas a 4711, su perfume desde que llegó de Tacarigua a Caracas hacía ya tanto.

Pasaron al despacho, tendieron la mano: «Buenos días, presidente», «buenos días, presidente», «¿cómo está, presidente?» y se sentaron alrededor del pequeño escritorio.

—A ver, señores —dijo el viejo—, tenemos una situación. Los escucho.

El ministro del Interior, amigo de infancia del presidente y su hombre de más confianza, consideró que debía iniciar él:

—Un americano, Julio. De cincuenta y pico. Sin hijos. Vive con la esposa en su casa de Los Campitos. Llegó un grupo comando que calculamos de unas diez a doce personas, entre vigilantes y captores, todos con armas largas y probablemente con algún enlace en la Judicial, levantaron al gringo y se lo llevaron. Probablemente utilizaron varios carros para hacer trasbordo. La verdad, dejamos pasar dos días y eso enreda alguna hipótesis de destino.

—Ajá —dijo el presidente—. ¿Y ha habido alguna comunicación con los familiares? ¿Una llamada? ¿Nada?

—La esposa. Aquí solo tiene a la esposa —dijo Valero, el jefe de Inteligencia Política.

—De acuerdo —dijo el presidente—, pero repito: ¿ha habido alguna comunicación?

—Nada, presidente. Hasta ahora solo silencio —dijo el general Rojas Ascanio, ministro de la Defensa.

—Hay algo más, presidente —volvió a intervenir Valero, mientras encendía un cigarrillo—, un tema complicado.

—Trate de decírmelo antes de que se haga de noche, Valero —le increpó el presidente.

Valero hablaba entrecortado, buscando restos de aire para los pulmones llenos de alquitrán:

—Parece que este señor no es solo un gringo cualquiera que vino aquí a vender pastillas, sino algo más. Nuestros

informes y un enlace que tenemos arriba nos dicen que es del grupito de la moneda.

—No entiendo un coño —dijo el presidente.

—Que es agente de la CIA, presidente. Encubierto como ejecutivo de trasnacional —se ahogó Valero.

—¿Y qué coño es eso de la moneda? —preguntó el viejo.

—Entiendo que cada agente de la CIA tiene una moneda de cincuenta centavos de dólar que le sirve de identificación frente a sus otros compañeros.

Valero aspiró el cigarrillo con fuerza, dejó que el humo lo tranquilizara un poco, y luego exhaló:

—Esos gringos que han entrado así últimamente vienen preguntando por los militares. A saber si por allí no habrá sobresaltos.

—Como siempre, esos amarillos andan más perdidos que el hijo de Lindbergh —dijo el coronel Álvarez Sojo, un indio cetrino que tenía fama de cruel y que recientemente había sido nombrado jefe de Inteligencia Militar—. Por esos lares andamos navegando en el mar de la tranquilidad.

—Sin confiarse, coronel —dijo el presidente—. En este país uno no sabe por dónde salta el chivo. Me buscan a ese gringo por aire, mar y tierra. Me lo buscan debajo de las piedras y entre los árboles. Tú da una declaración, Óscar —le puso una mano en el hombro al ministro del Interior—. Concisa, clara, no te vayas a enredar con las preguntas de los hijoeputas periodistas. No contestes lo que te pregunten, sino lo que a ti te importe contestar.

Luego miró a todos los que rodeaban la estrecha mesa. Uno a uno, y les dijo:

—Capturen a todo el que tengan que capturar y que hable. No me van a venir a enredar el mandato, no lo voy a permitir. La orden está dada: al que capturen, tiene que hablar. Si es sordo, que aprenda a escuchar. Si es mudo, que aprenda a hablar.

VI

Para hablar con calma, se citaron en la universidad, detrás del gimnasio de básquet que, posado sobre una colina suave, parecía una gorra militar gigante. Marleen y el Gordo llegaron antes. Ella, de blusa blanca abierta, bluyín y cola de caballo, casi sin maquillaje, lucía fresca a pesar de las ojeras. Colocaron una tela bajo un árbol y se sentaron a esperar a Rafa. Desde ese punto, veían el vertiginoso vaivén de los carros en la autopista, la plaza Venezuela y al fondo, siempre, la montaña, que parecía puesta allí por un dios compasivo como consuelo por todo lo que había abajo. Sentados, rozándose de cuando en vez, como sonriendo con los dedos, Marleen comía una manzana y el Gordo devoraba una docena de Dunkin Donuts con crema Boston. El Gordo tenía su forma particular de entrarle a la dona, primero hundía la lengua en el relleno que se asomaba por un agujero, e iba sacando y chupando con fruición, para después dar una mordida salvaje con la que despachaba media rosca.

—¡Ja, ja, ja!, eres un cerdo, mi porroncho —le dijo Marleen. A él le encantaban los apodos que ella le ponía, sobre todo si le agarraba las mejillas con las dos manos y cerquita le decía, con respiración de bosque, «mi porroncho».

—Gordo —preguntó Marleen, que miraba el cielo recostada en las piernas de Carlos—, ¿por qué no hay vida en otros planetas?

—Sí hay —le respondió él.

—¿Y por qué casi nadie los ha visto? Que si un borracho por aquí, una loca por allá y más nadie.

—Eso es mentira —dijo el Gordo. Y se zampó otra media dona—, toda esa paja que dicen de contactos con los de arriba es mentira.

—¿Y entonces? —preguntó Marleen.

—La paradoja de Fermi —dijo el Gordo, estirando la lengua para capturar unos granos de azúcar refugiados en la comisura del labio.

—¿Quién?

—Enrico Fermi. Un italiano que es un duro. Dijo que los cabezones no venían por varias razones. La más probable es la «hipótesis del zoológico»: nos ven, nos estudian, pero se ocultan porque opinan que somos una mierda, y de las peligrosas, además.

Por la vía que ascendía al gimnasio se dibujó la silueta flaca de Rafa. Bajo el árbol, parecía una escena de pícnic un domingo de sol. Cuando llegó a donde estaban el Gordo y Marleen, les sonrió:

—¿Qué dicen los comandos? —y les lanzó la primera plana de *La República* del día anterior: «GRUPO COMANDO SECUESTRA A EJECUTIVO NORTEAMERICANO».

—¿Cómo es la vaina? —dijo el Gordo.

Marleen leyó:

Con armas largas y equipos sofisticados de comunicación un grupo de al menos doce maleantes irrumpió en la vivienda del ejecutivo norteamericano Paul White, vicepresidente de Comercialización del laboratorio suizo Lucerna y, con muestras de precisión y manejo técnico, fue sustraído de su vivienda con paradero desconocido. Hasta ahora no ha habido comunicación de los captores con la familia. Las preguntas acuciantes de

nuestros lectores se refieren principalmente hacia el posible resurgimiento de grupos guerrilleros, que ya se consideraban extintos. El ministro del Interior, en una escueta declaración, no negó ni afirmó esta especie, pero señaló que ya se estaban realizando allanamientos para descartar si la autoría pertenece a la extrema izquierda, en una clara acción de desestabilización contra el gobierno del presidente Julio Domínguez y de la paz nacional. Este periódico se mantiene a la espera de la reacción solicitada a la Embajada de los Estados Unidos, que ha mantenido un cerrado silencio.

El reportaje iba acompañado de una instantánea de Paul, sonriente frente al Empire State, y una foto de Shannon, su esposa, tapándose el rostro con la mano.

Nunca, desde que lo conocía, el Gordo había visto tan radiante a Rafa como en ese momento.

—Es evidente que el ser humano no puede vivir sin fabular —dijo el Gordo—. Si no entiende algo, en lugar de preguntarse, inventa. Y las mentiras siempre son más creíbles que la verdad, y cada vez será más. Y más. ¿Quieres donas, Rafa?

—Deja la filosofía para otro día, Gordo, que tenemos mucho que hacer. Ya estamos tarde. ¿De crema Boston? —preguntó Rafa.

—*Yeah, baby*. El único sabor de donas decente en todo este planeta subhabitado. —El Gordo sacó otra caja de donas de un sucio morral Eastpak que siempre lo acompañaba. Como el cura que levanta la hostia de consagrar, le dijo—: Media docena, Rafa.

—Se nota que ella ha llevado una vida dura —dijo Marleen, escudriñando la foto del periódico—. Es del tipo de mujeres a las que nadie quiere nunca: ni la mamá, ni el papá, ni el marido, ni nadie. Pobre.

—Bueno, bueno, a lo que vinimos —dijo Rafa, sentándose—. La pregunta es ¿ahora qué?, ¿llamamos a alguien?, ¿mandamos una carta? Algo tenemos que hacer.

—Y él, ¿cómo está? —preguntó Marleen.

—Bien, bien. Etelvina lo cuida bien —contestó Rafa—. Pero no nos desviemos, algo tenemos que hacer.

El Gordo arrugó los ojos y apretó los puños, parecía un Buda protector frente a un monasterio en ruinas:

—Vamos a usar sus mentiras para avanzar —dijo el Gordo—. Si quieren que seamos comandos, seremos comandos, si quieren que seamos guerrilla, seremos guerrilla —dijo.

—Sigue, amor —le sonrió Marleen, ya acostumbrada a esos raptos de iluminación.

—Somos un grupo guerrillero que tomó una acción para denunciar la penetración yanqui en el gobierno de ese viejo baboso. Y no vamos a llamar a nadie solo para pedir rescate. No.

—Aterriza, Gordo, que todavía no veo para dónde vas —le dijo Rafa.

—Pues bien, en este raro universo nuevo encarnamos a un grupo de acción comando y los grupos de acción comando escriben comunicados, Rafa. No hacen llamadas. Un documento a todos los periódicos y emisoras sobre las razones de llevarnos al gringo y nuestras exigencias.

—Me gusta —dijo Rafa—. Un comunicado. Y que se arme el peo.

Luego, miraron en silencio el rojo que se iba adueñando del cielo de la tarde, los tonos púrpuras que empezaban a aparecer por el este anunciando la llegada de la noche.

Al rato, Rafa dijo:

—Una última cosa: el dolor físico. Va a costar aguantarlo si nos agarran. Estos hijos de puta de la SIM son unos salvajes.

Marleen, con la cara pálida de los seres de la noche, dijo suave:

—Hagamos aquí el compromiso de aguantar un día. Veinticuatro horas de golpes y después se hace lo que se puede.

—Me parece bien. Un día —dijo Rafa, poniendo una mano sobre el hombro de Marleen.

—Un día. Cúmplase —dijo el Gordo con una extraña sonrisa.

Mientras seguía la lucha de colores en el cielo, se quedaron un rato más frente al rumor de la oscuridad que inundaba todo, sobrecogidos por la extraña belleza que esa ciudad les regalaba en tan pocas ocasiones.



MARLEEN

En esa época era un niño pecoso llamado Jacinto, siempre tan flaco que las rodillas le entrechocaban como calaveras de juguete. Mamá Rosa se lo había llevado del hospital donde trabajaba de enfermera porque lo dejaron tirado en el retén de recién nacidos y nadie lo reclamó. La viejita lo cuidaba con la dedicación de una madre primeriza tardía, lo acurrucaba cada noche cuando dormían juntos y en las mañanas lo despertaba con la misma canción que anunciaba la llegada de los días nuevos: En las mañanitas, cuando salen todos los soles me despierto demasiado...

Y eran solo ellos, y la felicidad era esa casa de solar grande y habitaciones altas con el cuarto de los santos en el patio de atrás. Las tardes de las novelas mexicanas que Jacinto miraba de niño, haciendo registro de peinados, gestos de dolor, despecho y vestidos vaporosos. La cena que le servía Mamá Rosa, la arepa frita con queso y el café con leche, la avena con canela y clavo de olor, para luego sentarse a ver Señor Cine y dormirse en su regazo mientras Mamá Rosa lloraba por las vicisitudes que el destino le deparaba a Gregory Peck.

Jacinto era el mejor estudiante del colegio, y sus compañeros respondían a la preferencia de sus maestros persiguiéndolo a la hora del recreo, empujándolo, pegándole, llamándolo «mariposón», «mariquita», «perrita», casi todos los días. A veces los golpes, los empujones, los raspones en las rodillas se pasaban de raya y Mamá

Rosa se ponía su bata de flores que a Jacinto le gustaba tanto y se iba al colegio a increpar al director y a la maestra para que le dejaran quieto a su muchacho.

Una mañana —Jacinto la recordaba bien porque era uno de esos raros días en que llovía a cántaros en Barquisimeto—, Mamá Rosa despertó con un dolor en un costado y una tos que no se le quitaba. Jacinto la aseó con un trapo mojado en agua de mirto y esencias, la vistió, la maquilló con pericia y se la llevó para el hospital. Nunca más salió de allí: el cáncer se la tragó en dos meses. Jacinto se mantuvo junto a ella cada tarde a la llegada del colegio, pasándole paños húmedos por la frente, peinándole las largas trenzas oscuras, cantándole las canciones que tanto le gustaban: El ave que ayer voló, anunciando tu partida, era gaviota perdida, como perdido es tu amor, bajito bajito para que el dolor fuera un poco menos.

Mamá Rosa murió tres días después de que Jacinto cumplió doce años. Se fue durmiendo en sus brazos mientras él le decía: «Vete, mamaíta, descansa».

Marleen no recuerda mucho, todo era muy raro, como si la hubieran apartado un poco de la vida y miraba al resto de la gente desde muy lejos. Luego el funeral y el entierro: una hermana de Mamá Rosa, llamada Gladys Pérez —con su nombre y apellido para hacer registro fidedigno de su maldad—, no le permitió a Jacinto que le pusiera la bata de flores que tanto le gustaba y la enterraron con un vestido negro de tela basta comprado con desdén en la avenida 20.

Gladys Pérez, esa hija de puta, se llevó a Jacinto para su casa y lo convirtió en su esclavo. A las cinco de la mañana lo despertaba con un vergajazo para que Jacinto calentara agua para el baño, luego cocinar las arepas del desayuno para los dos hijos de Gladys Pérez. Álvaro, el mayor, fue el primero que lo violó, y no fue solo una vez, no un acontecimiento extraordinario y desgarrador, sino que cada noche entraba al depósito de la cocina adonde habían

tirado a dormir a Jacinto y se lo cogía con una garra tapándole la boca y asfixiándolo. Así, los golpes a cada rato con un cuero seco que Gladys Pérez tenía enrollado en la cintura, las arrodilladas sobre frijoles crudos por horas en el patio bajo el sol quemante de Barquisimeto al mediodía, los escupitajos. Y Álvaro, cada noche. Hasta que una vez, en que Jacinto ya no aguantaba el ardor por la llaga sanguinolenta en el ano, lo esperó con un cuchillo de cocina bajo el colchón y, cuando Álvaro hizo ademán de voltearlo para la sesión cotidiana, Jacinto tomó el cuchillo, se lo clavó en el muslo y salió corriendo al fresco de las noches de Barquisimeto olorosas a jazmín.



VII

—¿Pero qué mierda es esta? —gritó Julio Domínguez, golpeando con los puños sobre el escritorio del despacho y derramando el vaso de *whisky*—. ¿Qué clase de eunucos, de inservibles somos? ¿Cómo se burlan de nosotros así? ¿Quién coño me explica qué es esto? —vociferaba mientras estrujaba un pedazo de papel.

—Es el comunicado de los secuestradores, presidente —aventuró el jefe de Inteligencia Política, tocándose el botón del saco.

La mirada del presidente se nubló de rabia:

—Y usted es el jefe de Inteligencia Política, Valero, imagínese —dijo el viejo y tocó el timbre. A la llegada del edecán, masculló—: *Whisky*. Para todos. Y limpien aquí.

—Julio, querido presidente —el ministro del Interior se mesó los cabellos, cuidadosamente peinados hacia atrás—, es cierto que estamos hoy por hoy sin muchas respuestas. Eso es verdad. Le hemos dado vueltas y vueltas. Hemos allanado y machacado a lo poquito que queda de la izquierda no democrática, no hay imprenta de comunistas que no hayamos dejado patas arriba, tenemos a los infiltrados de Bandera Roja buscando contactos para meterse en el tema y nada. Solo ese papel que llegó a las redacciones de los periódicos y a las radios.

—¿Pero quiénes son? No joda, si ya no existe la Unión Soviética, la volvimos papilla. ¿De dónde salen esos carajos? ¿Los chinos? Pero si los chinos nunca han querido meterse aquí. Los cubanos, ¿son los cubanos? Le dices al canciller que se traiga al embajador, me habían prometido que no volverían a meterse en peos con nosotros.

—No, Julio —siguió Óscar Lamas, ministro del Interior desde el primer día de gobierno—, los cubanos no tienen ni idea.

—Se autodenominan Grupos Organizados por la Liberación de Venezuela, GOLVE por las siglas que presentaron, presidente —dijo el indio de Inteligencia Militar en un murmullo—. ¿Le parece que leamos el comunicado completo? Es corto.

—Dale —dijo el viejo, dando un trago tan largo que el hielo silbó dentro del vaso—. Lee tú, Óscar, por favor —y tocó el timbre. El edecán llegó con un vaso de *whisky* ya servido.

—Julio... —dijo en voz baja Carla, que vestía una blusa camuflada escotada que le hacía parecer lista para entrar en batalla.

—Cállate, cállate —le dijo el viejo—. Lee, Óscar.

LOS GRUPOS ORGANIZADOS POR LA LIBERACIÓN DE VENEZUELA (GOLVE) se dirigen a nuestro pueblo y al mundo:

1. Para denunciar al Gobierno asesino, entreguista y corrupto de Julio Domínguez que mantiene a las mayorías sumidas en la miseria y la desesperanza, a pesar de las inmensas riquezas de nuestro país. En un rapto de barbarie, Domínguez apuntó las armas de la República contra la población de nuestros barrios y urbanizaciones en las protestas de febrero y marzo de 1989, y asesinó a más de diez mil personas.
2. Para denunciar a las grandes corporaciones farmacéuticas del mundo, que manipulan con el dolor de la enfermedad y se

convierten en verdaderos vampiros de la medicina, solo para lucrarse a costa de drogas cada vez más peligrosas y lesivas.

3. Para denunciar el aparato imperial que domina nuestro hemisferio y subyuga especialmente a los pueblos de América Latina y el Caribe.

En consecuencia, los grupos organizados por la liberación de venezuela (GOLVE) informan que hemos detenido al ciudadano norteamericano Paul H. White, en condición de prisionero de guerra, para que sea sometido a juicio popular.

Y exigimos:

1. Que sean distribuidas cincuenta mil bolsas de comida en los barrios de Caracas los días 27, 28 y 29 de febrero próximos, primer aniversario de la masacre de 1989.
2. Que Laboratorios Lucerna Ltd. —de donde White es directivo—, responsable de experimentos crueles con animales, de manipulación de resultados de investigaciones interesadas solo al lucro y no al progreso científico, de aumento desmesurado de los precios de la medicina, publique, en al menos tres periódicos de circulación nacional, un remitido de disculpa y de reconocimiento del mal general que ejercen. Además, exigimos que el laboratorio emprenda un censo de todos los pacientes portadores del virus de inmunodeficiencia humana y se les dé acceso, de manera gratuita y ordenada, a los medicamentos experimentales que Laboratorios Lucerna Ltd. oculta de manera criminal.
3. Para el desarrollo de nuestras células, ya diseminadas por todo el territorio nacional, exigimos el pago en demanda de un millón y medio de dólares americanos.

¡¡¡Vamos, gente de mi tierra!!! ¡¡¡Venceremos!!!

GRUPOS ORGANIZADOS

POR LA LIBERACIÓN DE VENEZUELA (GOLVE)

—¿Pero qué es eso de animales y medicinas?, ¿qué vaina es esa?

—Eso es lo raro, presidente —dijo el indio, que siempre hablaba de perfil—, usan un lenguaje trasnochado de la guerrilla de los sesenta y setenta y lo mezclan con una denuncia a las empresas de medicamentos que han pasado agachadas por todo el enmierdamiento reciente a lo que huele a grandes corporaciones: tabaco, industria militar o automotriz.

—Modere el lenguaje, coronel —dijo Carla, aún ruborizada por la imprecación anterior del viejo.

El indio miró al frente y susurró una disculpa. Luego siguió:

—Lo cierto es que hay algo que no cuadra en todo esto, tengo los calabozos llenos, pero nadie sabe nada, además, los exjefes guerrilleros son ya una cuerda de viejos que no le aguantan un coñazo a nadie. Golpe, perdón.

—El comunicado fue escrito con una máquina de escribir portátil, una Olivetti de las viejas, que produce la L mayúscula algo ladeada. De resto, no hay mucho que sacar de allí —dijo Lamas.

—Hay como una mezcla de vainas médicas con comunismo. Muy raro —dijo el presidente con la lengua pesada—. ¿Y aquellos médicos marxistas que descubrimos en Oriente?

—Se extinguieron con la Unión Soviética, Julio —señaló Lamas, mesándose el cabello—. Y también cogieron escarmiento con el neurólogo Aguilar, ¿recuerdas? Con el que se nos fue la mano.

—¿Y qué es eso de la inmuno... inmuno...? ¿Qué es eso? —Al viejo le costaba sostener la cabeza. Volvió a tocar el timbre.

—Sida, presidente —dijo Valero, el de Inteligencia Política, que había hecho acopio de valor en algunos de sus alvéolos pulmonares salvados de la nicotina.

—¿Lo de los maricones?! —gritó el viejo.

—Sí, presidente.

El presidente miró hacia el techo, que le devolvió la vista de los apliques rosados tan del siglo XIX. Los demás respiraban quedamente, evitando cualquier tipo de movimiento para eludir la descarga, el mazazo que lucía inminente.

—Por favor, por favor, salgan todos —seseó el viejo—. Quédate tú, Óscar. Y tú —ordenó señalando al indio de Inteligencia Militar.

Salieron uno a uno y se apostaron a fumar cerca de la fuente: Carla, Valero, el jefe de la Casa Militar, el edecán secretario. Desde allí escucharon los gritos salvajes de Julio Domínguez Pardo, cuadragésimo sexto presidente de Venezuela por el voto sagrado del pueblo.



ETELVINA

Al marido de Etelvina se lo comieron los tiburones. Había salido de madrugada con dos más del pueblo a soltar la atarraya y recoger unas nasas y trampas de langostas, cuando se resbaló del bote y cayó al agua. Como ya amanecía, una primera luz morada inundaba todo arrancando destellos al mar. Sus compañeros contaron que el marido de Etelvina, que también era dueño de la pescadería del pueblo, nadó lentamente hacia la lancha cuando fue succionado por una especie de desagadero gigante y lo último que vieron fueron las manos del hombre levantadas hacia el cielo que ya empezaba a clarear. Después de un instante de calma, emergió una mancha de sangre junto a una pierna, lo único que quedó de él. Sin saber qué más hacer, recogieron la pierna con una red y se devolvieron al pueblo. Cuando entraron a la pescadería, Etelvina estaba limpiando el mesón a la espera de la pesca del día. Ella se les quedó mirando fijamente y preguntó: «¿Qué le pasó a José María?», anticipando que nada bueno podía haber ocurrido. Ellos, sin saber qué decir, extendieron la pierna y susurraron: «Los tiburones», y cuando Etelvina se fijó en el zapato de goma con el que aún estaba calzada, unos Keds azules que ella le había regalado para Navidad, lanzó un grito desde el suelo, apretándose el vientre y atrayendo las miradas de todo el mundo, amontonado a las puertas de la pescadería. Luego los llantos en un pueblo donde todos eran familia, la salida infructuosa de los primos de José

María en partidas al mar a buscar el resto del cuerpo, las mujeres que rodeaban a Etelvina para ayudarla a respirar. Ya había empezado a refrescar la tarde cuando los primos del muerto volvieron con las manos vacías, sumándose al rumor del llanto quedo de los pescadores. Las mujeres lograron sentar a Etelvina en una silla de plástico y desde allí la vio en un rincón: la pierna, con jirones del bluyín, aún calzada y llena de moscas, hinchada y podrida, estaba siendo lamida por Arno, el perro de la casa.

«Lancen de nuevo esa mierda al mar», gritó.

Después, el largo mutismo de quien no espera a nadie, que es alto y ancho como una habitación sin muebles. Y volver a escuchar las voces de la gente. Al año de viuda se empleó en la posada del pueblo, donde cocinaba y atendía las mesas. Allí conoció a Rafa, que iba las Semanas Santas con su familia. Siempre tuvo un trato especial para él, agobiado como lo notaba por la tristeza de los amores muertos. Incluso, algunos besos y juegos de manos se robaron en la oscuridad de los rincones de la posada, pero hasta ahí; Etelvina no estaba aún preparada para llevar en la espalda los alfileres de las habladurías del pueblo. Con el tiempo, y amainadas las urgencias de la carne, se hicieron amigos. Después de que se divorció, Rafa iba solo a la posada algunos fines de semana y se quedaba horas mirando la playa desde una hamaca. Etelvina lo atendía, agradecida del sosiego que le permitía a ella perderse también en el odio al mar. Cuando le servía el café, o algún dulce que le había preparado, y se alejaba a la cocina, Rafa se impresionaba siempre de sus piernas largas de pantera, y del culo tan alto y duro que parecía frisado por un albañil experto solo para gusto y deleite de sus ojos.

VIII

Los primeros días Paul se quedó acostado en el catre, mirando la pared de barro, pensando que en algún momento vendría alguien a meterle un tiro en la cabeza. Con una cadena alrededor de la cintura, fijada por una argolla a la pared, solo tomaba algo de agua en una totuma que la negra alta le traía cada cierto tiempo. Venía también con comida, que él se negó a recibir por seis días.

—Ande, coma —le decía—, coma —arrimándole el plato de peltre.

—¿Me van a matar, cierto? —le preguntaba con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé —le respondió Etlvina—, pero no creo. Coma algo.

—¿Pero por qué me tienen aquí? ¿Quiénes son ustedes?

—Yo me llamo Etlvina —le respondió, contraviniendo las órdenes de Rafa de no dar señas al prisionero.

—¿Pero qué hago yo aquí? —insistía Paul.

—Eso sí no lo sé, míster. ¿Quiere un poquito de café?

Cada mañana, ella lo despertaba tocándole el hombro, le acercaba la bacinilla para que orinara y, si era necesario, le colocaba la capucha y traía a un hermano que vivía cerca y lo llevaba de la cadena hasta un baño mínimo y sin ventanas a un lado de la cabaña para que defecara. Después de la

primera semana, empezaron a llevarlo al patio detrás de la choza para que Paul se bañara con un tobo de agua que le ponían al lado del árbol grande de mango que tapaba la casa con sus hojas de puñales suaves. Paul siempre tenía presente que alrededor estarían suficientes hombres armados para detener su fuga con un disparo en la espalda.

Una tarde que el calor hacía saltar las cosas, Etelvina le quitó la capucha y le dijo: «Si come, lo dejo así, místico» y le acercó una taza con caldo de pescado que Paul probó y le supo a gloria.

—¿Me pueden buscar mis lentes? —preguntó.

—Claro, claro —respondió la mujer—, por ahí deben estar.

Todo transcurría muy lento en la soledad de la cabaña, y la única distracción de Paul era adivinar el oficio de Etelvina por los sonidos que producía: los golpes de los cacharros de cocina en la mañana, sus cantos de balido profundo cada vez que barría, el sonido de tambor de un palo contra las sábanas cuando las lavaba, la emisora de música clásica de la radio que Etelvina sintonizaba para ponerse a hacer tabacos de hoja como le habían enseñado sus tíos de Río Caribe, el chirrear de los carbones encendidos que paseaba en una lata por toda la cabaña para que el humo espantara el avance de los zancudos del fin de la tarde. Luego, mientras cenaba, Etelvina escuchaba por la radio *El derecho de nacer*, una novela muy vieja que repetían una y otra vez por Radio Continente, y que llegaba a la habitación donde tenían a Paul con su eco de llantos y artimañas. En la noche, algo refrescado por un ventilador que le habían puesto, el gringo podía escuchar la respiración fuerte de los sueños sin culpa de la negra, que caía rendida en el cuarto de al lado, desnuda para aliviar el calor húmedo que se le pegaba en los sobacos y en la entrepierna como un recuerdo remoto de batallas gentiles.

El tiempo regaló a Paul concesiones que le hicieron las cosas más llevaderas: ahora podía estar en el patio o aprender de Etelvina el oficio de enrollar tabacos, primero la tripa, que es este hilo apretado en el centro, donde está todo el sabor, el jugo oscuro que se queda en la saliva. Con paciencia, ir trenzando como quien peina a una india, poco a poco, con cuidado, para que no quede mal torcido, después buscar una hoja que no tenga casi venas para hacerle la capa. También aprendió a picarlos con los dientes, el rito sencillo de encenderlo con parsimonia y fumarlos, para ir sintiendo la bocanada amable y entender que un tabaco se parece a la vida: la primera mitad es complaciente y sedosa; después, de forma imperceptible pero persistente, se va haciendo amarga.

Paul sabía que una vez a la semana alguien venía con provisiones porque le volvían a poner la capucha, lo encadenaban al catre y los ruidos eran diferentes. Una vez escuchó a Etelvina discutiendo casi a gritos con un hombre, hablaban muy rápido, pero pudo oír la voz de la negra zanjando el tema:

—Quédate quieto, Rafa. Ese gringo no se quiere ir para ningún lado.

La verdad, pronto aparecieron los permisos para baños de mar y las zambullidas en la quebrada que quedaba en un monte cerca de la casa, las tardes de escuchar la radionovela con Etelvina fumando un tabaco que él mismo había enrollado, la cena con pescado y tajadas.

Y de Etelvina, su risa, que era como agua chocando contra piedras de río. Como la vez que se estaba bañando en el patio y apareció de la nada:

—Gringo, tienes que comer más, con ese pelo largo y ese hueserío pareces un espanto. Y además —le dijo, señalándolo—, nunca había visto un piripicho rosado, parece una rana platanera —y su risa se elevaba como el gorjeo de pájaros al amanecer.

Como si alguna deidad displicente los hubiera puesto en el único lugar del mundo donde podían encontrarse, empezaron a sentir el acoplamiento de sus respiraciones, los silencios con los que se acompañaban y, de vez en cuando, la caricia exploradora de él en los duros pelos de ella.

Y una noche, como ya estaba escrito desde el inicio de los tiempos, con la luna escarpada que pintaba de plata la peligrosa tranquilidad del mar, Etelvina se coló en la habitación del gringo, que la esperaba mirando el techo, le quitó con destreza el pantalón sucio, se la sobó con urgencia y con un gesto alado se montó sobre él, buscando que su oquedad viscosa, hirviente, arrojara el palo pequeño y tieso, e iniciara, mientras se llevaba un dedo a los labios pidiendo silencio, un movimiento de ratón de monte, de peces bullendo en las redes, de aves migratorias rompiendo de repente la monotonía del cielo. Contorsiones solo percibidas por la médula espinal del gringo, que elevaba la pelvis entre jadeos y crispación de manos que apretaban las tetas jugosas de Etelvina, en un intento inútil de guiar la tormenta desatada. Cuando la negra clavó las uñas en los hombros del gringo y apretó fuerte, y mordió su cuello, y gritó como si muriera un poco, Paul entendió que así debía ser la felicidad y se derramó dentro de ella con la sensación desesperante de que nunca iba a dejar de acabar.

Luego, las manos adormecidas descubriendo los cuerpos en paz, los suaves promontorios, los valles y profundidades que guardaban aún algo de vapor, las palmas duras de Etelvina recorriendo las costillas de él como cuentas de collar, el frescor único de la madrugada que vino a arroparlos y a cerrar sus ojos con la promesa de que entraban a otra vida, donde ya no habría miedo ni temblor al despertar.

IX

Euclides Smith se sentó en la mitad que quedaba del banco de concreto en un recodo del paseo lleno de huecos, estatuas mutiladas y fuentes con fondo de limo verde donde nadaban felices los renacuajos. En el fondo, al Negro Smith, como lo llamaban desde los tiempos de la Guardia, le maravillaba esa sensación de ciudad bombardeada que dejaba indiferentes a todos.

Estiró las piernas y sacó del bolsillo interno del saco de terciopelo verde un panetela Quai D'Orsay que le traía su novia de la Embajada cubana. Lo olió por todos lados, lo encendió y sintió en la boca el primer humo, que invariablemente le producía un íntimo regocijo. Se quedó un rato viendo el cerro frente al paseo, atestado de ranchos de tablas y techos de zinc, y pensó: «Casi se escucha el tictac de esa bomba de tiempo que cuando explote nos va a arrasar a todos. Esta debe ser la única ciudad del mundo donde los pobres viven en las colinas y los ricos se refugian en el valle que ese río de mierda atraviesa como una cicatriz». Sonrió. «Como una cicatriz».

—Hola, Negro. ¿Ya no tienes oficina? ¿No te alcanzó para el alquiler?

Vestido de campaña, con el pelo al rape, el teniente coronel Juan Fernando Ramírez Ramírez se paró frente a él atusándose el bigote grueso de charro.

—¿Por qué? —respondió Smith—. ¿Me vas a ayudar a pagarla?

—A lo mejor sí, negrito, a lo mejor soy tu ángel de la guarda. ¿Caminamos un poco? —preguntó Ramírez, señalando la ausencia de la otra mitad del banco.

Dando un suspiro, Smith se levantó, echó un último vistazo a los ciclistas que en manada daban vueltas al paseo y se dispuso a caminar junto a Ramírez.

—Cuidado con los huecos —dijo Smith—, Péndulo metió la pata en uno hace dos meses y se fracturó el tobillo.

—¿Qué es de la vida de Péndulo? ¿Cómo está? —preguntó Ramírez.

—Callado, como siempre.

—¿Y el trabajo, Negro?, ¿fluye?

—Es un poco ladilla, pero ya sabes, siempre habrá una señora que quiera que le mostremos las fotos del marido con los interiores en los tobillos y la secretaria al lado. Eso nunca falta. ¿Y me vas a contar las razones de este grato encuentro?

—Cínico. Nada ha cambiado, ¿ah, Negro? Diógenes de Sinope es un güevón al lado tuyo, ¿no? —A Ramírez le encantaba exhibir un barniz de cultura algo superior al promedio de su promoción.

—Es que imagino que no es tiempo lo que te sobra en tu nuevo destino —le respondió Smith soltando un poco de humo del panetela.

—Así que ya sabes. Mejor. Me manda el jefe de la Casa Militar del despacho presidencial.

—Ajá.

—Y sabes que la cosa anda un poco movida por estos días.

—Movida estuvo el año pasado. Se les fue un poco la mano, ¿no?

—¿Y qué querías que hiciéramos? Teníamos que defendernos. Y defender la paz de la gente.

—Una pelea equilibrada: balas de FAL contra piedras y mentadas de madre. Dicen que mataron a más de diez mil personas en dos días, Juan Fernando. Todavía en mi edificio están los huecos de la metralleta, nunca entenderé por qué de repente se pusieron a disparar como locos.

—Vine a hablar de otra cosa, Negro —lo paró Ramírez.

—Habla entonces. Te escucho.

—Sabes que secuestraron a un gringo hace dos semanas. Ejecutivo de una empresa farmacéutica suiza.

—No, no sé. No tienen ni idea de quién se lo llevó, ¿no? —preguntó Smith.

—Los órganos de inteligencia dicen que fue una acción comando, el presidente insiste que es un rebrote de la guerrilla. Hemos hecho redadas, allanamientos por todos lados, nos metimos en la universidad y nada. No hemos encontrados ni a los secuestradores, ni vehículos, ni una mierda.

—¿Y ya se comunicaron con la familia? —preguntó Smith, que empezaba a sentir algo de hambre.

—Nop —dijo Ramírez—. Publicaron un comunicado más raro que tus trajes y se hacen llamar «Grupos Organizados por la Liberación de Venezuela».

—¿GOLVE? —se rio Smith.

—Exacto. Una vaina muy loca. Y se lanzan contra el Gobierno, pero también exigen que los de las farmacéuticas reconozcan algunos de los desastres que han hecho. Y que además se repartan comidas en los barrios y medicamentos gratis para los pacientes con sida. Más millón y medio de los del águila.

—Ajá. ¿Y los amiguis de la Judicial qué dicen?

—No se quieren meter mucho. Dicen que es una vaina política, ya sabes.

—No, no sé. Pero hicieron experticias, ¿no?

—Consiguieron una uña rota, que resultó postiza, en la cama donde maniataron a la esposa del gringo. Algunos pocos destrozos en el baño de la habitación. El comunicado fue escrito con una Olivetti manual a la que se le ladea la L mayúscula. E insisten que no fueron muchos los que sacaron al gringo de la casa.

—¿Y los de inteligencia? —Smith hizo una pausa cuando pasaron frente a una pastelería—. ¿Quieres una bomba? Son las mejores de Caracas.

—Okey, okey —dijo Ramírez—, pero ¿qué crees de todo esto, Negro?

Ramírez esperó a que el dependiente despachara a Smith, que trajo los pasteles a una mesa metálica alta y estrecha en la entrada del local.

—¿Y los de inteligencia qué dicen? —insistió Smith, que nunca permitía se dejara una pregunta sin contestación.

—Nada, pelean entre ellos para ver quién le estira más las bolas al viejo. Si el presidente dice que fue la guerrilla, los dos dicen en coro que fue la guerrilla y buscan a quién caerle a coñazos para que confiese. Pero ni eso han logrado. Y, por supuesto, ambos coinciden en que los de la Judicial no son más que unos extorsionadores de licorerías, Negro. Mientras tanto, la embajada gringa llama un día sí y el otro también y traen al viejo triste. La gente reproduce el comunicado por todos lados y ya hasta una marcha están convocando para apoyar a los GOLVE. ¿Qué opinas?

—Cuidado y esto les despierta al monstruo —dijo Smith con el bigote manchado por la espuma del café.

—¿Cuál monstruo, Negro?

—Ese —dijo Smith. Y señaló el cerro donde ya empezaban a encenderse las luces de las casuchas.

—¿Tú dices? A esa gente, aguardiente e hipódromo, Negro.

—No siempre va a ser así, comandante. Ajá, ¿y para qué soy bueno yo en toda esta historia?

—Pues para ayudarnos a conseguir al gringo ese del carajo.

Smith miró hacia el túnel que conducía al río. Algún optimista había pintado a brocha: «BARRIO LOS CHAGUARAMOS. FUNDADO EN 1959». La oscuridad de la boca refugiaba a los vendedores de heroína y a los zombis que se picaban allí mismo y emprendían su viaje con el rostro posado en el lodazal de mierda.

—Tú sabes que ya no ando en esas —dijo Smith— y para ese viejo menos.

Ramírez sonrió:

—Sí, bueno, mi jefe no es que vaya a ganar un concurso de simpatía, Negro. Pero es el presidente.

—Ja. Ja. Ja. Para tu presidente esto —dijo Smith, y se llevó las manos a la entrepierna.

—La vulgaridad nunca te ha quedado bien, Negro. Además, trabajarías directamente conmigo y con los dueños del circo, los de la embajada. Y te ganarías cuarenta mil dólares —le dijo Ramírez acercándole la cara—. Veinte de adelanto, que están en esta bolsita y que te entrego ahora mismo. Dale, negrito, por los viejos buenos tiempos.

—Para mí, todo tiempo pasado fue peor, Juan —le dijo Smith. Después soltó con tanta fuerza el aire contenido en los pulmones que los gruesos pelos de la nariz se le movieron como ramitas de bambú—. Bien. Lo haré. Solo hablaré contigo y con nadie más. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Negro, de acuerdo —dijo Ramírez dándole una palmada y mirando el reloj—. Ahora me voy. Ya el viejo debe haber dormido la pea de la tarde.

Smith buscó un teléfono público que funcionara. Llamó a su oficina:

—Hola, Péndulo —del otro lado del auricular, silencio—, tenemos trabajo. Espérame allí —y colgó preguntándose qué clase de trauma de infancia había dejado mudo a su asistente, Péndulo Pérez.

X

Arsenio se encontraba semidesnudo y boca abajo, en una camilla de masajes colocada frente al ventanal que ofrecía una vista completa de la ciudad arrullada por la montaña. Sobre él, vestida de kimono negro, una joven menuda y de pelo corto caminaba con cuidado sobre su espalda, arrancándole quejidos gozosos.

—¡Ay, ay!, ve con cuidado, Kay, por favor.

La joven se limitó a sonreír y a mantener su recorrido por el dorso peludo del cubano.

—Buenas, buenas. Lamentamos interrumpir. —Un hombre de casi dos metros de alto y vestido con traje de pana verde oliva entró a la oficina, ocupando casi todo el espacio que dejaban las dos hojas de la puerta de nogal, seguido de un flaco aindiado y del revuelo inquieto de Gertrudis, la asistente.

—¿Pero qué mierda es esta? —gritó Arsenio—. ¿Qué cojones pasa aquí?

—Se metieron a lo arrecho, que no podían esperar, Arsenio —dijo Gertrudis.

—¿Pero quién coño les dio permiso...?

—Cálmese. Bájese de allí, señorita. Y usted, cúbrase que tenemos que hablar. —Smith le arrojó una toalla que estaba a un lado de la camilla—. Y tenemos que hablar ya.

—¿Y usted quién coño es para darme órdenes?

—Yo no soy nadie. Pero me encargaron de lo más alto que buscara a un gringo que se les perdió a ustedes. Y no contestan mensajes ni llamadas, y los pobres inspectores de la Judicial ya parecen unas estatuas por los plantones que pegan frente a su oficina. Tiempo no nos sobra. Euclides Smith, mucho gusto. Este es mi asistente, Péndulo Pérez —le dijo.

—¿Es peruano? —preguntó Arsenio señalando a Péndulo.

—Ecuatoriano. ¿Por qué?

—Por nada, por saber. Los peruanos no me gustan. Fuera, Kay, gracias, nos vemos mañana. Quédate, Gertrudis. Ya vengo.

Arsenio se vistió apurado en el baño, se metió un pase leve de perico, se echó agua en la cara y salió a encarar a Smith.

—Siéntese, detective —le dijo.

—Comisario, si no es molestia.

—Comisario. Dígame, que esto parece más rollo que película.

—Uno de sus vicepresidentes, el señor Paul White, ya tiene más de un mes desaparecido, secuestrado, parece que se lo tragó la tierra. Y eso no pasa en estos lares desde los tiempos de Moisés —le dijo Smith—, así que queremos saber todo lo que hacía aquí, cómo lo hacía, quiénes eran sus amigos y, más importante aún, quiénes eran sus enemigos, si los tenía.

—La verdad en hielo, comisario, hasta tardamos en darnos cuenta de que White no estaba. Un tipo callado, con la sonrisa boba de los gringos, hacía su trabajo, cumplía su horario. Poco iba a las cosas fuera de la oficina. Una esposa. Sin hijos.

—¿Amantes?

—No, que yo sepa. Tampoco es que las tenemos en la nómina, ¡je, je, je!

—Ajá, ¿y por qué cree usted que la agarraron con ese señor en particular?

—Ni idea, comisario. ¡No le digo que parecía más un mueble de oficina que gente!

En la contratapa de una carpeta, Péndulo había escrito «LUCERNA» encerrado en un semicírculo. Se lo mostró a Smith.

—Y de este sitio, del laboratorio, ¿qué nos puede contar que no sepamos? —preguntó Smith.

—Lo que sabe todo el mundo, comisario, somos uno de los siete grandes del planeta, somos suizos, o sea, cuidadosos del ambiente y las aves y la igualdad y toda esa paja loca.

—¿Y cómo se hicieron gigantes?

—Primero los antibióticos, después de la Segunda Guerra Mundial, comisario. Y en los setenta, antidepresivos, ansiolíticos y medicamentos contra el dolor. Nos dimos cuenta de que las infecciones vienen y van, pero la locura siempre está allí. Nadie se cura. Un antibiótico son siete días, dos semanas. Los antidepresivos son para toda la vida y la gente se aferra a ellos como el cura a la limosna, imagínese. Nadie lo vio y nosotros sí.

Smith pensó en Glenda, su exesposa. Sus encierros mirando la pared desde la cama por días, los accesos de llanto en medio de la noche, el dolor en el húmedo abismo de la mirada. La ristra de psiquiatras que tiraron la toalla, uno tras otro.

—Dieron en el clavo, entonces —le dijo Smith mostrando los dientes.

—De bajada todos los santos ayudan, comisario. —Arsenio sentía el jugueteo de la cocaína en su lóbulo frontal.

—¿Y algún empleado descontento, alguien que se haya sentido maltratado, algún despedido de las últimas semanas?

—Aquí todos somos familia, comisario. ¿Verdad, Gertru? —preguntó a la mujer que había estado tomando notas y que asintió mirando a la ventana.

—Algún que otro comemierda que no encaja, pero de eso, la verdad, no me ocupo yo.

—Si no es molestia, quisiera ver una lista de trabajadores y ejecutivos despedidos en los tres meses antes del secuestro —pidió Smith.

—Claro, comisario. Se la preparamos con Recursos Humanos y se la enviamos entre esta tarde y mañana.

—No. Quizás no me entendió. Yo no soy vendedor de televisores a cuota para que me estén dando largas. Aquí la espero —dijo Smith.

Arsenio avanzó una mueca de hastío, pero pidió a Gertrudis que llamara a Recursos Humanos. Ya sentía en la crispación de las manos la ansiedad que luego le empezaría a repartir *uppers* y *jabs* por todo el cuerpo. Smith se quedó mirando sobre la mesa una escultura, una especie de lágrima de cerámica verde agua sostenida por un tronco de metal. Una fisura travesaba toda la gota.

—¿Le gusta? —preguntó Arsenio—, es un Dalí. Mi ex-mujer me lo pegó por la espalda y me fracturó una vértebra.

—Tendría algunos problemillas para el manejo de la ira, su mujer —dijo Smith—. ¿No venden ustedes pastillas para eso?

—¡Ja! Buena esa, comisario. Buena línea de investigación.

Luego de una larga conversación por el teléfono interno, Gertrudis vino con una lista escueta:

—Dos mujeres y un hombre. No sé si recuerdas al tipo, Arsenio, el supervisor aquel que se volvió loco y le prendió candela a la papelera. Lo botamos en diciembre.

—Ni idea, Gertru —dijo Arsenio.

—Pero, claro, tú mismo lo mandaste a botar porque llegaba sucio a la oficina y no se ponía corbata. El que una vez se agarró a piñas con un médico en su consultorio.

—¡Ah, ese! Sí, pero ese es un *loser* a toda vela, comisario. Andaba todo el día con el moño virao. Mucho duró aquí.

—Rafael, se llama —dijo Gertrudis—. Rafael Antonio Suárez. Se hacía llamar doctor Suárez por los visitantes junior, pero, según dice aquí, se retiró a mitad de la carrera de medicina. No terminó.

—¿Y están allí también las direcciones y números de teléfonos de todos, señora? —preguntó amablemente Smith.

—Sí, todo lo que está en Recursos Humanos.

—¿Y usted ya tiene instrucciones de su casa matriz sobre cómo actuar? —Smith se volvió hacia Arsenio.

—Ando ahora apenas abriendo el kit de mareo, comisario. Los de la embajada no dicen nada, el Gobierno anda perdido en el limbo, creo que esperan que carguemos nosotros con el sambenito.

—Bueno, pero les están pidiendo millón y medio de los verdes y reparto de medicamentos. Algo tiene usted que consultar, ¿no?

—El día que los tacaños de Zúrich suelten millón y medio de fulas, se vira el cielo y se vuelve tierra, comisario.

Smith se levantó con un suspiro, le hizo una seña imperceptible a Péndulo, que este atendió en el acto. Desde la puerta, que parecía arrancada de una iglesia y puesta allí como al descuido, se despidió con un ademán, volteó con algo de cansancio y le dijo:

—Pronto sabrá de nosotros, señor. Y cuídese la nariz. Los trasplantes de tabique son muy dolorosos.



XI

El Gordo Carlos escogió La Pagoda para la reunión, un restaurante chino gigante en medio del Círculo Militar. Le encantaba el techo amplio de lajas de goma roja superpuestas, los dragones de plástico hollinados de las esquinas, las mesas siempre atiborradas, la cocina donde abundaba el humo y el fuego se levantaba como en un circo, lamiendo los anchos sartenes de cobre.

—Un poco peligroso venir aquí, ¿no? —preguntó Rafa mirando a los lados.

Marleen le sacó la lengua a una vieja que le hizo una mueca de asco y pasó la mano por la barba poblada del Gordo.

—Me encanta —le dijo—, no te afeites más.

Como quien cambia de piel, el Gordo se fue dejando la barba. Usaba una gorrita de guerrillero vietnamita y un koala donde llevaba, a toda hora, la Glock, siempre montada.

—Estás como diferente, ¿no, Gordo? —preguntó Rafa.

—Estoy viviendo un estremecimiento cuántico —le respondió el Gordo.

—¿Y eso qué es?

—Ya te enterarás. Más temprano que tarde, lo sabrás, comandante R.

—Coño, no me llames así, y menos aquí —le susurró Rafa.

—Tranquilo, Rafael Antonio —le dijo el Gordo—, la única amenaza real aquí es la grasa y la soya que le ponen a todo. ¿Ordenamos?

El Gordo llamó a un chino de cabeza inmensa que se acercó y de manera automática pasó un trapo inmundito por toda la mesa, dejando un lejano olor a carne descompuesta.

—¿Qué va *quelel*? —preguntó el chino.

—Anota —dijo el Gordo—: dos raciones de lumpias, tres de costillitas, dos de arroz especial con pollo y camarones, dos de fideos de arroz Singapur, dos de lomito con jengibre y cebollín, una de lomito en salsa de ostras, gallina frita, una ración, medio pato a la pequinuesa, sin la sopa, y una ración de pollo con miel y ajonjolí. ¡Ah!, y no te olvides del pan. Bien caliente.

—Es mucho —dijo el chino.

—Hace hambre, chino —dijo el Gordo—. Trae el pedido y tráelo rápido. Y no te olvides del pan. Y una cerveza para el comandante aquí y para este servidor, y una copa de vino blanco para la señorita.

El chino miró a Marleen con una mezcla de deseo y extrañeza y fue a cumplir con la comanda.

—Gordo, en serio, para la vaina esa de comandante —insistió Rafa.

—¿Tú sabías, Rafael Antonio, que los restaurantes chinos son los sitios donde venden las cervezas más frías de Venezuela?

—No, no sabía. ¿Y eso qué importa?

—Sabiduría oriental, papá —le dijo el Gordo—. ¿Cómo vamos?

—Hay que hacer una llamada —dijo Rafa—, pedir que cumplan con las exigencias o nos vamos a poner rudos. Están dándole largas a la vaina para ver si nos cazan.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el Gordo.

—Yo hago la llamada —dijo Marleen con voz suave—. Anota en un papel lo que hay que decir, Rafael.

—No, tú no —dijo el Gordo—, mucho riesgo.

—Es lo mejor, mi cielo —le dijo—, a Rafa lo pueden relacionar con el laboratorio, y mejor que se maten buscando a una mujer en Extranjería, no te olvides que Marleen es por ahora solo mi nombre artístico, ¡ja, ja, ja, ja!

Cuando llegó la comida se permitieron una pausa, buscaron temas que no les tocaran tan de cerca la médula espinal: el Festival de Teatro de Caracas que ya se había extinguido, acordarse para ir al ciclo de Woody Allen en la Cinemateca. Para el Gordo, *Manhattan* era la mejor película que se hubiera hecho y nunca se haría nada igual, ni remotamente parecido. Rafa habló de un grupo llamado U2, que estaba revolucionando el *rock*, de las sinfonías progresivas y los tambores africanos que incluían en su último disco, *The Joshua Tree*.

El Gordo, con la boca llena de fideos, soltó una risotada:

—Sí comes mierda, Rafa. *The Joshua Tree*. Pura mierda de imperios amables, pero siempre imperios, a fin de cuentas. Tambores africanos. ¿Pidieron disculpas por las gentes que sacaron de sus tierras, de las vidas de los suyos, para venderlos como animales, peor que animales? ¿Y ese estado de gracia por cuatrocientos años? No hay nada más hijo de puta que eso en la historia de la humanidad, Rafael Antonio. *The Joshua Tree*. No me jodas. Lo que tienes que escuchar es Tom Waits.

—Número uno, Gordo —dijo Rafa—, U2 es una banda irlandesa, no inglesa, así que quien está comiendo mierda eres tú. Número dos, ahora hablar contigo es como estar en un círculo de estudios permanente. Pura política.

—Todo es política, Rafa —dijo el Gordo, atacando con ferocidad una costilla asada, mirando las marcas que sus colmillos habían dejado en la carne—. Todo.

—Ta bien, okay, señor miembro del politburó, que, por cierto, se volvió mierda el año pasado. Una cosita llamada Muro de Berlín, ¿escuchaste algo de eso? Pasó hace poquito. En segundo lugar, ¿de qué parte de Senegal o del Congo es el Tom Waits ese?

—Es gringo. Pero está loco. Y es un vampiro. Eso lo salva. Como a ti, que te salva el odio de clase —le respondió.

—Gordo, por Dios, Rafael tiene razón —dijo Marleen—. Estás un poco *overreacting*. Que cada quien escuche lo que le provoque, esa es la libertad más elemental que defendemos. A mí me encanta Nicola Di Bari. *Chitarra suona più piano, qualcuno può sentire* —cantó abrazando la ancha espalda del Gordo.

El Gordo se embelesó, como siempre, con la voz y la caricia de su mujer. Cuando la tarde se cerró aún más, el ruido en las mesas fue disminuyendo, parecía que todos iban a pedir una almohada para echarse a dormir una siesta.

—Me gusta este silencio —dijo el Gordo.

De un bolsillo del pantalón, Rafa sacó un papel arrugado y se lo pasó a Marleen:

—Allí está el número de Lucerna. Preferiría llamar al Gobierno, pero ni idea de cómo se hace eso. Diles solo lo que está allí.

Marleen leyó muy suave:

Faltan ocho días para el aniversario de la masacre de febrero. Si no se han cumplido nuestras condiciones para esa fecha, el reparto de la comida en los barrios acribillados, la disculpa pública del laboratorio criminal y el pago del primer tramo de la indemnización vamos a enviarles un dedo del prisionero, Paul H. White, por cada día de retraso. Somos los Grupos Organizados por la Liberación de Venezuela (GOLVE).

—Es fácil —dijo Marleen—, mañana a primera hora la hago.

—De un teléfono público, no te olvides —dijo Rafa.

—Tranquilo, Rafael —respondió ella—. Es como si ya estuviera hecho.



XII

En la oficina de techos altos y piso de granito verde, la luz de un bombillo desnudo alargaba las sombras del escaso mobiliario: un escritorio gris de metal y tres sillas idénticas, un calendario de hojas desprendibles de los Hermanos Rojas como única decoración de las paredes, pintadas con el color crema de las tortas de quince años. Derramado en una de las sillas delgadas, los codos sobre el escritorio, Smith miró a Péndulo y le dijo: «Salgamos de aquí, necesito pensar».

Bajaron por la escalera amplia de caracol y barandas de arabescos de hierro forjado. Smith odiaba los ascensores hasta la fobia. Y más aún, detestaba al ataúd mínimo con el motor encima que alguien puso allí en los años cincuenta para olvido de todos.

La acera frente al edificio había sido levantada por las raíces de los árboles que pululaban por las urbanizaciones de la ciudad, como si una rebelión intestina hubiese decidido declararles la guerra a la ya asediada clase media caraqueña.

Smith y Péndulo esperaron con paciencia hasta que pasó enfrente un LTD azul marino del 79 con un cartón en el parabrisas que decía «TAXI» y lo detuvieron. Smith recogió con cuidado los bordes de su chaquetón de pana y entró, aspirando feliz el cuero del asiento de atrás. Péndulo se sentó junto al chofer.

—¿Hacia dónde, señor? —preguntó el taxista, tan flaco que la manzana de Adán parecía la bola de un reloj cucú descompuesto.

—Usted ruende, amigo —le respondió Smith—, cuando sienta que se le acaba Caracas, se regresa.

Del bolsillo interno de la chaqueta, Smith sacó un pañetela, le desprendió con cuidado la cubierta transparente y cumplió con el ritual de olerlo a todo lo largo.

—No puede fumar esa mierda aquí —le dijo el flaco por el retrovisor.

—No lo llame mierda, amigo, que es un Quai D'Orsay, de la mejor tierra de tabaco en Cuba para los paladares de la nobleza francesa antes de que el mundo se desordenara —le dijo Smith— y, por cierto, si no es molestia, ¿podría usted echar a andar el taxímetro?

—El taxímetro se dañó, señor —respondió el flaco—. Está bien, fúmesa su vaina, pero abra la ventana.

El aire fresco golpeaba el rostro de Smith, secando las gotas de sudor de la frente y el bigote. Las vallas publicitarias a los lados de la autopista corrían contra él aun antes de poder detallarlas. Expulsando lentamente el humo del tabaco, empezó a hablar mientras Péndulo escribía en un cuaderno Caribe:

—Para empezar, ese cuento chino del grupo comando que se lo crean los animales de Ramírez —dijo—. No eran más que tres o cuatro gatos, al gringo lo bajó un solo tipo. ¿Por qué no lo ayudó entonces uno de los «comandos»? Anota, Péndulo: tres, máximo cuatro. Un solo carro, objetivo en la maleta, vendado, maniatado, ¿lo sedaron? Seguramente sí. Anota: sedación, lo más probable con benzodiacepinas. O Haloperidol, intramuscular. ¿Tenemos fotos de las marcas de los cauchos del día D?

—Firestone, rin 17 —murmuró Péndulo.

—¿Son negros los cantantes de *jazz*? —se desencantó Smith—. Luego, tenemos al visitador médico. Anda desahogado desde el secuestro. No se sabe nada de él y tampoco es que le importe a nadie, la verdad, pero es el tipo de gente que va llevando el odio a fuego muy lento. Madre muerta. Suicidio.

Smith miró por la ventana la montaña que se adelgazaba adelante, sus cumbres perdidas entre las nubes, como en los grabados japoneses. La tercera sobredosis de Glenda, ver cómo era humillada en la emergencia mientras le pasaban mangueras por la nariz y le acribillaban los brazos a pinchazos. Y luego, la pared de la habitación para clavar la mirada entre lágrimas. La niña que creció sola, entre la muerte que siempre rondaba a Glenda y las ausencias de Smith. Su niña, sus bucles y la sonrisa que se le abría como un mango. Abigaíl, le había puesto Smith. Como su abuela. A Glenda poco le importó el nombre que llevaría su hija, estaba hospitalizada cuando Smith la registró. Abigaíl, Abigaíl, le soplaban leve cuando era una bebé para que se durmiera. Abigaíl, que ya no quiere saber nada de ninguno de los dos. Y, siempre, el odio rechinando entre los dientes de Glenda: «Lo voy a volver a hacer, lo voy a volver a hacer. Cada vez que pueda, le voy a dar».

—Ya al frente solo tenemos la vía a Oriente. ¿Sigo? —preguntó el taxista.

—No, no —dijo Smith—, retorne por la Cota Mil.

La vía sinuosa pegada a la montaña siempre llenaba a Smith de una extraña paz: la vista, a lo lejos, de la ciudad movida por la bruma, el ocre del sol derrotado por los cristales de los edificios, los tonos violentos del cielo.

—Del mastodonte que se echó al gringo al hombro no tenemos nada. Nada de nada. Y hay algo más raro aún en todo esto, muy raro, algo que no cuadra: la mujer —rumió

Smith—. La mujer alta que amordazó a Shannon, la esposa de Paul. Alta, huesuda, fuerte, ¿pero con un vestido de noche? ¿Para un secuestro? Shannon declaró que la trató con amabilidad y la describe con cabello oscuro muy abundante. Luego está el tema de la pestaña postiza y la uña, también postiza, encontradas en la cama. ¿Qué es todo eso? ¿Quién carajo se acicala así para ir a un secuestro? ¿Se habrá arreglado como una especie de rito o una vaina así? ¿Trataba de tapar algo que haría fácil identificarla? ¿Una cicatriz? ¿Era un disfraz?

Mientras Smith hablaba, Péndulo miraba al frente como si no le importara nada de lo que estuviera oyendo. Luego, como si masticara algo duro, musitó:

—Rara. Una mujer muy rara.

XIII

Si algo había aprendido Arsenio Henríquez en este moridero de indios, es que aquí todo el mundo se tutea, se toca el culo y se abraza, pero hay una excepción que, si no la cumples, te dan por la nuca para que aprendas: con el poder no se juega.

Por eso, a pesar de lo sobrenatural que le resultaba ir al centro de la ciudad a las siete y treinta de la mañana de un martes, acudió raudo al despacho del ministro del Interior al ser convocado. Se sobrepuso al asco que le producían las manos de los mendigos y los vendedores ambulantes sobre el azul metalizado del Mercedes cada vez que se detenía en un semáforo. Asimiló con dificultad el ruido de fondo, que superaba el piano de Richard Clayderman. El casete se lo regaló la novia que Arsenio se había levantado en una galería a la que fue para practicar la intensidad de sus bostezos; ella le había dicho: «Esto, esto es música clásica», y a él, el sonido aplanado del piano le hacía el efecto de un Ativán de dos miligramos con el que se bajaba los vuelos del perico. Respiró hondo para regular un ataque de pánico y se repitió como un mantra: «Aquí todo es una joda, pero con el poder no se juega».

Como un estudiante aplicado, las manos a la espalda, se entretuvo mirando los retratos de todos los ministros anteriores desde la Independencia hasta la fecha, en el recinto de sillones ingleses y maderas oscuras donde le pidieron que

esperara. De cuando en cuando daba toquecitos a la solapa del saco donde resguardaba la dosis de perico para emergencias.

Estaba a punto de pedir el baño para ayudarse —estar en el centro de la ciudad a esa hora era como si le hubieran pedido a Arsenio comandar la próxima misión a Marte—, cuando una joven de pelo negro y tetas gigantes se le acercó y le dijo con una sonrisa:

—El ministro lo verá en este momento.

Arsenio mostró sus dientes de escualo y se dejó conducir a un salón más amplio, de ventanas sucias, donde se repetían los sillones de la antesala. Un pesado escritorio de madera, protegido por un retrato a cuerpo completo del Libertador, ocupaba el fondo de la oficina. Allí lo esperaba de pie el ministro del Interior:

—Señor ministro, un verdadero placer —dijo Arsenio en un susurro mientras sentía una gota inoportuna de sudor desprendiéndose de la axila.

—Señor Henríquez, gracias por acudir tan pronto a mi llamado. Siéntese, por favor.

A pesar de la fama de iracundo que ostentaba, y de varios dirigentes de izquierda muertos que le atribuían, Óscar Lamas se movía con afectada parsimonia, haciendo gala de una sonrisa tímida y de manos cuidadas de cirujano.

«Así que este es el *power*, carajo», pensó Arsenio. «Contenido, callado, la parte brusca se la dejan a los otros», siguió con algo de envidia.

—Estoy a su orden, ministro —le dijo Arsenio con otro toquecito involuntario en la solapa.

—Bueno, Arsenio, ¿lo puedo tutear? Gracias, gracias. Usted sabe el tema que nos trae a todos de cabeza y que no hemos podido ni siquiera acercarnos a resolver: el secuestro de su vicepresidente, Paul White —dijo Lamas, mientras veía una gruesa carpeta marrón frente a él—. Hemos lanzado

operativos por todo el país, exprimido cada pista y a estas alturas tenemos muy poco: un extrabajador suyo al que estamos buscando y que, más temprano que tarde, caerá. Con todo esto, reconozco que estamos engatillados, dando vueltas sobre la misma cosa. Por estas razones, el presidente ha tomado una decisión que espera que ustedes acompañen.

—Por supuesto, señor ministro. Estoy a sus completas órdenes —dijo Arsenio mientras se preguntaba si pedir el baño sería una grosería inaceptable, es que no aguantaba el temblor de las manos, no joda.

—Hemos decidido atender parcialmente las peticiones de los secuestradores. Como una forma de ganar tiempo y para preservar la vida del norteamericano. Y bueno, cada quien se tiene que comer su sapo en todo esto —le dijo Lamas, levantando la cara y mirándolo a través de sus gafas de montura metálica.

—Claro, señor ministro, claro.

Y luego, en un hilo de voz, Arsenio preguntó:

—¿Y con qué salsa nos toca comernos el sapo a nosotros?

—Pues van a publicar en los periódicos lo que los criminales pidieron, una especie de disculpa por no sé qué clase de experimentos que hicieron ustedes con animales, cosa que ni me importa, para serle completamente franco. Y van a pagar una parte del rescate. ¿Un trago, Arsenio? —preguntó Lamas.

«¡Gracias, Dios mío. Gracias, Virgen de la Caridad del Cobre!», pensó Arsenio.

—Sí, por favor. Escocés, en las rocas —respondió.

—Nuestra bebida nacional, por supuesto. —Lamas tocó un timbre y no tardó en asomarse la cara maquillada de la joven tetona—. Dos, en las rocas —dijo.

En poco tiempo la joven llegó con dos vasos cortos de cristal labrado. Cuando se inclinó hacia el cubano para

entregarle el trago, Arsenio se imaginó que humedecía uno de los pezones de la mujer en el vaso, restregándoselo en el hielo y maravillándose de su tenso empinamiento. «Qué ganas de chuparle cada teta hasta dejársela seca», pensó mientras la recorría mentalmente con un trocito de hielo, que se iba derriendiendo en el fuego de sus poros y sus pelitos parados, y luego deseó meterle rápidamente el último pedazo, ya casi líquido.

—Gracias, señorita —dijo—. Gracias a usted, señor ministro, por su amabilidad. ¡Salud!

Luego de la pausa que le proporcionó el trago largo, Arsenio hizo acopio de fuerzas y continuó:

—Verá, señor ministro, permítame comentarle algo de nuestra situación. En primer lugar, nuestra casa matriz, en Zúrich, pues ellos van siempre a la velocidad de quien espera pacientemente el juicio final. Es decir, son muy lentos, señor ministro. Luego está el tema del dinero, si me permite, esta gente prefiere, como decimos en mi país, caminar con los codos: son tacaños y cicateros como no tiene idea. —Arsenio sentía que se quedaba sin aire por momentos. Aun así, ayudado por el *whisky*, continuó—: Y reunir esa cantidad de dinero en tres días, ¿de cuánto estamos hablando aproximadamente, señor ministro?

—Trescientos mil de los verdes, Arsenio —dijo Lamas con la placidez de los curas frente a sus ovejas descarriadas.

—Imagínese, trescientos mil —Arsenio soltó una carcajada seca—, ¿de dónde los vamos a sacar? ¿Cómo quedarían nuestros registros contables? Es un verdadero problemón, señor ministro. Y después, como decimos en mi país, «éramos pocos y parió Catana». Con todo respeto, señor ministro, ¿cómo vamos nosotros a reconocer qué cosa públicamente, qué experimento, ni qué nada? Ese es el cuento de siempre, que si la enfermedad no existe, que si el tabaco es la causa del cáncer, ¿y quién ha podido probar nada de eso?

Nadie, señor ministro. Pero queda allí la duda, se derrama la leche hervida y a nadie le importa. En cincuenta años nadie se ha atrevido a poner ni una sombra sobre nuestra empresa y de eso vivimos, en eso se basa nuestro negocio, en la confianza que ponen en nuestros productos, médicos y pacientes por igual. Eso hace completamente inconcebible e imposible transigir frente a lo que piden los facinerosos que se llevaron a White. Por supuesto, esto se lo digo con todo respeto y consideración.

Mientras Arsenio hablaba, Lamas se evadió pensando en cómo había llegado hasta aquí, qué suerte había tenido de conocer a Julio desde hace tantos años, unos niños cazando patos en la laguna de Tacarigua. A diferencia de Julio, él nunca fue hombre de multitudes, de abrazar viejas ni dar discursos encendidos. Él era el del aparato, el que buscaba los reales, el que mostraba al diputado el video donde aparece recibiendo una bolsa con plata; si era necesario sacarlo del camino, Óscar Lamas era el que soltaba el seguro de la guillotina cuando hacía falta. También sabía cuándo callar. Y cuándo decir.

Regresó de sus recuerdos haciendo un leve movimiento de manos, como si quisiera borrar la sudada cara de Arsenio, que hacía pucheros frente a él:

—Mire, Henríquez, esto no es un consultorio psiquiátrico, este es el despacho del ministro del Interior de Venezuela, ¿sabe? Le he escuchado pacientemente porque usted me ha caído en gracia y porque esperaba mayor colaboración de su parte. En primerísimo lugar, sus problemas con la casa matriz de Zúrich me tienen sin cuidado, es decir, me los paso por el forro de las dos bolas, para que nos vayamos entendiendo. En segundo lugar, mi tono al hablar al principio puede haber dado pie a equívocos y usted lo interpretó como si estuviéramos en una especie de foro, de mesa redonda, qué sé yo. Pues bien,

yo no lo convoqué a consultas ni para que se deleitara viéndole las tetas a mi secretaria que, por cierto, tienen dueño. Yo lo cité para indicarle las decisiones de nuestro Gobierno, y para que esas decisiones sean cumplidas sin chistar. Y le agradezco que no me aburra con excusas. En caso de que no se cumpla con lo aquí dicho, vamos a nacionalizar su laboratorio de mierda y lo vamos a poner a fabricar aspirinas si nos da la gana. Y a todos ustedes les vamos a dar cuarenta y ocho horas, quizás menos, para abandonar el país. ¿Ahora sí nos estamos entendiendo, señor Henríquez?

Arsenio asintió con tanta fuerza que los restos de hielo tintinaron en el vaso. Lamas volvió a tocar el timbre, la secretaria entró con un maletín de cuero negro. El cubano giró la mirada hacia una pared desde donde un prócer de larga barba y panza enorme parecía guiñarle un ojo.

—Allí tiene ciento cincuenta mil dólares —le dijo Lamas mostrando el maletín en el suelo—, es nuestro aporte para que noten nuestra buena voluntad de ayudar. Ustedes van a hacer lo que tengan que hacer. Porque si hay algo que usted no quiere ver es esa parte de mi carácter que hasta yo detesto. ¿Cierto, Arsenio?

Arsenio se preguntó si se notaba el temblor de sus manos y la camisa con manchas de sudor en el pecho. Se preguntó cuándo se descarriló el tren, en qué momento todos los caminos se le habían cerrado. Luego, cuidando bien las palabras y las pausas, dijo:

—Cierto, señor ministro. Cuente con que haremos todo a nuestro alcance para trabajar coordinados en este tema, señor ministro.

—Gracias, Arsenio. Muy gentil —Lamas asomó una breve sonrisa—, que sus inútiles de Relaciones Públicas se pongan de acuerdo con mis inútiles de Relaciones Públicas para la redacción del remitido, o confesión, qué sé yo.

—De acuerdo, señor ministro —dijo Arsenio.

—Gracias, señor. Lo acompaño a la puerta.

La mano helada de Arsenio estrechó la de Lamas. Abrazando el maletín salió del despacho y apuró los pasos hacia la escalera de servicio. Giró con dificultad el picaporte de la pesada puerta. Los rayos de sol que se colaban entre los barrotes de metal de la fachada del edificio lo cegaron por unos segundos. Dejó el maletín en el suelo, sacó la bolsita del bolsillo interno del saco, la vació en el hueco del dorso del pulgar y aspiró como buscando tragarse todo el aire que le rodeaba. Se fijó en el techo enmohecido y luego vio, abajo, a la multitud que se atropellaba en la acera mientras caminaba por los vericuetos de una vida normal.



XIV

UN EXTRAÑO DOMINGO

Caracas, Venezuela, feb. 26, 1990

Por Pedro Alfredo Linares

Los habitantes de los barrios populares de la capital vivieron la mañana de este domingo eventos que no podrían calificarse sino de extraordinarios. Mientras nos acercamos al primer aniversario de los sucesos de febrero —en los que el Gobierno insiste en haber abortado un plan desestabilizador que buscaba alterar la sagrada paz de la república— y algunos sectores opositores y del movimiento estudiantil se preparan para realizar marchas de protesta, que no están en modo alguno autorizadas por el Ministerio del Interior ni por el gobernador de la capital, los sectores de las zonas altas que rodean a la ciudad formal, las barriadas de Antímano, La Vega, Macarao, Petare, El Valle, Coche, Cotiza, Lídice, La Pastora, Los Sin Techos, La Bandera, vieron cómo, desde muy temprano, camiones de la Cruz Roja iniciaron el ascenso hasta la punta de cada barrio, donde se encuentran las viviendas más precarias y en situación de riesgo, e iniciaron la distribución, casa por casa, de bolsas con alimentos.

A las seis de la mañana de este domingo, se alinearon en la plaza Venezuela decenas de camiones, ya debidamente equipados, que salieron a todos los puntos de las colinas que bordean

la capital para hacer entrega de alimentos a las familias que tanto lo necesitan.

¿Fue esta una acción del gobierno del presidente Julio Domínguez Pardo? No. ¿Conforma una iniciativa de la Cruz Roja Internacional para atender las necesidades alimenticias de estas poblaciones? No, la Cruz Roja solo ha prestado su capacidad logística para la distribución de estos insumos. Entonces, ¿quién es el responsable de esta inusual acción? Pues bien, trataremos de informar a nuestro público lector, sin violar los secretos de sumario ni obstaculizar el curso de las investigaciones que se encuentran en pleno desarrollo: el pasado 4 de enero, en horas de la madrugada, fue sustraído de su vivienda en Valle Arriba el ejecutivo norteamericano Paul White, quien funge como vicepresidente de Comercio de Lucerna, laboratorio farmacéutico especializado en fármacos para trastornos psiquiátricos y tratamiento del dolor, filial de una de las más grandes corporaciones de medicamentos del mundo. Las primeras investigaciones llevaron a los organismos de seguridad a considerar la hipótesis de un rebrote de los grupos guerrilleros, ya afortunadamente desaparecidos del panorama político nacional desde la pacificación de 1970. El *modus operandi* del secuestro y la nacionalidad del secuestrador condujeron rápidamente al Gobierno a iniciar pesquisas dirigidas a los remanentes de los grupos de ultraizquierda que aún podían tener reductos, principalmente en la capital y en los ambientes universitarios.

Las indagaciones se mantuvieron en un punto muerto hasta hace aproximadamente una semana, cuando a todas las redacciones de los periódicos llegó un remitido firmado por los autodenominados Grupos Organizados por la Liberación de Venezuela (GOLVE), quienes se atribuyen la autoría del secuestro y han hecho requerimientos insólitos que, de no cumplirse, ponen en riesgo la integridad física y la vida del norteamericano: exigieron reparto de comida en los barrios de Caracas,

distribución de medicamentos a pacientes aquejados de síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), y que Laboratorios Lucerna haga pública confesión de haber realizado experimentos prohibidos con animales y de manipulación de resultados sobre la eficacia de los antidepresivos. También requirieron la suma de millón y medio de dólares. El Gobierno nacional ha mantenido reserva sobre el cumplimiento de estas condiciones, pero pareciera hacerse de la vista gorda frente a lo avanzado hasta ahora por el laboratorio a fin de cumplir con las exigencias de los secuestradores. Lo cierto es que hoy hubo fiesta en los barrios de Caracas, la gente sacaba las cornetas de las casas para que la música y los hervidos colectivos prendieran el jolgorio en las calles que hace un año se tiñeron de sangre. Quien esto escribe pudo ver a jóvenes usando franelas con las letras «GOLVE» pintadas a mano.

Mientras tanto, aún no se tiene idea del paradero del ejecutivo norteamericano. A pesar del hermetismo de la esposa de White y de la cautela expresada por un funcionario de la Embajada de Estados Unidos, que pidió ser protegido como fuente anónima, se conoció que han ejercido presiones sobre el Gobierno nacional para que se garantice el rescate, sano y salvo, de Paul White.

Pedro se levantó del escritorio con la nota, algo aturdido por el neón de la sala de redacción del periódico *La República*, que explotaba por todos lados, y por la cercanía de la hora del cierre. Se cerró los botones de la chaqueta de bluyín. Trató, inútilmente, de amansarse el pelo y caminó al cubículo donde lo esperaba Virgilio con su lápiz de cera rojo.

—Sin vainas raras, ¿no? —le preguntó—. Mira que no hay tiempo, Pedro.

—Cero *hits*, cero carreras, cero error, viejo —respondió Pedro, dándole una palmada leve en el hombro—. Limpio y prístino como tu conciencia.

—Para empezar, la misma mierda de siempre con las comas y la gramática, pero para eso está esto —y señaló el lápiz. Leyó el texto, poniendo en círculos lo que debía corregirse y, casi al final, se pellizcó el labio inferior y levantó la cabeza, mirando fijamente la foto del día en que le dieron el Premio Nacional de Periodismo.

—Lo de «las calles teñidas de sangre» no va a pasar, Pedro. No me jodas.

—¿Dónde está eso, mi osito de peluche? —preguntó Pedro pellizcándole los mofletes de bulldog.

—No te hagas el güevón conmigo, que no te queda. Y osito de peluche, tu madre. ¡Aquí! —dijo Virgilio mostrándole la frase subrayada.

—Coño, Virgilio, pero tú, que eres idéntico a la Mole de *Los 4 Fantásticos*, ¿no tienes de superhéroe sino solo la pinta?

—No sé quién coño es ese fenómeno, pero gracias. Si no lo quito yo, lo va a quitar el zombi ese que ves allá. —Virgilio señaló a un hombre de traje que en un rincón fumaba un cigarrillo mirando por la ventana.

—Virgilio, viejo —casi suplicó Pedro—, yo estaba allí, en la bajada de Mesuca, cuando los militares empezaron a disparar a la gente. Yo los vi caer como papeles de caramelo, vi a muchachos asustados disparando a quienes pedían una tregua para recoger a los heridos. Y no me dejaron publicar ni una nota. Ni sobre ese día, ni la que hice sobre el niño que murió en los brazos de la mamá con un tiro de FAL en la cabeza, ni el reportaje de la fosa común en el General del Sur. Si seguimos esta cuesta abajo, ni con el horóscopo vamos a poder adivinar el futuro. Esta es una línea de nada, que si la mandas directo a diagramación, no se va a enterar nadie.

Ese día, 28 de febrero, Pedro despertó en la madrugada con los sonidos de los disparos que, sin descanso, se repetían como las campanas de una iglesia de pueblo llamando a misa.

«La maldición de los años bisiestos», habría dicho su madre, Carlota, que siempre se ponía filosófica en la barrida mañanera del porche. Ya el Gobierno había declarado el toque de queda y la suspensión de garantías. Desde su apartamento en el centro, solo se escuchaba el chirrido de los camiones y los gritos aturdidos de los militares que ocupaban la ciudad. Pedro se vistió y llamó a Estévez, un taxista que le había asignado el periódico para que lo llevara a cubrir las fuentes. Aún medio dormido, Estévez le dijo que no podía salir, que había toque de queda.

—Vente, yo tengo aquí el salvoconducto del periódico —mintió Pedro—. Más bien espérame, me llevo hasta allá y salimos de tu casa, ¿vale?

—Coño, Pedro, han estado disparando toda la noche. Me da paja.

—Vamos, Estévez, que nadie está informando de esta vaina.

Interpretando el silencio de Estévez como un sí, Pedro agarró la cámara Nikon que le regaló su papá en un cumpleaños y bajó a la calle aún a oscuras. Caminó pegado a las paredes como una forma inútil de camuflaje y esperó en la entrada del estacionamiento a que el Dodge blanco de Estévez saliera humeando.

—Nos van a joder, Pedro —dijo Estévez por la ventana—, sube de una vez. ¿Adónde vamos?

—A El Valle, campeón de mil batallas —sonrió Pedro.

Estévez miró al frente, acostumbrado a las frases raras de Pedro, y rodó por las calles vacías, salpicadas por pequeños grupos de militares y policías que, pertrechados tras los camiones, disparaban a las bocas de entrada de los barrios. En la puerta de la estación del Metro, cuerpos ensangrentados, amontonados de cualquier manera, congelados en pasos de danza, eran custodiados por un soldado que fumaba indiferente.

Estévez fue el primero en ver el piquete y al militar que le hacía señas de bajar la velocidad. No podía hacer otra cosa, una tanqueta con una ametralladora en la copa impedía el paso. Le pidieron que se orillara y rodearon el Dodge.

—Bájense —les ordenó un sargento gordo, con la pistola desenfundada.

—Coño, Pedro, te lo dije —susurró Estévez.

—¿Qué carajos hacen violando el toque de queda? —les gritó el sargento—. ¿Son comunistas?

—Periodistas, somos periodistas —dijo apresuradamente Pedro— de *La República*. Aquí está mi credencial. —Logró sacar el cartoncito que guardaba en el bolsillo de atrás del pantalón.

—Cállate, güevón —le dijo el sargento. Uno de los soldados, casi un niño con el casco ladeado, lo interpretó como una orden y le clavó un culatazo a Pedro en el abdomen. Cayó a la calzada grasienta, doblado de dolor. A Estévez lo habían obligado a abrazar un poste de luz. En el piso, Pedro trataba de que las patadas y los culatazos le respetaran la cara. De repente, hubo una pausa que le permitió ladearse y reponer el aliento. Estévez se giró en el poste, gritó «el coño de tu madre», y le lanzó el puño en la boca al sargento. Todos lo rodearon, asombrados de ver el hilo de sangre en la boca de su jefe. Estévez bajó los hombros, resignado. Se sacó el Casio que llevaba en la muñeca y se lo lanzó: «Toma, Pedro». Agarró el reloj en el aire cuando el casi niño se tornó hacia él, le tiró una patada en el pecho y musitó: «Corre, corre». Mientras se levantaba, pudo ver cómo la silueta borrosa de Estévez, agarrado del pelo por el sargento, fue arrastrada por el enjambre hasta desaparecer en la oscuridad. Pedro empezó a correr desesperado cuando escuchó las detonaciones que sonaron como los silbadores que se lanzaban a la ropa en las Navidades de Altagracia de Orituco. Siguió corriendo hasta

que encontró un hueco bajo la salida de la autopista y allí se metió, tratando de calmar el temblor de las manos, con el pecho trancado por un llanto convulso que empezó a salir como una tos sin aire, unos quejidos de ave abandonada en un pantano.

—Viejo —dijo Pedro, con las palabras deslizándose en la boca llena de arena—, no puede ser que no podamos poner tres palabras de mierda, cuando lo decente sería publicar la lista de todos los muertos, anotar en algún lado cómo los mataron uno por uno y en qué fosa común los enterraron. Es increíble, viejo.

—Cálmate, Pedro, que yo no escribo las normas, y si alguien tiene bien claro que este es un Gobierno de porquería, está justamente sentado frente a ti. —Hizo una pausa, se extrañó al ver los ojos de Pedro, nublados de lágrimas, siguiendo a una mujer con un niño cargado que corría por la calle frente al periódico para guarecerse del inicio de la lluvia.

—Está bien, Pedro, déjalo —suspiró Virgilio—. Me saldrá ir a cromarle las bolas a Lamas. Cosa que además le encanta. ¿Vamos por unos *whiskys*?

—¿Quién paga? —preguntó Pedro como quien despierta repentinamente de un coma profundo.

—Yo. Como siempre.



XV

En la cama ancha y balaustrada en la que durmió su mamá hasta el día de su muerte, Carlos yacía plácidamente mientras Marleen reposaba la cabeza sobre su barriga prominente, ambos aún azulados por los vapores de la refriega amorosa. El Gordo mandó a reparar la cama y cambió el colchón después de que enterró a su mamá. Ella se lo pidió un día en que los dolores le dieron una tregua: «No vendas la cama. Allí me preñaron. Allí te parí. No la vendas». Nada le gustaba más al Gordo que retozar con Marleen en esa llanura interminable, cubiertos por la muselina del mosquitero y acompasados por el chirriar de los resortes del colchón y los jadeos de combate chino cuando la penetraba.

Ahora, recuperadas las respiraciones, Marleen acariciaba el pecho del Gordo y se regocijaba por el ronroneo del semen pellizcando sus entrañas, gotas rebeldes que se colaban de cuando en cuando hasta la pantaleta.

—Tenemos un problema con el tema que nos ocupa —dijo Marleen, rompiendo a regañadientes el papel celofán de su pequeño paraíso— y no sé cómo decírselo a Rafa. Pero hay que hacerlo. Siento que el tiempo se nos acaba.

El Gordo se retardó un poco más en la flacidez del venturoso instante y le preguntó:

—Cuéntame, amor, ¿pasó algo en tu última visita?

—En la penúltima —respondió Marleen—, pero tenemos que resolver.

Ya recuperada la tensión que lo acompañaba los últimos tiempos como un pecado, el Gordo insistió:

—Cuéntame, bella. No me cagues.

—Etelvina y míster B. —dijo Marleen en un hilo de voz.

—¿Qué pasó con ellos?

—Lo que inevitablemente iba a pasar. Lo que sabíamos que iba a pasar —aventuró Marleen.

—Pues yo no tengo ni idea —dijo el Gordo.

—Que andan juntos.

—¿Cómo juntos? —abrió la boca el Gordo.

—Coño, porroncho, ¿en serio? Juntos, están juntos, se enamoraron. Esa definición de juntos.

—¡A la reverga! ¿Y entonces? —dijo con un registro de voz que parecía el de una trompeta que empieza a anunciar discretamente a la orquesta el cambio de ritmo.

—Pues eso, que andan juntos. Y quieren seguir así.

—¿Así cómo?

—Carlos Esteban, ¿adónde carajo se te fue la cosmología y la teoría de la relatividad y el bendito gato que todavía no sé si está vivo o muerto en la caja esa?

—De Schrödinger. El gato de Schrödinger.

—Ese. Tampoco es tan jodido de entender. Los dos solos allí en ese monte. El sonido del mar. El arroyo tras la cabaña —explicó Marleen.

—¿Y eso cuándo pasó, bella?

—Muy poco después de que dejamos a míster B. allí.

—Mierda. ¿Y entonces?

—Y no solo eso. La cosa no termina allí —abrió una brecha Marleen.

—Coño, bella, con ese nuevo lenguaje telegráfico tuyo me va a dar un infarto. ¿Qué más está pasando?

—Pues nada, que Etelvina está preñada —soltó Marleen.

—¿De quién?!

—Del Espíritu Santo, Carlos Esteban. Obvio que de míster B.

—¿Quééé? ¿Cómo es la vaina? —El Gordo se sentó contra el copete de la cama.

—Eso. *Baby is coming* —suspiró Marleen.

El Gordo se quedó mirando la pequeña estatua del santo José Gregorio en una mesa del rincón. Con una vela siempre encendida, como le enseñó su mamá. «Es el único santo de los pobres», le decía, «por eso los curas no lo quieren. Además, fue nuestro vecino, vivió a dos casas de aquí».

Con un gruñido de cachalote caminó hacia el baño, orinó en el lavamanos y luego se lavó lentamente. Cuando regresó a la habitación, Marleen se había dormido. El Gordo se vistió y salió a buscar un teléfono público desde donde llamó al O'Gran Sol para dejarle a Rafael un mensaje.

—Pepe, ¡hola! ¿Cómo está la vaina? Hazme un favor, cuando llame Rafa, dile que se acuerde del mayor traidor que existió en la historia de Venezuela. Hoy a las cuatro.

Regresó al fresco silencio de la casa, se acostó con cuidado en la cama y abrazó a Marleen por detrás, agradecido del tiempo que quedaba para compartir su respiración de sueños tranquilos.



XVI

A esa hora de la tarde, la plaza Páez, con sus árboles llenos de tiña, los bancos oscuros y el busto del prócer en el centro, se encontraba llena de niños, indiferentes a los gritos de las mujeres que desde una esquina intentaban, inútilmente, contenerlos. Los vendedores de helados rodeaban a los niños como tiburones a sardinas. Un anciano en silla de ruedas miraba al frente con la boca abierta.

Rafael esperó en uno de los bancos retirados, guarecido por la sombra de una ceiba sobreviviente. El Gordo, con anchos pantalones de paracaidista, gorra y lentes Ray-Ban, le llegó por detrás.

—No cuidas la retaguardia, Rafael Antonio. Malo, malo —le dijo el Gordo, apuntándolo en la espalda con los dedos a modo de pistola.

—Deja la vaina, gordito. Siéntate. —Rafa le señaló el banco enmohecido y siguió viendo a un niño que le echaba tierra en la cabeza a otro más pequeño con una pala de plástico.

—¿Cuánto tiempo tendrá Páez con ese güevo tallado en la frente? —preguntó Rafa, señalando el busto del prócer—. Debe ser duro andar una eternidad con eso allí sin que a nadie le importe.

—Se lo tiene bien merecido. Por traidor —respondió el Gordo plácidamente.

—En la batalla de Carabobo fue un tigre —insistió Rafa.

—Más a mi favor, Rafael Antonio. Un héroe que se traiciona a sí mismo. Para mí, eso que tiene labrado allí es la parte más fidedigna y justa de la estatua.

—Bueno, mi gordito comando, ¿para qué querías hablar conmigo? —preguntó Rafa.

El Gordo empezó a hablar moviendo apenas los labios y muy cerca de la oreja de Rafa, que lo escuchaba impasible, acompañando las noticias con un discreto tamborileo en la madera del banco. Cuando Carlos terminó, Rafael siguió sin moverse, dispuesto a esperar que viniera la noche a borrarlo.

—Bueno, Rafa, eso es lo que hay. Esa es la contingencia que tenemos —dijo el Gordo.

—«Contingencia» —le dijo Rafa sin mirarlo—. ¿De dónde sacaste esa palabreja, Gordo? «Contingencia». La verdad, la purita verdad, es que ahora sí estamos metidos en tremendo peo. «La madre de todas las batallas», como dirías tú en tus nuevos ropajes.

—Rafa, cuando nos metimos en este bucle, sabíamos que atravesábamos la línea del no regreso. No nos queda otra que seguir. Insistir siempre.

—Bueno, Gordo, tú me dirás si a Marleen o a ti se les ha ocurrido qué vamos a hacer con todo esto. ¿Después de que entreguen los reales lo vamos a devolver con mujer preñada y todo?

—No, Rafa. No lo podemos devolver. Ellos piden quedarse como están. A ver, hemos logrado cosas importantes: repartieron la comida y se hizo bastante bulla con eso. Los delincuentes de Lucerna publicaron el remitido que les exigimos. Se están haciendo los pendejos con los pacientes con sida, pero, bueno, no podíamos batear de mil. Seguimos con el

plan de cobrar el rescate, sin cambios. Y no será ni el primero ni el último cristiano que desaparece de la faz de esta tierra de gracia, Rafa. Y muerto el perro, se acabó la película.

—Sí, okey, Gordo. Perfecto —dijo Rafa— y a nadie se le va a ocurrir preguntar o echar en falta al gringo de mierda ese.

—Míster B. —dijo el Gordo.

—¿Quién?

—Míster B. Así lo llama Marleen.

—¡Échale tú bolas! —levantó la voz Rafa. La enfermera que cuidaba al viejo volteó y lo miró con rabia.

—No lo podemos entregar, Rafael Antonio. Seguramente, si las cosas se complican, habrá que moverlos de allí, pero tú sabes que no lo podemos entregar. Nosotros lo torcimos, nosotros lo enderezamos.

La enfermera pasó ante ellos y masculló: «maricones», apuró el paso de la silla de ruedas, mientras el viejo, con la cabeza ladeada, emitía unos ruidos de piel roja.

—¿Qué le pasa a esa loca? —preguntó Rafa.

—Nada, que no le gusta que los hombres se estén hablando al oído. De todo hay en la viña del señor, Rafael Antonio.

Las mujeres empezaron a recoger a los niños, se empezaban a encender las luces de los edificios que rodeaban la plaza, de alguna ventana llegaba el olor a comida y Rafa se preguntó por qué a él no se le permitió llevar una vida de cena apacible en el comedor familiar, ¿cuándo su matrimonio se había ido al carajo?, ¿por qué se había metido en este desastre?

—Tienen derecho a otra vida, Rafa —le dijo el Gordo pasándole la mano por el hombro—, y nosotros se las vamos a dar.

—¿Tú sabías que yo estuve enamorado de esa mujer? ¿De Etelvina? —Rafa se miraba las palmas de las manos como si esperara leer allí un mensaje.

—No, hermano. No sabía —respondió el Gordo—. ¿Se lo dijiste alguna vez?

—Creo que no. O a lo mejor sí. Pero ahora ya no importa.

Rafa se levantó de repente, le echó una última mirada al busto de Páez y sonrió, porque, a la luz de la única bombilla buena de la plaza, resaltaba aún más el tatuaje en la frente. Luego miró al Gordo y le dijo:

—Salgo yo primero. Y, bueno, qué carajo. ¿Sabes qué, gordito? Sospecho que ya estamos muertos. *Dead man walking*. Eso es lo que somos. Así que tenemos derecho a hacer lo que nos dé la gana. Ahí nos vemos. Me avisas de todo en tiempo real.

La tierra de las jardineras se levantaba con la brisa como en una tormenta lunar. Carlos se quedó un rato más sentado en el banco, con ganas de correr y abrazar a su amigo, a su hermano, con ganas de invitarlo a una cerveza, de cantar juntos canciones de Los Panchos, pero solo tuvo fuerzas para mirar fijamente los hombros adelantados de Rafa que se alejaban hasta perderse en el río de gente.

XVII

Una semana estuvo el Gordo Carlos caminando el parque El Calvario para concluir que resultaba ideal. Levantado a finales del siglo XIX por un dictador que amaba a Francia y que se trajo en la maleta, de uno de sus viajes, a dos arquitectos flacos que empezaban a ganar fama en Europa y que llenaron la suave colina al norte del centro de la ciudad de paseos, estatuas y símbolos masones ocultos. También construyó, en la ladera norte de la loma, una capilla delgada que, de lejos, parecía un mascarón de proa. El primer parque con iluminación eléctrica que tuvo Sudamérica resultaba perfecto, porque se había convertido en una mancha de matorrales que ahogaban las estatuas y los gazebos, oscuras hondonadas donde las bandas arrojaban cadáveres, y las putas y sus clientes se recostaban en las paredes derruidas de la pequeña iglesia para esconder sus transacciones y desahogos.

Cuando el Gordo entró a la capilla por primera vez, el olor a mierda que sudaban las paredes le explotó en la cara y no pudo reprimir una arcada. Parte del techo había desaparecido, como si un monstruo nocturno le hubiera dado una dentellada. Los rayos de sol entraban entre las tejas sobrevivientes e iluminaban con tonos de vitral el trozo de cemento que aún quedaba de lo que antes fue el altar. También encontró, en la fachada sur, entre los condones usados, los interiores tiesos de

excremento, los huesos de animales ofrendados por los baba-laos, una ancha tapa de metal sujeta al piso por un candado oxidado, que el Gordo voló de un disparo y por donde entró a un recinto ancho como un refugio nuclear, que resultó ser —investigó después— el primer acueducto de la ciudad.

Después de hacer bocetos y planos torpes, al octavo día de recorrido definió un plan, que decidió no compartir con Rafa ni Marleen. «Esto me toca hacerlo solo», pensó. Bajó a la redoma siempre llena de carros e hizo a pie los dos kilómetros hasta el barrio de Montepiedad, erizado de casas justo al frente de la cara norte del parque. Entró por el portón de un taller mecánico, contiguo a un viejo cuartel, donde ya lo esperaban dos hombres en una oficina al fondo. Fue una negociación breve y Carlos pagó diciéndoles:

—La vaina es mañana. A las seis y cuarenta en punto de la tarde. Si no, se jode todo.

—Despreocúpese, don —le respondió el más viejo que, con barba descuidada y una camisa ancha de cuello amarillento, parecía un sobreviviente de paludismo—, ni los chinos hacen fuegos artificiales como los nuestros.

Salió del taller y bajó hacia la avenida en busca de un teléfono público. Hizo una llamada breve. El hambre apareció como un fantasma y se consoló al recordar que por allí cerca estaba El Rincón del Taxista, donde servían, en cazuelas de litro y medio, el mejor hervido de gallina del mundo.

Llegó al sitio y se regocijó al sentarse en la mesa cuadrada con manteles de plástico y servilleteros al centro, recibió como un buen augurio el agobio de los mesoneros por la cantidad de gente y el olor a gallina hervida que expandía sus fosas nasales. Sin apuro, se comió dos porciones generosas de sopa, chupando los huesos y dejando los trozos del maíz que le sirvieron completamente pelados. Suspiró de placer con el

último bocado y apuró el último sorbo de jugo de caña que le habían servido en un frasco de mermelada de medio litro.

Después de comer, caminó cuatro cuadras a un lado de la avenida atestada de carros, hasta que consiguió, camuflada por las manchas de hollín en el aviso y en las paredes, la entrada del hotel Las Américas. Como siempre, en lugares así, el mostrador de madera ajada y un hombre, ajeno a los rumores de las habitaciones, que entregaba la llave sin ni siquiera mirar, y recibía el pago que arrojaba sin contar en una gaveta tapizada de calcomanías de mujeres desnudas y de vieja publicidad de cauchos.

El Gordo abrió y fue asaltado levemente por el olor a desinfectante. Una cama con un colchón sospechosamente hundido en el centro y dos mesas de noche empotradas con tornillos a la pared. Carlos fue al baño minúsculo, evacuó, se dio un baño profundo, salió y se secó con calma. Luego de vestirse, revisó meticulosamente todo lo que había colocado sobre la cama para confirmar que el equipo estuviera completo: el saco de dormir, la lámpara de gas, la Glock, veinticuatro paquetes de galletas Saltines y doce potes de jamón endiablado, un libro nuevo de un tal Stephen Hawking, que le había regalado Marleen, la última novela de García Márquez, las tres bombas de humo y la granada que le vendió un policía de su cuadra. Guardó todo en un morral de explorador, salió del hotel sin que a nadie le importara y se dirigió, a pie, a guardarse bajo tierra hasta las seis y treintaicinco de la tarde del día siguiente.



XVIII

Solo había sonado tres veces en los dos meses que había durado esa pesadilla, pero, para Arsenio, cada vez que el teléfono, instalado por los de la Judicial, emitía sus pitidos de insecto seco, una descarga de alto voltaje recorría su columna, desde el cuello hasta el inicio del culo. Desde que Gertrudis dijo su nombre a uno de los secuestradores en la primera llamada, los policías habían exigido que solo él atendiera y tratara de estirar, de manera inútil hasta el momento, la charla.

Con temblor en las manos, compañero fiel de todo lo que ahora hacía —si levantaba una hoja de papel, si se peinaba una ceja, si se masturbaba, siempre estaba allí el maldito temblor—, levantó el auricular y preguntó:

—¿Aló? ¿Con quién tengo el gusto?

—Escucha. No hables. Mañana, exactamente a las seis y treintaicinco de la tarde, vas a ir solo, te repito, solo, a la capilla Nuestra Señora de Lourdes, una iglesia abandonada en la colina norte del parque que está frente a la plaza O'Leary. Vas a entrar y vas a dejar el dinero en un morral sobre la piedra que está en medio, casi al final de la nave. Luego tienes dos minutos, solo eso, dos minutos, para salir de allí, porque si te quedas un segundo más, te vamos a volar por los aires a ti también.

—Óyeme un momento, asere —intentó Arsenio.

—Haz silencio. Escucha. Seis y treintaicinco de la tarde. Dos minutos. Si te retardas o sales con algo raro, por supuesto que lo sabremos y van a caer pedacitos tuyos por todos lados. Y los malditos de la embajada gringa van a recibir el cuerpo, un poco tieso, de uno de sus connacionales —y colgó.

Arsenio dejó el auricular sobre el escritorio y se limpió las manos sudadas con la pernera del pantalón. Tenía un nudo en la garganta y no sabía cómo controlar las ganas de gritar.

Con desespero, tocó el botón rojo del auricular y, casi de inmediato, entró Gertrudis.

—¿Llamaron? ¿Quieres un vaso de agua con azúcar? ¿Un té de tilo? —le preguntó.

Arsenio hizo un gesto de negación y se pasó las manos por la cabeza, luego se miró las palmas, ahora resbalosas de brillantina.

—¿Cuándo se acabará esta mierda, Gertru? ¿Cuándo cojones se acabará esta mierda? —le preguntó.

Ella fue hacia él y lo arrulló, abrazando su cabeza y recostándolo sobre su pecho, mientras le decía en voz baja que se calmara, que todo saldría bien. Arsenio empezó a llorar, las lágrimas y los mocos caían en la entrepierna y en la camisa. Gertrudis sacó un pañuelo del bolsillo de su *blazer* y le secó la cara, le sonó la nariz y lo consoló, «ya, ya, ya».

—Gertru —dijo Arsenio poco tiempo después—, ¿me haces un favor?

—Claro, Arse. Lo que quieras.

—¿Me la puedes chupar un ratico? Ando muy nervioso.

—¿Cómo? No, Arsenio. No te la voy a chupar. No, señor. Tú sabes que eso nunca ha funcionado entre nosotros —le respondió Gertrudis apartándose y tratando de sacar una mancha oscura de su blusa con la esquina seca del pañuelo.

—Unos besitos nada más, Gertru. Te prometo que me vengo rápido. Y no te voy a acabar en la boca, te lo juro —insistió Arsenio.

—Arsenio, no te la voy a chupar. Si quieres, te ayudo con una paja, pero rápida. No me gusta pasar mucho tiempo aquí, después todo el mundo habla tonterías.

Arsenio se bajó el cierre y con una maniobra rápida se sacó el miembro que, sobre el lino del pantalón, parecía una serpiente marina reposando en el fondo. Gertrudis se acercó, volvió a abrazarlo, e inició con la mano derecha movimientos mecánicos de vaivén, mientras le besaba la frente húmeda. Arsenio le apretaba las nalgas y Gertrudis se dejaba hacer mientras insistía en tratar de parárselo. Después de unos minutos, y de que la carne fofa se le escapara una y otra vez entre los dedos, le dijo:

—Nada, Arse. No se para, ¿sigo?

—No, Mima. No te preocupes. Déjalo así —respondió Arsenio.

—Eso es por la cocaína, Arse. Se te está yendo de las manos.

Arsenio miró por la ventana y por primera vez no admiró la línea protectora de la montaña, ni de las nubes que besaban sus picos de cumbres afiladas. Pensó en cuánto alivio sentiría si se lanzara al vacío para recuperar, por unos segundos, la libertad que le había sido arrebatada, la tranquila soledad de quien se supo poderoso e invulnerable un día y del que no había quedado más que esta piltrafa llorosa.

—No, no es eso, Mima. No es eso. Es todo esto del gringo. Para que sepas, nadie va a salir bien después de que se acabe este guateque. Ya verás. Déjame un rato solo, amor. Antes de irte tráeme el frasquito que está en el gabinete del baño, por favor.



XIX

Caracas amaneció nublada y extrañamente fría, con una bruma que daba a todo apariencia de haber sido recién lavado. El Gordo Carlos, a la luz de una lámpara de gas, leía escéptico el libro de un cosmólogo de Cambridge y comía galletas rellenas de jamón endiablado. La merienda que cada tarde le servía su mamá, junto a un vaso de leche achocolatada. Esa certeza del plato con las galletas en las que brillaban, como hallazgos arqueológicos, los granos de sal, la pasta de jamón que rebosaba sus bordes, el vaso helado con dos cubos de hielo y las peripecias de *El Zorro* a la hora exacta de las cuatro de la tarde representaban cierto orden en el caos que, con el tiempo, se apoderaría de todo.

Al otro lado de la ciudad, los preparativos en Lucerna se hacían con sigilo, pero a un ritmo frenético.

Desde temprano y vestidos de civil, agentes de contrainteligencia militar habían peinado toda la colina del parque, revisado cada palmo de sus monumentos descascarados, repasado las plazoletas ajadas, en busca anticipada de alguna pista. Con aspavientos habían corrido a los craqueros y a las putas de sus rincones, y se asombraron con el olor a carne descompuesta que se desprendía de los matorrales. Franco-tiradores se apostaron en las azoteas de dos edificios frente al parque, con una cobertura clara de la puerta de la capilla.

«El que pase por esa puerta se rifa una bala en la cabeza o donde la superioridad ordene», pensó el teniente Acosta mientras se acomodaba la gorra con la visera hacia atrás y probaba nuevamente el lente apuntado al objetivo.

Arsenio estaba sentado en su poltrona Eames con la mirada perdida y la boca entreabierta.

—Usted debe hacer todo rápido y sencillo —le dijo el comisario Torres Angulo mientras una polilla, aturdida, golpeaba una y otra vez la ingravidez de la lámpara Philippe Starck que custodiaba el sofá de cuero, en el que tantas veces Arsenio había cerrado negocios de millones de dólares y había desnudado a las modelitos sin nombre y a las actrices de reparto que pedía por catálogo a la loca de Juan.

—Entre, deje el morral sin ver para los lados y salga. Caminando. No corra. Apenas traspase la puerta, vaya a la derecha y muévase con cuidado loma abajo hasta llegar a la calle. Allí lo esperará un carro de los nuestros. Y listo.

—¿Y no puedo llevar chaleco antibalas? —preguntó Arsenio en un hilo de voz.

—Si lleva chaleco, los secuestradores pueden pensar que hay francotiradores esperándolos. Mejor no. Mientras más rápido y sin invento haga el encargo, todos volveremos a nuestras casas tranquilos y sin nervios, doctor Henríquez —siguió Torres Angulo.

Sentado en el asiento de atrás de un Caprice de la Judicial, con el morral entre las piernas y rodeado de cacerinas y bolsas de papel grasientas, Arsenio miraba por la ventana, con indignación, a una pareja que se besaba impaciente en la parada del autobús.

—Comisario, creo que no voy a poder. No voy a poder —dijo Arsenio.

—A estas alturas ya no podemos hacer otra cosa, doctor. Sería un desastre si se echa para atrás justo ahora —le dijo

Torres desde el asiento de adelante, moviendo inquieto sus bigotes de morsa—, respire tranquilo que ya vamos a salir de esto.

—¡Es que también me estoy meando, comisario! —dijo Arsenio.

Torres miró a Arsenio con ganas de darle en la cara con la mano abierta y le dijo:

—Antes de hacer el asunto buscamos un sitio para que orine.

Poco tiempo después, se asomó el perfil de la colina, coronada por la puntiaguda torre de la capilla. A Arsenio se le antojó una de esas mansiones en medio de un bosque oscuro, de las películas de vampiros de su infancia en el Doral. De repente, al adentrarse un poco más en la vía curvada que subía al parque, el ruido de la ciudad fue sustituido por un rumor de pájaros extraviados entre las ruinas y por el primer llamado de los grillos que precedía a la emergencia de la noche.

Recostándose en la columna que precariamente sostenía un arco con mascarones, a los que les faltaba media nariz o una ceja, Arsenio orinó largamente pensando que no todo podía ser tan malo, no podían haberse virado tan feo los caracoles que le habían tirado en aquella casa sucia en medio de un pantano en Florida. Oculta entre la basura, una valla derribada decía: «PARQUE MUNICIPAL EL CALVARIO. FUNDADO EN 1864». Con una sonrisa, Arsenio gritó:

—¡Qué bolá, comisario! ¡Mire cómo se llama esta mierda!

—¿Cómo, doctor?

—El Calvario, ¡ja! Esta mierda se llama El Calvario. ¡No me jodas!

—Sí, qué bolas, ¿no? —dijo Torres con desgano—. Ya son las seis y treinta. Hora de darle. Suba por ese camino que lo va a llevar directo a la puerta de la iglesia. Nosotros lo esperamos aquí. No se preocupe. Tenemos todo controlado, doctor.

Arsenio subió por la ladera mirando el monte que crecía en los restos de las jardineras ornamentadas a cada lado del camino. A las seis y treintaidós divisó el boquete de entrada de la iglesia, que conservaba cierta dignidad, a pesar de que la ausencia de más de la mitad del techo le hacía parecer la boca desdentada de una vieja. Arsenio respiró hondo y esperó. Sin precaución alguna sacó un sobre con cocaína del bolsillo del pantalón. La aspiró. Después de unos segundos en que logró calmar los espasmos del cuello, sacó también dos pastillas de Valium y se las tragó con saliva.

—Ya estoy listo, comemierdas —dijo en un susurro—. ¡Ya estoy listo!

Entró y el olor lo detuvo como un mazazo. Sin poder controlarlo, se dobló y vomitó, cuidando de no mancharse los zapatos de gamuza.

Temeroso de haber perdido demasiado tiempo, miró el Rolex y caminó hacia la piedra en el fondo, extrañamente iluminada por una luz azul. Pensó en cómo se sentiría recibir un balazo en la cabeza, si acaso dolería o si, por el contrario, nunca se enteraría de que había muerto allí, entre las paredes desconchadas y el hedor de su propio vómito.

Con cierta ceremonia dejó el morral sobre la piedra. Cuando se giró para regresar, vio que desde el hueco del techo caían dos objetos, oblongos y bruñidos como escarabajos gigantes, que rebotaron cerca de sus pies. En segundos se enteró de lo que eran. Dejando atrás toda precaución, salió corriendo mientras gritaba:

—¡Granadas! ¡Granadas!

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, escuchó un chirrido como el escape de gas de una cocina y todo se llenó de humo. Arsenio se lanzó por el cerro frente a la iglesia y rodó entre las piedras hasta que un arbusto moribundo lo detuvo cerca de la calle. De algún modo se sintió a salvo, se

tocó para confirmar que la granada no le hubiera volado un brazo o una pierna. Cuando comenzaba a pedir control a sus pulmones, escuchó un estruendo que lo hizo taparse los oídos y gritar con la cara pegada a la tierra.

—Algo pasó adentro del recinto, mi coronel —dijo el teniente Acosta por la radio—, vemos abundante humo saliendo por la puerta y por el techo. También hubo dos explosiones en el monte frente a la iglesia. Esperamos órdenes.

—¿Y el cubano? —preguntó el coronel Gutiérrez que, desde un puesto de la Guardia en la falda del parque, dirigía la operación.

—No estoy seguro, pero creo que logró salir —informó Acosta.

Los minutos se acumularon mientras los violetas y naranjas de la tarde iniciaban su danza por el oeste, arrancando los últimos destellos a la montaña, que ya caía derrotada por los avisos de la noche.

—Aquí el comisario Torres. Tenemos al cubano con nosotros. Solo unos rasguños.

—Coronel, aquí Acosta. Disparos por el flanco derecho. Probablemente de FAL. Desde tres puntos.

—¿Identificados los nidos? —preguntó Gutiérrez.

—Negativo —dijo Acosta—, muchas casas y árboles que tapan. ¿Accionamos?

—Negativo, teniente. Disciplina de tiro. Esperemos.

Unos segundos de calma que fueron cortados por una ráfaga de ametralladora que dibujó una S en la fachada de la iglesia.

Para el momento en que Arsenio entró a la capilla, Carlos levantó la tapa de metal y salió de la boca del tanque. Por precaución se había colocado un pañuelo en la cara y unos lentes de natación. Contó lentamente hasta diez y arrojó por el techo las dos bombas de humo. Luego, escurrió medio

cuerpo por un hueco en la pared posterior de la iglesia, desde donde pudo estirar la mano y recoger el morral.

Agachado, regresó sobre sus pasos hasta la boca del refugio, entró y volvió a cerrar por dentro. Revisó el contenido del morral. Miró los libros tirados sobre el saco de dormir. Contó los paquetes de galletas y las latas de jamón que le quedaban, verificando, satisfecho, que le alcanzarían hasta la mañana siguiente.

XX

Etelvina odiaba el sonido del mar. Pero, más que a ese ruido fijo y rumoroso que estallaba en sus oídos, Etelvina detestaba el color del mar de madrugada.

Ya Marleen se había ido, y no había forma de retardarse, a riesgo de que le volvieran a arrebatarse todo. Había que salir de allí y había que hacerlo ya. Por eso, en una boca poco conocida del río, su hermano puso un peñero al que revisó bien el motor, se cercioró de que el tanque de gasolina estuviera lleno, cargó con tres bidones adicionales de combustible, seis potes de aceite y unas toallas para cubrirse por si el mar se ponía difícil en alguna parte del trayecto.

Esperaron hasta que los ruidos del pueblo se fueron apagando y, antes de que empezaran a salir las primeras lanchas con pescadores, caminaron entre las cañas altas que los camuflaron hasta llegar al río. Acariciándose la barriga —al pequeño bulto que ya crecía sin pausa en su bajo vientre— y tomada de la otra mano por su hermano, subió con cuidado a la embarcación. Detrás venía Paul que, cubierto por una sábana, parecía un espanto extraviado.

Etelvina se sentó en la parte de atrás. Paul, a su lado, le pasó el brazo por los hombros y la invitó a recostarse en su pecho. El hermano de Etelvina soltó la cuerda que retenía la lancha amarrada a una rama, movió con un remo los

manglares de la orilla para empujar la embarcación al medio del río y la encaminó lentamente hasta la espuma del mar. Allí esperó a que la resaca lo alejara de las piedras del acantilado, encendió los dos motores y se enfiló, pegado a la costa, hacia el este.

—¿Cuántas horas son, Joseíto? —preguntó Etelvina.

—Las que duren, negrita. Va a depender del mar. Que no se ponga bobo.

Paul miró la oscuridad violeta que se extendía por todos lados y se preguntó cuánto más podría cambiarle la vida. Nunca había creído en Dios, menos aún daba crédito a esos cambios bruscos que más parecían mudanzas de piel. Ni en la más intrincada fantasía podía haber considerado esta jugada de llevarlo cincuenta años por una vía clara, sin contratiempos ni sorpresas, con un retiro tranquilo al cumplir los sesenta y cinco, para luego arrojarlo a este laberinto. La infancia en Toledo, su primera bicicleta, las borracheras del padre y las golpizas que dejaban inconsciente a su mamá. Hasta que un día, cuando su papá llegó gritando y escuchó el estruendo de platos y ollas que caían, Paul fue al gabinete de la sala y sacó el rifle de caza que le habían regalado sus tíos de Saint Louis por su cumpleaños. Caminó a la cocina y encontró a su mamá tirada en el suelo, con el borracho encima, golpeándola en la cara una y otra vez. Paul, con suavidad, le puso el cañón de la escopeta en la nuca y le dijo:

—Déjala. Si le vuelves a pegar, te vuelo la cabeza.

Su padre se levantó como si le hubieran echado un saco de arena encima, lo miró de reojo y asomó una sonrisa torva:

—Así que ya eres un hombrecito —le dijo.

—Creo que es mejor que te vayas —le respondió Paul, aún apuntándolo, preocupado porque los lentes se le habían empañado.

—Claro que me voy —le respondió—, ustedes dos son la peor mierda que me ha pasado en la vida. —Lo último que Paul vio de él fue su espalda ancha, el cuello rojo donde aún se veía el aro pálido que había dejado el cañón del arma y la camisa manchada por su oficio de maquinista.

Luego, la vida hecha, el *high school* y el paso por la universidad estatal para obtener el grado en Negocios y Comercio. Justo cuando estaba por graduarse, lo abordó un profesor y, después de un café, todo tan sencillo como hablar del tiempo, fue reclutado para la agencia. Paul jamás entendió qué habían notado, de su pinta de miope tímido, los jefes de la oficina de Langley. El entrenamiento en Holanda. La fachada de hombre de negocios. Después el bautizo de fuego en Chile en 1973. El ruido de los gritos, el ruido de las manifestaciones, el ruido de los tanques, el ruido de las bombas. El ruido de los muertos agolpados en las esquinas.

La embajada lo sacó de allí cuando ya estaba todo hecho, y casi se hizo experto en alimentar, a fuego lento, el odio de la gente hacia lo que en el informe de algún burócrata de la Central pareciera una amenaza. «Operaciones sanitarias», las llamaban, verdaderas jornadas de fumigación. A Paul no le importaba si los jefes tenían o no razón, ni se enfrentaba a dilema alguno si en el camino quedaba un reguero de cadáveres. Él iba, compraba periodistas, compraba sindicatos, compraba militares, y todo pasaba como si ya hubiera sido previsto por algún arte de adivinación. Siempre funcionaba. Siempre.

O casi siempre. El árabe al que volaron en Oslo. Semanas de seguimiento hasta conocer al milímetro sus rutinas: a las siete de la mañana salía en su Vauxhall Victor para ir a jugar al fútbol con los amigos. Era el momento ideal, sin peligro de daño colateral. Por eso, pegó la noche antes en el chasis del carro, justo detrás del guardafango delantero derecho, doscientos gramos de C4 al que adaptó un mecanismo que

generaría la explosión al girar el encendido. Cuando el hombre, fornido y de apretada barba, salió del edificio, iba acompañado de un niño de siete años, su hijo mayor, ataviado también para jugar. Paul estaba en una caseta telefónica a media cuadra, desde donde podía ver todo. Por un momento pensó en salir corriendo y advertir al árabe, pero solo se quedó petrificado, con el auricular en la mano y la frente amarilla de sudor. El estruendo dejó a Paul sordo por unos instantes. Cuando salió de la caseta, entre el humo y la ceniza que se lanzaba contra sus ojos, pudo ver en el suelo una mano pequeña, pálida e intacta, tan cerca que casi la pisa en su huida.

¿Y Shannon? ¿Qué va a ser de ella? Ya no la quería, es cierto, pero a pesar de los silencios monótonos de la cena y los breves gestos de hastío que de cuando en cuando se le escapaban, eran amigos y sabían acompañarse sin demasiados aspavientos ni temblores de tierra. Convertiría a su única amiga en una viuda sin el cadáver de su esposo, la condenaría a la espera perenne, al sobresalto de las pesadillas sin respuestas en medio de la madrugada, a las preguntas que nadie podría contestar en esta tierra a la que ella prodigó un odio premonitorio desde el primer día que arribaron.

Bien entrada la mañana avistaron un pueblo de casas regadas frente al verde mar tranquilo. Etelvina tenía los labios pálidos y resecos por lo que había vomitado en el trayecto. En la orilla de una pequeña playa al lado del pueblo, los esperaban dos hombres altos que ayudaron a desembarcar a Etelvina y a su hermano.

—¿Y mi maíta cómo está, tío? —le preguntó Etelvina al más viejo, de brazos largos y nudosos, con una calvicie que disimulaba rapándose al cero.

—Bien, bien, negrita. Con sus achaques. En la casa. Preparándote un sancocho de gallina negra pa que la muchachita no salga con hambre.

—Todavía falta mucho, tío —le dijo Etelvina, con su sonrisa ancha, mientras caminaban hacia la montaña escoltados por dos hileras de cocoteros—. ¿Cómo vamos a saber qué va a ser?

—Pero ella ya lo vio todo, negrita. Sabes que siempre va y viene. Será una niñita. Con los ojos como un lago.

Caminaron por un trecho de tierra hasta una casa adosada al cerro desde donde se veía, a un lado, la playa de un verde fosforescente. En el patio de la casa corrían unas gallinas, perseguidas por dos perros raquíticos. Etelvina abrazó a su tío y, señalando al hombre flaco y alto que los seguía envuelto en una sábana, les dijo:

—Este es Paul, él es...

—Ni me cuentes, negrita —la interrumpió con una sonrisa ancha—. Hay vainas que mejor ni saberlas.

En la casa, la oscuridad alejaba el calor. Del fogón, en una esquina de la cocina, se levantaba el humo alegre de una olla alta y cubierta de hollín. Una negra vieja y gorda, que fumaba un tabaco con la candela para adentro se le acercó, sudada y llorosa:

—Hola, hija. Menos mal que llegaron.

—Hola, mamaíta. ¿Cómo ha estado? —le dijo Etelvina.

—Aquí, con la rodilla jodida. Esperando que algún día regrese la lluvia.

Se perdieron en los recuerdos de los años sin verse, en los cuidados a distancia que cada noche la vieja le prodigaba, asistida por sus santos y por las lecturas de borra de café que hacía cada noche para adivinar los sufrimientos por venir.

—Yo sabía que la vida se te iba a voltear como una media, hija. Pero nadie me hizo caso. ¿Y ese gancho e ropa es el gringo? —preguntó la vieja.

—Sí, maíta —respondió Etelvina, con los ojos abiertos como platos.

—Siéntese allí, míster —le dijo la vieja señalando una silla del comedor—. Después hablo con usted.

Cuando la sopa estuvo a punto, comieron felices mientras la vieja rellenaba los platos de peltre una y otra vez. Antes de que Etelvina sirviera el café, el calvo la miró fijamente y le preguntó:

—¿Y hasta cuándo se van a quedar, negrita?

—No sabemos todavía, tío.

—Hasta siempre —respondió Paul—. De aquí nos sacan muertos.

—No la invoques en esta casa en vano, musiú —le dijo la vieja en voz baja—. La muerte está tan segura de su victoria que nos dio la vida de ventaja.

XXI

Rafa se regocijó solo con ver los bosques, las playas, los veleros y las bellezas despampanantes en bikini que le sonreían desde los afiches que tapizaban las paredes de la agencia de viaje. Como si la amargura del mundo desapareciera por la gracia de un paquete turístico. Una mano invisible que lo sacara de los días grises, de la cama mal hecha, de los calcetines percutidos, para conducirlo a la existencia esplendorosa que le había sido negada desde siempre.

Aún dudaba frente a la empleada de la agencia que, obsequiosa, le detallaba el viaje con hotel todo incluido a Bonaire: los traslados a las playas, las cenas exóticas, el curso de buceo, las visitas a miradores y la promesa de una dilatada felicidad. Repentinamente, tomó la decisión. Previa jalada de bolas a Katiuska, se llevaría a la niña a las primeras vacaciones decentes de sus vidas.

Pagó en efectivo y le entregaron los pasajes y los *tickets* de reservación del hotel en un sobre colorido que guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Abrió la puerta de vidrio y salió a la luz del mediodía. Estaba sacando los lentes de sol cuando un hombre grueso, con camisa manga corta y corbata tejida, se le vino por un costado y le clavó el cañón de una .45 en la espalda.

—Hola, Rafa —le dijo—, no te muevas. Las manos atrás. Lentamente, no queremos un *show* aquí, ¿verdad?

Con un gesto automático le puso las esposas. De un Nova naranja salieron tres hombres más con las pistolas desenfundadas y se abalanzaron sobre él. Lo llevaron a empujones hacia el carro y lo arrojaron en el asiento de atrás. Uno de los hombres le obligó, con la mano en la nuca, a mantenerse doblado, mirando el piso. Rafa sintió el olor a caucho quemado cuando el Nova salió disparado.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Rafa.

Desde el asiento del copiloto, el comisario Torres Angulo, con los bigotes de morsa perlados de sudor por el esfuerzo, se lanzó sobre él, lo agarró del cuello y apretó:

—¿Tú creías, grandísimo cabrón, que te podías burlar del Gobierno, meternos el dedo como quien dice, y nosotros no íbamos a hacer nada?

—No sé de qué me está hablando. ¿Quién es usted?

Rafa no tuvo tiempo de esquivar el puño que se le clavó en la nariz haciendo un ruido de papel rasgado.

—¡Coño! —gritó Rafa, tratando de detener la sangre que le salía a borbotones por las fosas nasales.

—Cállate, maricón —dijo Torres Angulo, ahora completamente volteado hacia el frente—. No es con nosotros con quienes debes hablar. Ya tendrás tiempo de cantar más que Juan Gabriel. Y ustedes pongan un trapo para que este güevón no nos manche los asientos.

A pesar de que no le dejaban mirar al frente, Rafa suponía que habían salido de la ciudad por el alivio del tráfico. Cuando advirtió la oscuridad y el rumor apagado de un largo túnel, supo que se dirigían hacia el puerto.

Curiosamente, como si estuviera soñando, recordó con exactitud cuando hicieron ese mismo recorrido tres meses atrás. El Gordo, Marleen, sus sonrisas sosegadas que ahora

aparecían en el piso del carro. Con un nudo en la garganta, se preguntó si realmente valió la pena.

¿Y Laíza? Su niñita de pelo rizado, de sonrisa de gato, que hacía que le doliera el pecho de tanto quererla cuando, de bebé, le hacía muecas de viejito. ¿Y ella?, que solo lo veía los fines de semana, agobiada por los parques de atracciones, el cine y el algodón de azúcar, migajas con las que él trataba de rehacer los hilos de una vida en común que se había roto en pedazos. ¿Qué va a pensar de su papá? ¿Qué le va a decir Katiuska cuando pregunte? ¿La larga letanía de sus peleas: «vago, pelele, egoísta, bueno para nada»? ¿Habrás conseguido, con sus esporádicos encuentros, guardar imágenes para soñarlo alguna noche de añoranza?

—No puedo respirar —dijo—. Me duele.

La nariz se le había puesto morada e hinchada como una nectarina. Sobre la boca, la sangre y los mocos se habían secado dejando una costra ocre.

Torres Angulo volteó:

—¿Te duele? —le preguntó—. No te preocupes que ya pronto te vas a olvidar de eso.

Lo tomaron del pelo y le levantaron la cabeza, recostándolo contra el espaldar del asiento. Rafa inspiró una bocanada de aire que le ayudó a mitigar la carrera loca de su pulso. Pensó que tenía muchas ganas de orinar.

Cuando llegaron al final de la autopista, y ya con el mar enfrente, en lugar de seguir la misma ruta que hace tres meses le cambió la vida, giraron a la izquierda, hacia una vieja estación eléctrica que se había incendiado en los setenta y que, con sus paredes tiznadas y sus tuberías oxidadas, parecía uno de esos monstruos de los cómics japoneses.

Salieron por una carretera de tierra a un conjunto de pequeñas casas vacacionales que parecían abandonadas. El Nova estacionó en la última, casi pegada a las piedras de

un pequeño acantilado junto a la playa. Lo metieron a empujones. Pudo ver una sala con muebles de madera, donde estaban sentados cuatro hombres que miraban una pequeña televisión en blanco y negro.

Lo metieron por un pasillo. No aguantó más y se orinó los pantalones. Los agentes que lo empujaban empezaron a pegarle por la espalda, gritando:

—Comisario, este güevón se meó.

Torres Angulo, que iba delante, volteó, lo tomó por el pelo y lo arrojó por la puerta a una habitación casi vacía, de paredes desconchadas por el moho. En el medio, una silla metálica adosada al piso con tornillos. En un rincón, una batería de carro con unos cables pegados a los bornes y una radio de onda corta en el piso. La pared que separaba la habitación del sanitario había sido tumbada a mandarriazos. Cuando lo sentaron, Rafa pudo ver, entre los escombros, una poceta sucia que parecía una obra de arte realizada por un psicótico. Le pusieron una capucha y por las voces notó que el cuarto se había llenado de gente.

—Hola, Torres —escuchó Rafa—. ¿Navidad adelantada?

—Hola, López. Aquí tienes el paquetico que tanto estabas esperando.

—¿Le leyeron sus derechos? —preguntó López.

Cuando todos soltaron la carcajada, Rafa recordó un documental sobre lobos que había visto en televisión, la sonrisa con la que se acercaban a la víctima ya postrada, el olor de la sangre que les hacía entrecerrar los ojos de placer.

De repente sintió un golpe tremendo en las costillas, que lo dobló hacia un lado. Por las esposas que lo maniataban, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Una sombra se acercó, lo sentó de nuevo y le subió la capucha hasta la mitad. Rafa casi lo agradeció. Un hombre de barba, con los ojos torcidos por un tic, se le puso tan cerca que Rafa sintió el olor a ajo de su aliento.

—Yo soy López —le dijo—. Para ti, el comisionado general presidencial López Suárez. Ya habrás oído hablar de mí.

López se sentía orgulloso de las historias que circulaban: la del estudiante de Medicina al que le había preguntado en qué zona del abdomen se situaba el duodeno, para luego clavarle un alambre buscando perforárselo. La de la joven a la que habían violado por el culo, él y sus muchachos, mientras el novio los miraba aterrado. «Porno gratis», le había gritado López, mientras se movía como un lagarto dentro de ella. La del guerrillero que habían lanzado de un helicóptero en las montañas de Oriente. «Se fue del país con el dinero del robo de bancos. Es lo que sabemos», le dijo el mismo López a la madre, la única vez que accedió a reunirse con ella.

—No, comisionado —Rafa se impresionó del tono quedo y silbante de sus palabras—, no he oído nada. ¿Usted me puede decir por qué estoy aquí?

Con el ademán remilgado de una señorita tomando el té en la terraza del hotel Tamanaco, López le pidió silencio.

—Fíjate, Rafa, esto lo podemos resolver de dos maneras: la fácil o la divertida. La fácil: nos dices dónde tienen al gringo.

—¿Cuál gringo? —preguntó Rafa.

—El que ustedes secuestraron el nueve de enero en Valle Arriba. De ti sabemos todo. De tu banda, algo. Pero tú nos vas a ayudar a llenar los huecos que tenemos en esta historia, nos vas a contar todo, nos vas a entregar al gringo sano y salvo, los reales que les pagaron y, por supuesto, queremos conversar con todos tus amigos. Una charla informal.

—Perdone, comisario...

—Comisionado, por favor, no se te olvide. Comisario es mi compadre Torres Angulo, aquí presente —lo atajó López, señalando a Torres, que resoplaba de calor.

—Comisionado. Disculpe. Pero le juro que no tengo la más remota idea de lo que me está hablando. Si supiera algo,

con gusto colaboro, ojalá supiera para poder contarle, pero nada. No sé nada.

—Entiendo —dijo López en un susurro—, va a ser del modo divertido. Llamen a Monsalve.

Esa mañana iban tomados de la mano, Laíza y él, recogiendo piedras y conchas en la orilla de la playa. La niña las revisaba con el ceño fruncido, para conservar solo las blancas con vetas naranjas. Jubilosos, se fueron adentrando en el mar mientras ella preguntaba por el corazón de los cangrejos. El agua los cubría y ellos continuaban caminando en el fondo, hablando y sonriendo mientras los rodeaban peces de colores.

Una descarga que le atravesó todo el cuerpo como miles de agujas hirviendo le hizo sentir que los ojos se le saldrían de la cara. Cuando la electricidad, los cables pelados aplicados a los testículos, el olor a mierda, a orina, a sangre, lo regresó al cuarto, el hombre de cabellos largos le agarraba las mejillas con las manos cubiertas por guantes de cuero y le decía: «Habla, habla, habla». «No sé nada, no sé nada, no sé nada». Y de nuevo el clic del interruptor que de solo escucharlo anticipaba la convulsión, la mordedura de la lengua, el olor a carne chamuscada, la sensación de que algo lo fundía por dentro hasta convertirlo en una sustancia viscosa y maloliente. «Habla, habla, habla», le pedía la mole en voz baja, «habla o aquí te mueres». Cada vez que le arrojaban el agua sucia de un tobo, sabía que vendrían de nuevo las contracciones de los brazos y las piernas, que parecían aspas y se doblaban con los movimientos convulsos de un reptil prehistórico. Pausa, corriente, pausa, corriente y de nuevo las fauces de metal ardiendo que le mordían los huesos. «Habla, habla, habla». «No sé nada, no sé de qué me hablas, no sé nada».

Por un tiempo, silencio. Solo su respiración entrecortada y sus quejidos quedos, para no despertar nuevamente a las hienas. El monstruo, vestido con una malla enteriza de

luchador grecorromano, se sentó en un taburete a fumar un cigarrillo. A pensar y a limpiarse los restos de sangre, los trocitos de carne y uñas que se le habían pegado a la barriga.

En el fondo de la habitación, las sombras andaban atareadas sobre una mesa. Miraba alrededor con el único ojo que le quedaba destapado, tratando de anticipar lo que venía. Ya sabía que gritar era peor, que suplicar era peor, que llorar era peor. Solo el silencio le daba algún respiro, alguna absurda esperanza de que pronto acabaría todo.

—Tráeme la mandarria —oyó decir a Monsalve.

—No, no, no, no, no —empezó a decir atropellado cuando el gigante se le acercó oscilando el mango de madera como hace mucho vio hacer a los leñadores de las películas de Disney.

Escuchó el crujido de la primera rodilla cuando el martillo se la aplastó. Y su grito, que ya era el de la presa acorralada por perros salvajes.

Laíza acariciaba el lomo de los peces que los rodeaban en una danza de carrusel. Él sonreía y le preguntaba: «¿Te gustan, te gustan los pececitos? Nada con ellos si quieres». Y la niña los seguía, haciendo piruetas y soltando burbujas con los labios fruncidos.

«Habla, habla, habla», y le arrancaron con unas tenazas las pocas uñas que le quedaban, le metieron la cabeza en una poceta llena de mierda, le pusieron una toalla en la cara y le lanzaron agua de una manguera hasta asfixiarlo. «Habla, habla, habla», y entre desmayo y desmayo, el monstruo le golpeaba con el puño en el abdomen y las costillas, y le apagaba colillas de cigarrillo en el antebrazo y en los muslos, dejándole marcas como planetas extraviados, mientras las sombras le propinaban batazos en la espalda.

«Habla, habla, habla», y de nuevo los corrientazos, esta vez sin descanso, despertando risas a las sombras con cada nuevo chirrido de alguna parte de su cuerpo, o cuando, en el ojo

cerrado por los golpes, se asomó, en el último envión eléctrico, una nata humeante entre los párpados. Y más agua, y más descargas, hasta que el médico de guardia dijo: «Paren, o se les va a morir».

Algo de reposo. El médico le inyectó en una vena del brazo.

De repente, Monsalve dijo: «Voy a usar la técnica alemana», y se dedicó a horadarle el esmalte de los dientes con un pequeño taladro de fontanero.

«Dime, ¿dónde tienen al gringo?», escuchó desde muy lejos, como un mensaje perdido en el éter que aparece de repente. «Dime, yo también quiero parar esto. ¿Dónde lo tienen?».

También su voz le resultó ajena, como el pasar de las páginas de un libro antiguo: «En Chuspa. El gringo está en Chuspa».

Se quedaron sentados secándose en la orilla, mirando la puesta de sol, que derramó sobre el padre y su niña los rayos verdes de su sueño. La niña le tomó la mano y le puso sobre la palma un pequeño cangrejo traslúcido que jugó un rato entre sus dedos. Luego lo soltó y este corrió hacia el mar, perdiéndose en la espuma.

Cuando a la niña se le entornaron los ojos, él la atrajo hacia sí y comenzó a cantarle, bajito, su única canción de cuna. Como si la eternidad fuera eso, como si la felicidad fuera eso. Su voz ya serena, que quisiera que ella guardara celosamente para los años duros por venir, para cada desilusión y cada desplante, para cada sueño abortado, para cada trastada de la vida y cada pequeña alegría. Laíza puso su mejilla fresca de mandarina en su pecho, dio un largo suspiro y se quedó dormida.

XXII

El cadáver de Rafa fue botado desde una camioneta *pickup*, sin placa, a las puertas de la Facultad de Ciencias. Habían fijado a su pecho un cartón en el que estaba escrito, con marcador grueso, «GOL».

Años después, en clase de Medicina Forense, Laíza, su hija, vería cómo el profesor mostraba en el auditorio las diapositivas de radiografías con huesos fracturados y decía: «Este fue el único caso, en mi historia de forense, que hicimos la autopsia a un cadáver con más de doscientos huesos fracturados. Todos los huesos del cuerpo machacados. Ni uno sano». Laíza supo al instante de quién estaba hablando. Por eso, se encogió un poco en su asiento en el auditorio cuando el profesor leyó la larga lista de vísceras desprendidas y mostró, con triunfal ensañamiento, la foto de un pulmón deshilachado mientras decía: «Aunque no lo crean, dentro de este pulmón encontramos media costilla».

Pensó, en medio de sus compañeros de facultad, que salivaban mientras miraban las diapositivas con los despojos de su padre, en la forma de traición por la que olvidó, a pesar de sus esfuerzos, la voz y los ojos achinados que ponía Rafa las pocas veces que reía. Alguna vez había soñado con él, siempre algo con el mar, pero hacía tiempo que hasta el sonido de las llaves contra la reja cuando llegaba a casa había

dejado de ser un recuerdo amable. Con rabia, asumió que su madre la había incluido en la suerte de amnesia selectiva que le permitió borrar su vida con Rafa: «No recuerdo», era su respuesta más frecuente. «No sé, Laíza. No me importó antes y menos me va a importar ahora». De algún modo, como los virus que se van inoculando por el aliento de los otros, en Laíza se instaló el olvido y, con el olvido, desapareció el peso en el pecho, las lágrimas matutinas y su particular nostalgia silenciosa. De vez en cuando sonaba en la radio una canción que le recordaba los tranquilos paseos en el ancho carro azul. O emergía en una esquina alguna figura desgarbada con la que fugazmente lo confundía, como si hubiera regresado, sin avisar, de un largo viaje.

Alrededor del cuerpo se congregaron unos pocos estudiantes que entraban a la universidad. Cuando llegó la furgoneta de la morgue, ya era un pequeño tumulto que murmuraba, mientras unos hombres, vestidos de blanco y con delantales de caucho, levantaban el cadáver. Con repentina determinación, los estudiantes decidieron seguir a la camioneta en el trayecto hasta la medicatura forense.

El rumor de que había aparecido, destrozado, el cuerpo de uno de los secuestradores del gringo, creció de boca en boca por las calles, las paradas de autobús, los cerros de casas amontonadas.

Adusta, con los ojos secos, Katiuska apareció en la morgue para reconocer los restos de Rafa. Una empleada, de pelo desordenado y pistola adosada al cinto por un clip, se ofreció a cuidar a la niña.

Ella fue la soledad caminando con paso suave por el pasillo hasta el salón de techos altos, que, de no ser por los cadáveres desordenados en el piso y el olor a carnicería abandonada, podía pasar por la sala de mandos de una nave interestelar.

Cuando estuvo frente a quien fue por seis años su marido, le costó recordar sus cejas gruesas y los labios casi femeninos, que a duras penas lograban contener la angustia. Su olor a sudor, los ronquidos cuando dormía, los restos de uñas que dejaba tiradas en el piso del baño cuando se las cortaba. Ahora no era más que un amasijo informe, un despojo de carne sobre el metal.

El olor indescriptible le estalló en la cara. Por pudor hizo un esfuerzo inmenso para no desmayarse.

No pudo detallarlo, no había manera de hacerlo, pero asintió rápidamente a la pregunta dibujada en el rostro del empleado, quien, con un cigarrillo encendido colgado de la comisura de los labios, sostenía la sábana como un telón sobre el cuerpo.

En la entrada de la sala firmó unos papeles que le presentaron, tomó de modo automático la mano de Laíza, agradeció a la custodia, que le respondió con una sonrisa y una caricia en la mejilla de la niña. Salió a la calle, donde una multitud gritaba y empujaba contra el edificio que ya había sido resguardado por soldados.

Solo ella y la niña. Nadie más. Rafa no tenía a nadie más en este mundo. Y esa certeza, ese destino impuesto, ya tampoco importaba. Ellas dos y la multitud que afuera gritaba, cada vez más enardecida, haciéndola presa de un agobio que no sabía cómo iba a soportar.

Una mano misteriosa pagó los servicios de la funeraria más cara de la ciudad. Katuska asumió como un deber acompañar la urna durante la noche. Pidió a una vecina que se quedara con la niña y exigió, porque el olor era muy fuerte, que nadie más que ella estuviera en la sala.

Toda la noche frente a una urna de madera pulida y ribetes de bronce, de la que salía, como un manotazo, el olor de los perros muertos que Katuska veía de niña, hinchados al sol, atropellados en las calles de Valencia.

Sentada en medio de la podredumbre de estas cuatro paredes, con cirios de latón y flores de plástico, podía evocar el momento exacto en que, como una metástasis, le fue subiendo el rencor hasta adueñarse de ella, al punto de no soportar siquiera el tono de la voz de Rafa.

El mismo día en que se enteró de que estaba embarazada, supo que lo detestaba con todas sus fuerzas. Sin razón aparente o por todas las razones del mundo: su mutismo vegetal las pocas veces que salían, ese gesto de llevarse la mano al costado y eructar ruidosamente después del almuerzo, su tacañería de movimientos en el sexo. Era desesperante cuando la buscaba solo para subirse, como si fueran salamandras o cucarachas, a veces sin bajarse por completo los pantalones, y, después de unos cuantos empujones, desplomarse sobre ella, dejándole un charco de baba en el cuello que la hacía erizarse de grima.

Frente a la masa maloliente confinada en una caja de madera, se sentía perdida, sin saber dónde depositar ahora la rabia que le crispaba las manos. Por algún motivo, que ya no cuestionaba, la vida le había sido otorgada en migajas, en largos plazos que la hicieron inmune a las esperas. Se acostumbró a la carencia como a un vestido raído que debía usar por necesidad.

Por eso, la irrupción de Rafa, con sus torpes requiebros, no le figuraron ninguna ilusión, ni un sueño de redención. Era más de lo mismo, más de la vida en que casi todo le era negado, en este caso, revelado por la silueta de ese hombre encorvado y silencioso.

«Pobre Rafa», se sorprendió pensando, «debe haber sufrido mucho. Pobre hombre». Y como una emboscada cruel de la memoria, apareció lo único que de él aún le gustaba: el dibujo fino de su sonrisa de pájaro.

Desde los hombros le fue subiendo el llanto, que luego le arrasó el cuerpo con convulsiones y pequeños gritos ahogados en saliva. Se clavó las uñas en el antebrazo y lloró lo que nunca había podido llorar en su vida. Lloró el odio de su mamá y el cansado desdén de su padre cada vez que la veía. Lloró la fama de puta que adquirió en el liceo porque un día le hizo una paja a Luis, su novio de tercer año, y lo primero que hizo él fue salir a contar que ella hacía pajas por un helado de chocolate. Lloró por estar siempre en la tercera o cuarta fila. Lloró por el hermano que se le metía en el cuarto cada noche. Lloró con el torso doblado y la cara apretada contra las piernas, mientras rechinaba los dientes. «Pobre hombre», dijo. «Pobre hombre. Pobre Rafa». Y se golpeaba la cabeza con los puños apretados. «Pobre Rafa. Pobre Rafa. Ni siquiera puedo pedirte que descanses, decirte que es un buen momento para amainar el temblor de las manos, para volverme a regalar esa sonrisa, una oportunidad de brindarnos un trago. Ya sé que nada se puede regresar, que nos perdimos en los designios del bostezo, que ahora somos solo este vacío. Pero, Rafa, ¿quién estaba allí contigo? ¿Quién podía aliviarte algo de dolor? ¿Qué recodo de la memoria te ayudó a soportar el martirio? Rafa, Rafa, ese infierno te tocó solo».

Del interior de la funeraria, un hombre gordo, vestido con una *chemise* manchada que parecía a punto de explotar, entró a la sala y con extraña agilidad se sentó a su lado.

—No puede estar aquí, señor —le dijo Katiuska con voz apagada.

El Gordo solo miraba el féretro, en silencio y con los ojos fijos. De repente, tapándose la cara con las manos, empezó a llorar.

—Perdóname, Rafa. Perdóname, hermano. Perdóname. Perdóname. Coño de la madre. Perdóname, hermanito.

Cuando ya amanecía, Katiuska y el Gordo lucían ajados como si hubieran regresado de una rumba. Siguieron sentados, uno al lado del otro, mirando la pared detrás de la urna. Con un suspiro, el Gordo volteó hacia ella, le mostró un morral que había puesto en el piso, y le dijo:

—Esto es suyo. Y de la niña. Rafa me pidió que se lo trajera.

—No, señor —dijo Katiuska—. No sé qué es eso pero me lo imagino. Lléveselo.

—Quédeselo, por favor. Ayúdeme a cumplirle, al menos en esto —le dijo señalando la urna—, para que tanto horror sirva de algo. Y usted y Laíza puedan tener una vida tranquila.

Sin esperar respuesta se levantó y desapareció por el pasillo oscuro.

A media mañana, le habían traído a la niña y ropa negra con la que pudo cambiarse. Los empleados recogieron las pocas coronas que llegaron y cargaron entre cuatro el sarcófago, para deslizarlo en la carroza fúnebre que esperaba con la puerta trasera abierta.

Cuando Katiuska trató de entrar con la niña a un vehículo de la funeraria, la gente que presionaba en la entrada impidió la salida del cortejo. Un grupo de estudiantes sacó la urna de la carroza y avanzó hacia la punta de la manifestación, que abrió un corredor para permitir el paso del cadáver. Detrás, pálida, iba Katiuska, tomando tan fuerte la mano de la niña que los nudillos se le pintaron de blanco.

El río de gente caminó en silencio por la avenida de los Libertadores. El sol arrancaba al féretro chispazos ocres.

Cuando la inmensa serpiente llegó al arco de entrada del cementerio, se encontró con un escuadrón de la Armada que esperaba con paciencia la llegada de la procesión. Un capitán, de blanco impecable, levantó la .45 y gritó:

—Hasta aquí. No pueden avanzar más. Tienen prohibida la entrada.

Los gritos de miles de gargantas se levantaron como el ulular de una interminable jauría. Cuando ya se disponían a arremeter contra los militares, el capitán dio la orden y los efectivos arrojaron bombas lacrimógenas y lanzaron al aire disparos de advertencia. Luego apuntaron hacia la multitud.

Buscando las bocacalles a los lados del cementerio, la masa de gente se dispersó. Como en una desordenada coreografía, corrieron agachados y en zigzag, aterrorizados por el silbido de las balas.

En el piso, como un ciempiés gigante recostado frente a la verja del camposanto, quedó la urna. Detrás, arrodillada y abrazando a Laíza, Katuska hacía esfuerzo para que no se le notara el temblor que le descontrolaba el cuerpo.

Con calma, mordiendo las palabras, el capitán le dijo:

—Debe irse, señora. No ponga en peligro a la niña. Debemos cumplir con el procedimiento.

—No entiendo —dijo Katuska en voz baja—, no entiendo nada.

—Que esta urna está siendo decomisada por orden superior —le explicó el capitán— y no pueden pasar de aquí.

Katuska se levantó lentamente y con sonrisa de loca les dijo:

—¿Pero ustedes qué son? ¿Los parió una mujer? ¿Qué clase de pedazo de mierda hay que ser para ser como ustedes?

Un sargento que estaba tras el capitán guardó con tranquilidad la pistola en la funda del cinto, se acercó a Katuska y la abofeteó con el dorso de la mano.

—Váyase —le dijo—. No nos obligue a llevárnosla. Se lo digo por las buenas.

Como si la punta de una montaña se hubiera desprendido para posarse sobre sus hombros, Katuska abrazó a la niña y caminó sin rumbo hasta perderse entre el humo y la bruma de la tarde.

El cadáver de Rafa fue sacado de la urna, llevado en un Jeep y enterrado en La Peste, una fosa común en la ladera sur del cementerio, un cuadrilátero de tierra roja que el Gobierno había inaugurado con sigilo un año antes para hacer desaparecer los cuerpos de los ajusticiados en la matanza de febrero.

XXIII

Euclides Smith se paró junto al escritorio y esperó los pasos que se escuchaban desde el pasillo. La silueta del comandante Ramírez se dibujó en la puerta abierta de la oficina y, sin pedir permiso, entró, amparado por el rechinar de las botas de campaña.

—Vine personalmente a darte las gracias, Negro, por la información. Muy útil —le dijo cuando lo tuvo al frente—. ¿Me invitas a sentarme?

—No —respondió Smith—, mejor te quedas donde estás. En el fondo es mi culpa. Hay que ser bien imbécil para pensar que ibas a cumplir con tu palabra, ¿no, Ramírez?

Aquella tarde de hace tantos años lo perseguía como una mancha de sudor en la camisa. Sobre todo en las noches de calor y soledad del cuarto de hotel a la que había sido arrojado por la vida sin Glenda. Les habían dado el soplo de que una columna de la guerrilla se movía mucho en ese pueblo en la falda de las montañas centrales y los esperaron. Al mando, el coronel Arredondo y Smith de segundo. La tal guerrilla eran tres muchachos asustados a los que metieron en el rancho del informante. Temblaban como una hoja cuando Arredondo entró y, sin mediar palabra, le dio un culatazo en el pecho al primero que tuvo enfrente. Lo levantó del piso por el pelo y le metió el cañón de la pistola en la boca:

—¿Dónde está Argimiro? —le preguntó—. No me obligues a repetirlo.

—¿Quién? —preguntó el muchacho sin entender nada de lo que estaba pasando.

El estruendo del disparo hizo que Smith echara la cabeza hacia atrás, cerrando inconscientemente los ojos. Cuando los abrió vio la mancha gris y rosada de los sesos en la pared, como si se hubiera derramado un helado de fresa. Smith no tuvo tiempo de decir nada. Arredondo, con un leve giro de la mano, disparó en la cabeza a los otros dos que lloraban de rodillas.

—Estos pendejos se creen el Che Guevara y no aguantan un careo —le dijo—. Desaparezcan eso, Smith.

El asco que lo ahogaba no era con Arredondo, ni con los teatros de operaciones del Ejército, verdaderos campos de exterminio. Ni con las ocasiones en que, como esta, le tocó reparar los estropicios de otros. El acto arduo y muscular de evaporar los rastros de una existencia que siempre tendría dolientes, que estaría eternamente resguardada por una fotografía o en el recuerdo de una madre, de un hermano, de un hijo. No. Su repulsión era consigo mismo. Con su silencio. Con las veces que bajó la cabeza y cumplió con lo ordenado. Con el temblor de las manos que solo amainaba el *whisky* barato. Hasta que un día se echó a un lado sin muchos aspavientos y montó la oficina de investigación privada que ahora dominaba, de pie, exultante, el comandante Ramírez. Una forma de amortiguar la aversión a sí mismo dedicándose a recoger basura, a ocultar vergüenzas o a develarlas según quien lo contratara.

—Espero que no haya rencor entre nosotros, Negro. Espero que todo *chill* —le dijo Ramírez suavemente.

—¿Qué haces aquí? —le soltó Smith.

—Bueno, quería saludar, proponer un café. Y decirte que todavía tenemos trabajo pendiente.

—Hay que tener bolas, ¿no, Ramírez? Digo, para atreverse.

—Pues, la verdad, no veo la valentía por ninguna parte, Negro. Sabes que le tengo miedo a la oscuridad, por ejemplo. Esto solo es un chequeo de nuestro estatus laboral. Te agradecemos la información que nos llevó a capturar a Rafael, pero todavía hay secuestradores sueltos por ahí —terció Ramírez.

—¿Viste la autopsia? —preguntó Smith—. La de verdad, no la que ustedes colaron a los medios.

—No, Negro. No la vi. No me meto en el trabajo de los demás.

—Y trajeron a Monsalve. A ese sádico. A ese hijo de puta. A ese psicópata.

—Te repito, Negro —le dijo Ramírez mostrando los dientes—, lo que los demás hagan me tiene sin cuidado. En estos tiempos resulta muy saludable no preguntar, no mirar, no oír. Como los monitos del dibujo. Siempre es mejor.

En una esquina de la oficina, Péndulo, de pie, sonreía mirando por la ventana.

—¿Qué ves, Péndulo? Cuenta el chiste a ver si nos reímos todos —dijo Ramírez levantando un poco la voz—. Smith, dile al *freak* ese que pare.

—¿Por qué? ¿No estamos en un país libre? —preguntó Smith.

Ramírez se quitó la gorra y se limpió el sudor con un pañuelo impecable que sacó del bolsillo trasero del pantalón. Luego sonrió y levantó las manos:

—¡Ja! Buena esa, Negro. *Touché* —le dijo—, paz, ¿sí?

—No, Ramírez. Hasta aquí llegamos tú y yo. Y gracias por recordarme que, a pesar de los años, sigo siendo la misma mierda de siempre. Igual que tú.

—No soy tu psicólogo, Negro. Así que esa llantina es con otros. Lo nuestro es el trabajo pendiente.

—Cierto. Entonces no tengo nada más que hablar contigo —dijo Smith, mostrándole la puerta.

—He tratado de llevar la fiesta en paz, Smith. Por los viejos buenos tiempos. Pero parece que no se puede.

Ramírez se acercó a Smith, soltándole encima el aliento a noche que traía:

—Tú sabes que, si yo levanto ese teléfono que está ahí, en diez minutos estará aquí una delegación para llevarte. Lo sabes, ¿verdad?

Con la calma de un dios olmeca, Smith sacó un .38 Smith & Wesson del bolsillo inferior del safari y se lo puso suavemente a Ramírez en el pecho.

—¿Y tú sabes que, si me da la gana, en dos segundos te pongo una bala en el ventrículo izquierdo y luego me vuelo la cabeza? —dijo Smith, en un susurro—. Lo sabes, ¿verdad? Hasta me harías un favor. A mí nadie me está esperando.

Ramírez bajó los hombros y le hizo a Smith un ligero ademán de calma. Péndulo soltó una carcajada cuando el gato gordo de la conserje, al que seguía desde la ventana, logró atrapar a la lagartija que llevaba horas acechando.

—No será esta la última vez que nos veamos, Negro —dijo Ramírez, separando con cuidado las sílabas—, aún tienes dinero del Estado. Supongo que lo vas a devolver.

—Supones mal. Para ti es una resta simple de la partida secreta —respondió Smith, y luego abrió una sonrisa larga como la Vía Láctea—. Considéralo un abono por el daño psicológico causado. ¡Fuera de aquí!

XXIV

... la notte odora di fieno,
io dormo sul suo seno,
Dio, come batte il suo cuore.

NICOLA DI BARI

Con cuidado sacó el acetato de la cubierta de cartón, lo sopló para mover el poco polvo que tenía y lo colocó en el tocadiscos. Subió el volumen y la voz ronca que salía del altavoz le hizo cerrar los ojos para prevenir las lágrimas. *Chitarra suona più piano, qualcuno può sentire*. Luego se afeitó y se peinó, atento de la raya en el medio.

Revisó que la Uzi estuviera completamente aceitada, con el cargador de treintaidós balas bien ajustado y el selector colocado en ráfagas. Repasó las dos Glock. Sacó y volvió a encajar varias veces los cargadores de diecisiete balas. Acarició levemente las tres granadas alineadas sobre la cama.

La luna è ferma nel cielo, la lucciola sul melo, chitarra mia, suona più piano. Caminó por la sala analizando las ventajas que tendría en la zona de combate. Verificó que los orificios que había hecho en la pared de la entrada y en la puerta—todos a un metro de altura y a la misma distancia uno de otro, tapados con plásticos pintados para camuflar su existencia—lucieran ocultos, y que el mecanismo de apertura de cada uno funcionara sin dificultad. Luego prendió una vela al santo del fondo de la habitación.

La noche anterior había sido la más larga de su vida. Marleen lo había insultado, le tomaba la cara con los dedos crispados, le rogó que se fuera con ella. Le dijo que ella sabía

cómo hacerlo, que ya tenía quien los pasaría para Colombia por una trocha. «No me hagas esto, Gordo, no me lo hagas, amor, no quiero, no me hagas esto. Vente conmigo, mi amor. Vente, por favor, mi porroncho. Vámonos, vámonos de aquí. Tenemos derecho, ya está bueno de toda esta mierda. Vámonos, mi cielo, mi nube, no me dejes sola en este grito».

Él le había prometido que la seguiría, que se encontrarían en tres días en Cartagena. Solo había algunas cosas que arreglar y se volaría. «Te lo juro, amor, te lo juro. Te veo en tres días en Cartagena», le dijo una y otra vez mientras la cubría de besos.

Lo último que vio de ella, antes de que se la tragara la madrugada, fue el vestido de flores que bailaban bajo la luz sucia del poste de la esquina.

Prendió el pequeño aire acondicionado de la cocina, en un intento inútil de aliviar el calor de las primeras lluvias de mayo.

Sacó de la alacena una caja de Sugar Smacks, tomó dos puñados generosos que puso en un plato sopero y masticó lentamente. Luego hizo la llamada:

—Buenos días, soy el doctor Carlos Esteban Sánchez. He sido uno de los autores de la captura y enjuiciamiento del ciudadano norteamericano Paul White. Estoy dispuesto a ponerme a la orden de las autoridades y cooperar, siempre y cuando se resguarden mis derechos humanos.

Al otro lado de la línea, un enflaquecido Arsenio seguía las palabras del Gordo asintiendo con la boca abierta. A su lado, escuchando la llamada desde otro teléfono, el comisario Torres Angulo, moviendo festivo los bigotes de morsa, le escribió en un block: «¿DIRECCIÓN?».

—Gracias, señor —le respondió Arsenio—. ¿Me podría, por favor, dar su dirección? —El auricular temblaba tanto que por momentos se le salía de la oreja.

«NO TE CAGUES», le escribió Torres. «AGUANTA».

—Usted es Arsenio, ¿verdad? —preguntó afable el Gordo—, nos conocemos.

—No, no, señor, no creo. —Arsenio no podía evitar el castañeteo de los dientes.

—Claro, hemos hablado por teléfono varias veces. Y en una ocasión nos citamos en la iglesia del Calvario. ¿Ahora sí recuerda?

Arsenio dejó caer los brazos como un boxeador conectado con un gancho en el hígado. Torres Angulo bramó por el otro aparato:

—Vamos a dejarnos de jueguitos, que no es de hombres serios, señor. ¿Me va a decir dónde está?

—¿Con quién tengo el gusto? —preguntó el Gordo.

—Comisario general Torres Angulo. Hace rato que ando tras de usted.

La sonrisa de Rafa. Su caminar arqueado de revolucionario nuevo. Su chaqueta de cuadros. El mal humor perenne por donde de vez en cuando se colaba, como una flor en una grieta, la ternura.

—Mucho gusto, comisario —respondió el Gordo—, soy Carlos Sánchez. Algo he oído de usted. Sí, estoy listo para entregarme y colaborar. Solo dos pequeños trámites: uno, garantíceme que no me infringirán tormento físico. Y dos, solo me entregaré a la Judicial. No es aceptable entregarme a los salvajes de Inteligencia.

—No se preocupe —Torres Angulo aflojó la voz—, yo mismo iré a buscarlo.

—Bien —respondió el Gordo—. Anote.

Desde la vieja butaca donde su mamá se sentaba a escuchar las noticias de la radio, Carlos repasó los muebles que parecían estar en el mismo sitio desde el inicio de los tiempos: el aparador de madera que separaba la sala de la cocina, el

pantry con cuatro sillas, las cortinas de flores, el televisor Zenith al que había que darle un golpecito para que encendiera.

Como si de una revelación se tratase, cayó en la cuenta de que la rutina tranquila con la que su madre rodeó su vida y llenó sus horas había edificado una forma segura de felicidad. Los turnos de televisión y los documentales que Carlos devoraba con deleite, los almuerzos copiosos y humeantes, la merienda de las cuatro. El abrazo leve con el que curaba los espavientos de los curas del colegio. Las idas, una vez al mes, a los carritos chocones de El Conde. El desprecio callado que otorgaban a la práctica de cualquier deporte.

Con agradecimiento, mientras esperaba a quienes vendrían por él, pensó que su madre lo había cubierto con una fina película impermeable y resistente para enfrentar los malos días, las ausencias, los rigores del desamparo.

Una sola vez había preguntado por «él», cuando en el colegio organizaron el acto del Día del Padre y lo obligaron a hacer una tarjeta de felicitación a la que no pudo ponerle nombre ni foto. «Ese siempre fue una mentira —le dijo su mamá—, mejor pasar esa página, mi amor». A Carlos le pareció suficiente y no echó en falta los balones de fútbol ni las prácticas de bateo, de las que pasó por un costado sin un suspiro, solo con la dificultad colateral de que nunca había aprendido a amarrarse los cordones de los zapatos.

Hasta la llegada de Marleen había creído que la soledad era su estado físico natural, su equilibrio en el funcionamiento catastrófico del universo. «Lo malo del amor —le decía su madre— es el hueco que dejan cuando se van». «La verdad, no vale la pena», cerraba siempre cuando una telenovela los increpaba en la burbuja en la que ambos se refugiaban sin hacerse muchas preguntas.

Pero Marleen había aparecido, y ese extraño sortilegio, esa conjunción de nebulosas de las que nacen las estrellas, ese

viaje azaroso de dos seres que se encontraron en una esquina mojada por la lluvia, había abierto un boquete en la fortaleza por donde se colaba, torrencial, el deseo de eternidad, la construcción de nuevos hábitos dichosos.

La aguja del tocadiscos había llegado al final y reproducía un chirrido acompasado. El Gordo se levantó y volvió a colocar la misma canción: *Chitarra suona più piano, qualcuno può sentire*.

Tocaron la puerta. Golpes fuertes con la mano abierta, seguidos por el grito: «Abra. La Judicial».

Carlos fue a la cama y recogió la Uzi, las pistolas y las granadas. Caminó con tranquilidad, musitando con el laconismo de un vecino incómodo por la irrupción de un vendedor: «Voy, voy». Afuera, ocho efectivos hacían enjambre alrededor de la puerta. Tres patrullas y una jaula blindada de la Judicial habían bloqueado las dos salidas de la calle. Torres Angulo estaba a un lado de la puerta con la .45 desenfundada.

—Abra, Carlos —le gritó—, fue lo convenido.

Nadie se percató cuando dos ojales se abrieron en la madera y apareció en cada uno el cañón de las pistolas. El Gordo hizo fuego y escuchó los gritos y los cuerpos que caían. Se apartó rápidamente de la puerta cuando una ráfaga de ametralladora la llenó de agujeros, por donde se colaron rayos de luz que, como luces de teatro, atravesaban la sala. Carlos reptó hasta situarse lo más lejos posible de los disparos, quitó el plástico al orificio en la pared, hizo pasar la Uzi y desde el piso lanzó ráfagas tratando de apuntar a los insultos y gemidos que venían de afuera. Luego corrió como loco hacia el otro lado, cubriéndose la cabeza en un alarde inútil de protección. Quitó las espoletas y por el hueco de la ventana hecha añicos, lanzó, hacia el jardín donde estaban parapetados los judiciales, dos granadas. Fue hasta la cocina. El estruendo lo dejó sordo por un momento. Jadeando,

sintiendo de repente una punzada en el vientre, se tocó el abdomen y, con extrañeza, miró los dedos empapados de sangre. Con dificultad se sentó en la silla del *pantry*, apuntando a la puerta con las dos pistolas.

Los judiciales disparaban hacia la casa desde la reja de la entrada y desde las patrullas. Habían pedido refuerzos. Montado en la azotea de la casa de enfrente, un hombre encapuchado vestido de negro disparó un cohete antitanque que voló toda la pared de la fachada. Entre el humo y el fuego, vieron al fondo una figura doblada sobre una silla y le dispararon hasta vaciar los cargadores.

El estremecimiento de los disparos lo habían dejado sentado, con la cabeza doblada sobre su pecho, como quien se queda dormido en una estación de tren. Soltó las pistolas. Sentía agujas que se le clavaban por todo el cuerpo. Trató de tocarse los huecos en el pecho, pero el dolor era mayor y prefirió concentrarse en seguir respirando. Buscando que las palabras salieran con claridad, les dijo a los hombres que se arremolinaban para entrar:

—Escuchen. Si dan un paso más, voy a volar la cuadra entera. Solo puede entrar Torres.

—Alto al fuego —la voz de Torres le llegó como una transmisión remota de radio de onda corta—. De acuerdo, Carlos, voy a entrar. Sin truquitos esta vez, ¿ah?

Apuntando con la .45, Torres Angulo se dirigió hacia Carlos, quien levantó la cabeza, la mirada fija en el bombillo de la sala que, curiosamente, había sobrevivido al tiroteo.

Moverse dolía. Respirar dolía.

Torres Angulo, con el aire remilgado de quien acepta un café a una amistad recién reencontrada, se sentó a su lado. Dándole golpecitos en el tórax con la pistola, le dijo:

—Qué desastre, Carlos. Sin ninguna necesidad.

El Gordo trató de fijar la vista en Torres, pero un vómito de sangre lo obligó a poner de lado la cabeza.

—Te echaste a cinco, coño —le dijo Torres—, gente con familia. No un hijo de puta como tú.

El Gordo logró girar hacia la voz. Miró el bluyín sucio de Torres. Trató de decir algo, pero solo pudo conseguir restos del aire que se le mezquinaba.

Torres Angulo le mostró la mancha de sangre que tenía en el brazo:

—Mira, no fue gran cosa, pero a mí también me diste, Gordo. ¿Puedo llamarte Gordo, como tus compinches? Por este pequeño trofeo de guerra que me regalaste, también vas a pagar.

Muy bajo, como quien silba en medio de la oscuridad, el Gordo logró decirle:

—A veces se gana, a veces se pierde.

—Cierto. Muy cierto —dijo Torres Angulo—. Por decir algo, a tu amigo Rafa no le fue nada bien. Te garantizo, lo tuyo ha sido mejor. Mucho mejor.

Haciendo un esfuerzo para mantener levantada la cabeza, buscando las palabras desde los confines más lejanos de los cuentos de infancia, dijo:

—Marleen.

—¿Qué? No te oigo —le dijo Torres.

—Marleen —insistió el Gordo.

—¿Jacinto? —se burló Torres—. Lo seguimos buscando.

No la tenían, se les escapó. Su Marleen. Su piedra de río, su estrella de mar. El Gordo trató de acercarse a Torres, pero un dolor insoportable le arrancó un estertor de animal nocturno.

—Sí, Gordo, te estás muriendo —le dijo Torres.

Así que morirse era esto. Esta dilatación del tiempo. La vibración producida por la forma curva del espacio. Este ardor que le quemaba las plantas de los pies.

—Marleen —repetía Carlos como un mantra—, Marleen.

Torres se inclinó hasta ponerse muy cerca de la cara del Gordo:

—Nos jugaste sucio, pero si me dices dónde está el gringo, te prometo que Jacinto no sufrirá de manera innecesaria cuando lo capturemos. Y algo podremos hacer por ti. No mucho, pero igual lo intentamos.

—Sí —le dijo—, claro que sé dónde está el gringo. Deja a Marleen fuera de esto y te lo digo.

Torres se inclinó hacia él, poniéndose tan cerca que el aliento metálico del Gordo lo golpeó como una señal de peligro.

Con el resto de vida que le quedaba, con el ceño fruncido de Rafa leyendo en un rincón del patio del colegio, con su mamá trayéndole el pan dulce y el café con leche de la mañana, con los dedos de Marleen recorriendo sus labios, Carlos sacó del chaleco la navaja Opinel número doce que había comprado en una cuchillería de La Candelaria y se la clavó en el cuello a Torres Angulo.

—Esta —le musitó al oído— va por Rafa.

Torres soltó la pistola que cayó a los pies del Gordo. Por un instante, lo miró con estupor y empezó a manotear y acariciar el mango de la navaja que ahora se movía como la batuta de un director de orquesta enloquecido. Intuyó que sería peor si intentaba sacarla. Cayó de rodillas, abriendo y cerrando la boca: la desesperación de un pez convulsionando en una nasa. Del cuello salían chorritos de sangre, que se elevaban y caían con la elegancia aterciopelada de las fuentes de chocolate que ponen en las bodas. Los tiosos bigotes teñidos eran una esponja de alambre.

Torres se desplomó, tratando de expulsar, sin éxito, la sangre que lo ahogaba. Sus ojos vidriosos miraron a Carlos con una última súplica.

El Gordo se dobló, escudriñando en el piso como quien busca a tientas en la oscuridad. Se tropezó con la cache de la .45 de Torres y la levantó.

—Tiene razón, comisario —hizo un postrer esfuerzo para apuntarle—. Ni una rata como usted merece morir asfixiado.

Le metió un tiro en la cara.

Soltó la pistola. Afuera había tanta gente que parecía público que entraba a un concierto. Buscando un resto de voz, gritó:

—Ahora sí, cabrones. Entren.

Miró hacia un lado y escuchó, como tantas veces desde la cama en las horas alegres, la voz ronca de Di Bari tarareando la canción de Marleen.



Con la mirada arrugada recorrió la calle que atravesaba el pueblo desde la carretera hasta la playa. A esa hora todas las puertas y ventanas estaban cerradas para impedir que la incandescencia entrara a las casas. En la soledad de su pueblo al mediodía, Smith pensaba en los ritmos circulares de la vida que lo habían regresado a la playa de arenas rojas bañadas por las aguas de su niñez, a estas palmeras de las que bajaban los cocos a pedradas, a las puestas de sol que anunciaban las partidas para salir a cazar cangrejos, que luego atravesaban con una vara y los ponían a asar en fogatas a orillas de la playa, tan solo con un poco de sal que alguno traía envuelta en una hoja de plátano. Bajo la luna, eran el manjar más exquisito que Smith hubiese probado jamás. La entrañable pandilla que iba junta a todas partes: a cazar lapas y venados, a sacar el cacao, a buscarle pelea a los del pueblo de al lado. Las partidas de béisbol bajo el sol asesino que derretía las suelas de los zapatos. Los primeros besos y jadeos en la enfermería de la escuela, la descarga eléctrica que recorrió su espina cuando acarició por primera vez los nacientes pechos de Zoraida (solo una vez más la vio, muchos años después, gorda y serena en la cola del supermercado).

A Smith siempre le asfixió ese pequeño cúmulo de casas blancas entre la montaña y el mar, la única calle asfaltada del

pueblo, el silencio después de las nueve de la noche, la obsesiva práctica de regodearse en las tragedias de los otros. Por eso, apenas graduado de bachiller, se inscribió en la escuela de la Guardia Nacional y decidió que nunca más volvería.

La existencia fácil de oficial apreciado por sus superiores, el tormento de ver a Glenda desmoronarse ante sus ojos, el nacimiento de la niña, la lucha contra la guerrilla, el asco por sí mismo, el deseo perenne de mandar todo al carajo, lo ayudaron a cumplir con su palabra.

La bodega estaba en la esquina de siempre. Smith entendió que la detención del tiempo es una forma particular de defensa que tienen los pueblos perdidos, el anclaje que les impide ser arrasados por el olvido. Entró en busca de algo de aliento y para guarecerse del sol que hacía chirriar el asfalto. Las mismas ollas polvorientas guindadas de un palo con un alambre, las chucherías en grandes bolsas transparentes, las panelas de jabón azul dispuesta sobre un anaquel de madera, las espirales para espantar a los zancudos, las conservas de coco rallado. Pidió una cerveza que le sirvió un dependiente que huía inútilmente del calor usando un abanico rosado.

Mientras la cerveza apagaba el fuego que era su garganta, Smith pensaba en los últimos meses. La tortura y el asesinato de Rafael Suárez. El tiroteo protagonizado por el profesor de Física, el Gordo Carlos. Los medios lo llamaron «la batalla de La Pastora». De la casa de Carlos solo quedó la pared del fondo, convertida en una muela carriada en la misma calle en que había nacido el santo de los pobres.

Y del gringo nada. Como si nunca hubiera existido. El Gobierno suspendió las garantías por segunda vez en un año. El presidente salió en cadena nacional diciendo que no descansarían hasta encontrar a White.

Hasta la tarde en que Smith recibió una llamada y una voz ronca le pidió ayuda y discreción. Hablaba suave y bajo,

como quien habita en un barco desde hace mucho tiempo. Y le pidió regresar a este sitio donde ya no tenía nada ni a nadie.

Pagó la cerveza y suspiró, anticipando el vapor del horno que le esperaba al salir.

Smith caminó hasta que la playa se abrió al terminar la calle. No la recordaba de ese verde tan intenso. No recordaba la brisa festiva, ni la felicidad de los chapuzones cada tarde. Con calma, se quitó los zapatos y las medias, se remangó los pantalones y caminó por la orilla hasta el atracadero donde unos pocos botes danzaban en la falda de la montaña.

Un hombre alto y flaco desenredaba una red mientras fumaba un tabaco. Cuando lo vio, ya Smith estaba a dos pasos de él. Hizo ademán de levantarse para dirigirse a la lancha que tenía a un lado. Smith lo detuvo levantando una mano:

—Deje esa pistola donde está, Paul. Solo vine a hablar. Y a ayudar.

—¿Y usted quién es? —preguntó Paul.

—Un amigo de gente que ya murió. Quizás por mi culpa.

—¿De quién me está hablando?

—De Rafa. Del Gordo Carlos.

Paul miró al horizonte. Se limpió las manos en el pantalón y dio una larga calada al puro.

—¿Esos tabacos de dónde son? —le preguntó Smith.

—De aquí. De Güiría. Los tuerce mi mujer. ¿Quiere uno?

—Claro que sí. Gracias —le dijo Smith.

Smith tomó el cigarro y lo olió. Luego mordió la cabeza para abrirlo y lo giró en su boca para alisar el corte. Aceptó las cerillas que le ofreció Paul y lo encendió colocando el fuego delicadamente por toda la circunferencia de la boquilla.

—Es bueno —le dijo—. Muy bueno.

—Aquí dicen que el tabaco es como la vida: el primer tercio es dulce, el segundo es fuerte y el último, amargo —le dijo Paul mirándolo de reojo.

—Es verdad —dijo Smith. Unos alcatraces bordearon la montaña en busca del mar—. Como la vida.

—Y bueno, señor...

—Smith. Euclides Smith.

—Bien, señor Smith, ya que compartimos los mismos fantasmas, y que sabe mi nombre, me dirá qué hace usted aquí.

—Sí, claro, Paul —le dijo Smith—. Me envía alguien que ya está lejos. Me pidió que lo contactara. A usted y a Etelvina. Y los cuidara. ¿Cómo está ella? ¿Ya parió?

—Anda en eso. Por estos días va a ser —respondió Paul.

Luego, en voz baja, le preguntó:

—¿Ese alguien que está ya lejos es de mi país? ¿Shannon? ¿La compañía?

—No, Paul —dijo Smith—, entiendo que Shannon se regresó a Houston. De la compañía no sé nada. ¿Se refiere al laboratorio?

Paul sonrió. Alisó la arena con el pie.

—No. Esa compañía no. La otra.

—¡Ah, sí! —dijo Smith—. De esa variante en su currículo también supe. Pues no. Parece que perdieron el interés en usted.

—Bien por ellos —dijo Paul—, son expertos en evaporar espejismos.

—Así parece. Pero el Gobierno de aquí sí lo está buscando. En dos meses hay elecciones. Y no quieren llegar hasta allá con un gringo perdido —dijo Smith.

—¿Y usted viene enviado por el Gobierno? —preguntó Paul.

—No. Le repito: me manda alguien que está lejos. Alguien que quería mucho a Rafa y a Carlos. Y a Etelvina.

—Marleen —musitó Paul.

—Sí. Ella —dijo Smith.

—Bien, señor Smith. Hágame entonces un favor —le dijo Paul con un suspiro—. Dígale a quien tenga que decirle que me dejen en paz. Que me mantengan en el cajón de objetos extraviados. Porque sé muchas cosas. Y si yo hablo o muestro lo que tengo, se muere el presidente de Colombia y cae el viejo de mierda que tienen ustedes aquí.

—De acuerdo —dijo Smith—. Sí, tengo una cierta idea de quién pueda estar interesado en esa información. Seguramente querrán algunos detalles.

—Que entiendan que tengo todo porque yo fui quien construyó la red —soltó Paul—, así que sé de lo que estoy hablando: las rutas de la cocaína, los negocios en México, los bancos gringos llenos de billete de la droga. Las fosas comunes en la frontera. Las cuentas del señor presidente y de su puta en las Islas Caimán. Los nombres, apellidos y direcciones de todos los torturadores entrenados en Panamá. Puede que ahora sean unos abuelos respetables, pero más de uno querrá cobrarles lo que le hicieron a su papá, a su mamá, a su hermano. También sé lo del hijo del viejo y su afición por los muchachitos. Los videos son francamente conmovedores. Así que mucho mejor si llevan esta fiesta en paz. Y si vienen a buscarme, o si nos hacen algo a Etelvina o a mí, usted me va a ayudar a que todo salga en periódicos de Nueva York y Berlín al día siguiente.

—Me queda claro, Paul —dijo Smith—. Sé qué teclas hay que tocar para que la amnesia del poder caiga sobre usted.

Smith se regodeó con complacencia en la ceniza obediente de la punta del tabaco. Miró un barco suspendido en la línea del horizonte y dijo:

—Mantengamos el contacto. Con prudencia, por supuesto. En el fondo, es mejor así para todos. Ya ha muerto gente que no debió morir para mantener este secreto. Quizás también se lo debamos a ellos.

—Sí —Paul se encogió de hombros—, quizás. Lo cierto es que de aquí no nos vamos a mover. Ni mi mujer. Ni yo. Ni mi hija. Y la batalla esa del Gordo es nada con el ruido que yo puedo hacer.

—Lo sé, lo sé —dijo Smith—. La vida es una vaina muy rara. Yo nací en este pueblo, ¿sabe? Y me prometí no regresar jamás. Y míreme aquí, en la orilla de la playa removiendo recuerdos con un espectro.

Paul sonrió. Recogió la red y se la echó al hombro. Smith sacó del bolsillo del safari un panetela Quai D'Orsay y se lo entregó:

—Tome —le dijo—, para después de la cena. Que vaya bien lo del parto.

Smith comenzó a desandar sus pasos, dejando que la espuma del mar le mojara los pies. Vio a un pelícano viejo posado sobre un tronco del puerto y pensó que la tristeza era justamente eso: la espera resignada hasta el día en que, inevitablemente, el ave levante un último vuelo para estrellarse rabiosa contra una roca.

MARLEEN

Te escribo esto frente a un mar muy distinto al que me regalaste aquella noche en la playa de Puerto Cabello. Desde esta ventana, en esta pequeña habitación llena de silencio que guarda cada llanto, cada rutina que ha sido el antídoto estos veinte años para exorcizarte, para restañar la herida del trozo de mi vida que se quedó contigo aquel día en la casita de La Pastora, me queda claro que, aunque se llamen igual, pese a que en todas partes usen las mismas tres letras para nombrarlo casi como una exhalación, el «mar»... jamás podrá ser lo mismo. Nunca podrá ser igual esta opresión de las nubes grises contra el metal helado de las olas, que ahora es mi vista cada mañana, a los destellos de esas aguas mansas bajo la luna, donde me juraste nunca alejarte de mí y seguir conmigo para siempre.

¿Y por qué te escribo ahora? ¿Por qué puedo hablar de ti, de nosotros, sin que se me corte el aliento a la mitad? ¿Por qué aparecen por primera vez tus recuerdos sin lágrimas?

No lo sé, no me queda claro, aún me falta mucho por entender de los vericuetos en que te perdiste, de las vidas que se escapan como se escurre la noche cuando abandona las ventanas. Solo sé que ahora me puedo permitir una sonrisa si me vienen como destellos algunos de tus gestos que los demás nunca entendieron, tu indignación si alguien ponía en duda la existencia de los agujeros negros. ¡Claro que tenías razón, sí hay un agujero negro gigantesco en el centro mismo

de nuestra galaxia! Lo descubrieron hace poco unos señores que se percataron de unas estrellas bailando a su alrededor. Le asignaron un nombre que debiste haber puesto tú: Sagitario A estrella, lo llamaron.

También, de vez en cuando, te apareces con tus Ray-Ban y tu viejo morral, practicando las artes de guerrero que adquiriste con disciplina y que te permitieron enfrentar a los verdugos. Vencerlos, volverte un rugido frente a las hienas. Y, sobre todo, vengarlo a él. Redimirlo. Defenderlo como hacías en los recreos del colegio.

¿Qué decirte? ¿Me escuchas? Me gustaría hablarte de mis días en estas calles de casas coloridas, que intentan sin éxito yugular la melancolía de este pueblo perdido llamado Brighton. Pintan las casas de colores para que algo contrarreste la tiranía del cielo, el peso de la melancolía de este mar entumecido, de este mar sin aves.

El café con leche rebosante de espuma que tanto te gustaba. Las masas dulces para mojar en el café. Luego contar los pasos hasta nuestro puesto de libros que, por supuesto, lleva el nombre que me dictaste en un susurro: «Aldebarán».

Gastar los días allí, en el único lugar que calma el temblor de mis manos, rodeada de las páginas que tanto nos gustaban, y que me enseñaste a recorrer con la paciencia de un profesor ciego («las librerías —me decías— son el único lugar de paz en esta catástrofe»), escuchando las voces borrachas que hicimos nuestras, alucinada con el dolor escueto de los versos que sacrificaron para siempre los adjetivos, atemorizada por los domésticos cantos de muerte de una poeta rota. Guardar silencio para que los fantasmas puedan desgarnar sus cuitas entre sueños, perderme en el laberinto fatigado de un anciano moribundo o vislumbrar, entre los lomos de los libros, el pesado aleteo de ciertos pájaros cansados.

En el fondo, a eso me he dedicado con la obsesión de los geómetras: a hacerle trampas a la vida con la ensoñación de que otro muy distinto hubiera sido nuestro destino y no el golpe brutal de tu partida, que reflejaron, como una anomalía del universo, los periódicos del mundo.

Recorrer con los dedos este mostrador al que, cuando me encuentro con las defensas bajas, le otorgo el atributo de convertirse en el testigo mudo de mi contentamiento cotidiano.

Esta herida no cierra. Sigo estrujándome las palmas y enterrándome las uñas en el cuello por no aceptar que tú también, como todos, te fuiste. Igual que Mamá Rosa. Como los espectros que usaron mi cuerpo como si de una arcilla mal fraguada se tratara. Los que me apretaban con torpes manos de babosa, los que me escupían y gritaban. Los que tatuaron en mi piel, como una noticia policial, sus odios y sus miedos. Las bestias jadeantes de las que me liberaste. Nunca te hablé de ellas, pero tú sabías. Claro que sabías. Y no creas que había pudor o vergüenza en mi omisión. Es que no quería volver a sentir, ni hacer memoria del terrible cansancio en los brazos que produce el hambre. Tantos abusos por unas monedas, las noches sin saber dónde guarecerme.

Estoy a veinte años de nuestra cama con cabecera de capilla pobre donde nos buscamos una y otra vez hasta el agotamiento. Estoy a veinte años del andar cansino de Rafa. Estoy a veinte años de la hora en que salí de nuestra casa hacia la oscuridad, convencida de que ese sería tu último amanecer.

Paul murió el año pasado. Etelvina me contó que lo encontró tirado de bruces en el porche de su casa. Un infarto, me dijo. Extraño giro de la ruleta, amor: entre tanto dolor, a ellos les regalamos una eternidad de días felices. Una hija de cabellos rebeldes como un río, que ahora estudia libros antiguos en Cambridge. Qué caprichoso es todo. No puedo negar la envidia que sentí al saber del plácido discurrir que lograron en su refugio antiaéreo por tanto tiempo. Nosotros no pudimos. A nosotros no nos fue dado. Como en la canción de Calamaro: a nosotros nos tocó perder.

¿Recuerdas a la hija de Rafa? Laíza, callada como su papá, de ojos profundos y amarillos de gato, donde se precipita todo el dolor del mundo. A veces me escribe correos (sí, mi amor, todo cambió, como en un capítulo malo de Viaje a las estrellas: ahora nos

comunicamos por computadora y videollamadas, y tal como predijiste, eso no ha hecho sino aumentar nuestra soledad). Me pregunta mucho por su papá. Es médica. Será cardióloga. La verdad, tiene el único don que un médico requiere para ser decente: una capacidad a prueba de balas para la compasión.

Para ella, para buscar respuesta a la pregunta que la acompañará el resto de su vida, intento reconstruir algo de nuestra historia y volcarla en páginas que puedan ofrecerle algunas certezas.

Te escribo para que no se te ocurra olvidarte de mí. Te escribo para que me arrulles las noches en que la tormenta golpea las ventanas, trayendo el llanto de los marineros ahogados en el mar del Norte. Te escribo para que no te difumines y me dejes devastada, sin nada a que aferrarme. Te escribo para decirte que tu amor me salvó. Te escribo para darte las gracias por tanta sonrisa amanecida, por cada ducha compartida, por cada caricia desmañada.

Te escribo para llamarte, para gritar al éter las seis letras de tu nombre, para cuidar nuestro amor como lo único decente y bueno que me pasó en la vida. Y para pedirte que regreses a contarme si al fin descubriste vida en otros planetas.

Regálame una explosión de supernova como la que vieron los chinos en el año mil: el firmamento con dos soles les obligó a asumir como inevitables sus efímeros destinos. Regálame de nuevo el aguamarina, el rayo verde de los atardeceres, las estrellas fugaces sobre los gigantes árboles del Amazonas.

Construye un agujero de gusano y ven a buscarme, ahora que el tiempo, esa extraña quimera que nos viene del sueño, ha dejado de ser un acertijo.

ÍNDICE

I	11
II	15
III	21
IV	29
V	37
VI	43
<i>Marleen</i>	49
VII	53
<i>Etekvina</i>	59
VIII	61
IX	65
X	71
XI	77
XII	83
XIII	87
XIV	95
XV	103
XVI	107
XVII	111
XVIII	115
XIX	119
XX	125
XXI	131
XXII	139
XXIII	147
XXIV	151
XXV	161
<i>Marleen</i>	167



El mar que me regala

Se imprimió en el mes de junio de 2026
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

Concebida originalmente para recoger la mejor producción narrativa venezolana y latinoamericana de todos los tiempos, CONTINENTES se ha ampliado para incluir también la obra de los narradores más representativos de otras regiones del mundo.

• OTROS TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN •

Diana en tierra wayuu

Laura Antillano

Voces de fondo

María Elvira González

Nochebuena negra

Juan Pablo Sojo

Anda nada

Luis Britto García

Biografía de un cimarrón

Miguel Barnet

El simulacro de los espejos

Vicente Battista

• Colección CONTINENTES •

El mar que me regalas. El secuestro de Paul White, directivo de una empresa farmacéutica, devela la miseria moral del poder, su violencia y la realidad aplastante y devoradora de la Venezuela de los años noventa. Entre el *thriller* político y el *noir*, *El mar que me regalas* —finalista del Premio Internacional de novela Rómulo Gallegos 2025— es un relato trepidante, audaz en su historia, con personajes virtuosamente contruidos y una voraz crítica social. El autor se permite, además, retratar la ternura y la fortaleza de sus protagonistas femeninas. Una novela de contrastes, donde el mar es una poderosa metáfora de lo que escapa a la podredumbre y la miseria humana; imagen y paisaje del mundo afectivo, la memoria y la libertad.



Ministerio del Poder Popular para la

CULTURA